Jaime Osorio

Estado, biopoder, exclusión

Análisis desde la lógica del capital

PENSAMIENTO CRÍTICO • PENSAMIENTO UTÓPICO

ANTHROPOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ESTADO, BIOPODER, EXCLUSIÓN

PENSAMIENTO CRÍTICO / PENSAMIENTO UTÓPICO

211

grupo editorial
siglo veintiuno

siglo xxi editores, s. a. de c. v.
CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, **MÉXICO**, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, s. a.
GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, **BUENOS AIRES**, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva, s. l.
ALMAGRO, 38,
28010, **MADRID**, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

editorial anthropos / nariño, s. l.
DIPUTACIÓ, 266,
08007, **BARCELONA**, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

Jaime Osorio

ESTADO, BIOPODER, EXCLUSIÓN

Análisis desde la lógica del capital

ANTHROPOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
División de Ciencias Sociales y Humanidades UNIDAD XOCHIMILCO

Estado, biopoder, exclusión : Análisis desde la lógica del capital / Jaime Osorio. — Barcelona : Anthropos Editorial ; México : Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, 2012
159 p. ; 21 cm. (Pensamiento Crítico / Pensamiento Utópico ; 211)

Bibliografía p. 153-156
ISBN 978-84-15260-40-0

1. Poder (Ciencias sociales) 2. Ética política 3. Globalización - Aspectos éticos y morales 4. Marginación social 5. Capitalismo 6. Pobreza I. Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco (México) II. Título III. Colección

Electronic version
published by

digitalia

Primera edición: 2012

© Jaime Sebastián Osorio Urbina, 2012
D.R. © UAM Xochimilco, 2012
© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2012
Edita: Anthropos Editorial. Barcelona
www.anthropos-editorial.com
En coedición con la Universidad Autónoma Metropolitana,
Unidad Xochimilco, México
ISBN: 978-84-15260-40-0
Depósito legal: B. 5.325-2012
Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial
(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: 93 6972296 / Fax: 93 5872661
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S.A., Madrid

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

PRESENTACIÓN

El capital como relación social y los procesos que despliega al hacerse mundo, que caracterizamos como lógica del capital, constituyen los fundamentos que atraviesan y otorgan sentido a los siete trabajos que conforman este libro. Los estudios del capital han tendido a destacar su dimensión económica, quedando relegada su dimensión política, la que aquí se tiende a destacar, pero sin fracturar su unidad, aunque poniendo de manifiesto las razones inherentes al despliegue del capital que operan hacia la fractura. Cada capítulo da cuenta del desarrollo de aquella lógica y sus expresiones en problemas centrales en la actual organización humana, y de contradicciones que la atraviesan.

El primer capítulo destaca el papel de totalidad de la lógica del capital en tanto actividad unificante en la modernidad que nos acompaña y que permite hacer inteligibles los procesos que la constituyen. Por ello, con todo derecho podemos hablar de la presente vida societal como una unidad regida por la lógica del capital y sus despliegues históricos. Se discuten aquí algunas razones por las que la noción de totalidad se constituye en un problema para las corrientes positivistas y posmodernistas, al tiempo que se establecen las diferencias entre aquella noción y la que deriva de la teoría de sistemas.

El tema Estado, y sus derivaciones lógicas e históricas en tanto *forma* Estado, aparato y comunidad son los asuntos que nos ocupan en el segundo capítulo, destacando las especificidades del dominio del capital sobre un mundo de hombres libres. Se pone de manifiesto que el capital constituye una unidad económica y política, y que es desde esa unidad desde donde se hacen presentes los fundamentos de lo estatal en el orden del

capital, situación que se consagra como resultado de la ruptura que el propio capital establece en aquella unidad, fetichizando la explotación y el dominio que lo definen, y logrando que lo económico se presente como no-político, para que lo político se presente, a su vez, como lo no-económico. Se enfatiza aquí la importancia del hiato presente entre Estado y aparato y las consecuencias teóricas y políticas que de tal brecha se derivan.

En el tercer capítulo se analizan las nuevas relaciones mando-obediencia que subyacen a la llamada transición a la democracia, a la luz de los cambios en la reproducción del capital en América Latina, y los nuevos problemas en materia de legitimidad que se presentan, así como la emergencia de gobiernos de nuevo tipo que en grados diversos ponen en cuestión aspectos varios del predominio del capital.

En el capítulo cuatro la atención se centra en el poder que el capital alcanza sobre la vida humana misma, como resultado de las dinámicas y tensiones que definen su esencia. Tanto en el ordenamiento económico como en el político la *zoe* y el *bios* se encuentran formalmente excluidos de las disposiciones del soberano o del libre cambio de mercancías en el mercado. Sin embargo en ambas esferas es la vida lo realmente inscrito, pero sin inscripción. Es en la relación capital-trabajo en donde se condensa la capacidad del poder sobre la vida, por lo que aquella relación es un punto de partida fundamental para hacer inteligible las diversas formas de ejercicio del biopoder en el mundo que nos constituye.

En el quinto capítulo el tema de la exclusión es el que nos ocupa, con el fin de ofrecer una respuesta y una perspectiva radicalmente diferente, desde la lógica del capital, al sinnúmero de estudios que se ocupan hoy de aquél, sea en sus expresiones económica, social o política. Se trata de poner de manifiesto que no se puede incluir lo que de suyo ya está incluido, sólo que como exclusión, en una dinámica relacional, la del capital, que excluye sujetos justamente por estar incluidos en aquella dinámica.

El análisis de la pobreza, como una de las expresiones de la exclusión, es el tema del que nos ocupamos en el sexto capítulo. Allí señalamos los límites que presentan estos estudios en tanto quedan circunscritos a las teorías funcionalistas o weberianas de la estratificación. De igual manera indagamos sobre las razo-

nes económicas y políticas subyacentes a la relevancia que ha alcanzado el tema en la agenda de organismos internacionales y de gobiernos en los últimos años, y su retoma por la academia.

Las razones de la pérdida del aguijón productivista que caracteriza al capitalismo en general, en condiciones de dependencia, constituye el tema abordado en el capítulo séptimo. El tema es de particular relevancia en tiempos en que el conocimiento y la invención ganan creciente peso en los procesos que organizan la dinámica mundial del capital y se erige nuevamente en paradigma de modernidad y desarrollo, en tanto emerge como un resto difícil de asimilar la presencia conjunta de nuevas formas de barbarie en la base de la acumulación, las que se condensan con particular fuerza en regiones dependientes y periféricas.

I

EL CAPITAL COMO TOTALIDAD

¿Existen elementos que nos permitan explicar y descifrar los movimientos de la realidad social? ¿Cuenta la vida societal con algún principio de unidad y estructuración? ¿Tiene ésta algún sentido general de organización? ¿Qué procesos unifican la realidad social actual? ¿Es posible alcanzar los fundamentos de lo que unifica o éstos escapan a la comprensión?

Interrogantes como los anteriores nos remiten a problemas filosóficos y epistemológicos centrales. En ellos se juegan asuntos clave. Aquí nos interesan los últimos en relación con la noción de totalidad.

Para algunas escuelas no es posible formular explicaciones sustantivas sobre la realidad social porque la consideran indeterminada, resultado de meras contingencias. Atribuirle algún sentido o dar cuenta de algún aspecto es un ejercicio arbitrario, en donde cualquier discurso es igualmente válido, frente al irracionalismo que la constituye. Otras señalan que es posible establecer leyes y regularidades, pero la esencia misma de los procesos sociales escapa al entendimiento humano (como el *nóumeno* kantiano, «la cosa en sí»). Por tanto sólo alcanzamos una comprensión parcial de la realidad social.

Unas terceras formulan que la realidad social alcanza unidad y que la razón puede desentrañar aquello que la organiza y que le otorga sentido. Es en esta posición en donde se ubica la presente reflexión.

Argumentaremos en torno a tres ideas centrales: la primera, que la realidad social cuenta con una actividad unificadora descifrable, lo que nos permite alcanzar el sentido de sus procesos y de su desarrollo. En definitiva, que la realidad social es necesario pensarla desde la totalidad. La segunda, que es la

lógica del capital la totalidad que unifica los procesos de la vida societal en nuestro tiempo. La tercera, que es en esa totalidad donde alcanzan inteligibilidad los problemas que ocupan a las diversas disciplinas sociales.

El trabajo se encuentra dividido en diversos apartados en donde abordamos la noción de totalidad, señalando algunas razones que llevan a su rechazo por ciertas corrientes filosóficas, así como los elementos para su comprensión y su relevancia para la tarea de pensar la realidad social, al tiempo que destacamos sus diferencias con la teoría de sistemas. Más adelante desarrollamos el tema de la lógica del capital, intentando poner de manifiesto su significación en tanto actividad unificadora o totalidad de la actual vida societal. Cerramos con una concretización de la noción de totalidad y una breve conclusión que señala que sólo desde la totalidad es posible alcanzar una perspectiva transdisciplinaria.

El malestar con la totalidad

De manera explícita o implícita, la noción de totalidad es quizá uno de los puntos nodales en los debates epistémicos de nuestro tiempo. En torno a ella —sea para negarla en términos ontológicos (no es inherente al ser) o epistémicos (innecesaria como operación del conocimiento), sea para fundamentarla (en términos ontológicos y/o epistémicos)— se establecen sustanciales fronteras entre las principales propuestas en torno al qué y al cómo conocer en nuestro tiempo.

Posmodernos y positivistas

Para el posmodernismo en sus diversas variantes, que ha ganado creciente presencia en diversas disciplinas de las ciencias sociales y en las humanidades, plantearse el tema del sentido o la unidad de la vida social no deja de ser parte de un esfuerzo filosófico agotado, el de la modernidad, y constituye otro gran relato de este proyecto,[1] que al igual que los de emancipación y

1. Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1994. La publicación en francés es de 1979.

progreso hay que dejar de lado, junto al de verdad,[2] en aras de que el pequeño relato —por cierto, el nuevo megarrelato posmoderno— alcance algún sentido.

La atención a lo particular, a lo contingente e indeterminado, constituyen algunos puntos fuertes de esta propuesta epistémica. Esto alcanza forma en múltiples estudios de pedacería social, nunca de lo que organiza o articula dicha pedacería. Algo así como asumir los dos centímetros cuadrados de un mosaico, y examinarlo de manera exhaustiva, pero sin jamás interrogarse por el mural del cual dicho mosaico forma parte, ángulo de mira que es en donde se develarían muchas de las significaciones que éste, en sus estrechos límites, presenta. Nada de determinaciones ni de interrogantes sobre lo que unifica la vida en común. Pensar en términos de totalidad significa para el pensamiento posmoderno, al igual que para el posestructuralismo, una versión académica del totalitarismo.

El posmodernismo presenta críticas pertinentes frente al paradigma empirista-positivista impuesto como «lo científico» por la modernidad que nos acompaña. Sin embargo su crítica no es sino el reverso neorromántico de lo que cuestiona, sin superar los fundamentos del pensar de la modernidad, estableciendo, frente a la racionalidad imperante, una suerte de irracionalismo que nos deja desarmados frente a las tareas de explicar los procesos de la realidad social.

Los malestares y rechazos del positivismo empirista hacia la noción de totalidad tienen otros fundamentos. Este paradigma asume que existen orden y regularidades en los procesos sociales y que la tarea de las ciencias es dar con ellos.[3] El problema es que no hay ninguna racionalidad que pueda englobar una explicación general de la vida social, al decir de Friedrich von Hayek.[4]

Desde la misma vertiente filosófica, el rechazo a la totalidad para Karl Popper arranca de la idea de una realidad sin límites.

---

2. «Si recojo lo que algunos filósofos han dicho sobre la verdad, es con la esperanza de desalentar a que se siga prestando atención a este tema más bien estéril», Richard Rorty, *Verdad y progreso*, Paidós, Barcelona, 2000, p. 23.

3. Orden inherente a las cosas mismas, como leyes de lo común y lo constante. Véase sobre el tema de Carlos Pérez Soto, *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*, Ítaca, México, 2008.

4. «El ideal democrático y la contención del poder», en *Estudios Públicos* n.º 1, Santiago, 1980.

«Si queremos estudiar una cosa— señala— nos vemos obligados a seleccionar algunos aspectos de ella», ya que «no nos es posible observar o describir un trozo entero del mundo». Cualquier totalidad así concebida «no puede ser nunca objeto de ninguna actividad científica».[5]

Lo que tenemos en estas posturas es una confusión entre «conocer *todo*», lo que remite a una noción como la de «completud» formulada por Edgar Morin,[6] y «conocer *el* todo», que se refiere a la totalidad en tanto relaciones y procesos que unifican la vida societal, y que le otorgan sentido. «Para saber un bosque no es necesario saber todos y cada uno de sus árboles. Quizá esta trivialidad tenga su origen en el hábito nominalista y atomista de concebir el todo como una mera "colección de todas las cosas"».[7]

Desde una posición similar a Popper, Max Weber señala que «cualquier conocimiento conceptual de la realidad infinita por la mente humana finita descansa en el supuesto tácito de que sólo una *parte* finita de esta realidad constituye el objeto de la investigación científica».[8] Las capacidades humanas, finitas, no pueden atrapar una realidad que las excede. La resignación kantiana de no poder alcanzar «la cosa en sí» se hace presente en las ciencias sociales de muy diversos modos.

Los límites del conocer en el mundo del capital

Las razones para rechazar la idea de totalidad no son ajenas a las necesidades de reflexión que acompañan a la burguesía en su ascenso y consolidación y al tipo de ciencias sociales que de allí pueden derivarse. Por de pronto cabría señalar la necesidad de dichas ciencias de sostener un mundo enajenado, en donde la organización societal existente —con su apropiación de trabajo

---

5. K. Popper, *La miseria del historicismo*, Alianza Editorial, Madrid (1973), 1992, 4.ª reimpresión, p. 91.

6. Edgar Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Barcelona, 1998.

7. Carlos Pérez Soto, *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*, *op. cit.*, p. 179. Son muchas las ideas de las que somos tributarios de este libro en esta parte del trabajo.

8. *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu Editores, Buenos Aires (1973), 4.ª reimpresión, 1993, p. 70.

ajeno y de dominio— debe ser pensada como un asunto regido por leyes sociales débiles, naturalizadas, al igual que la lluvia o la ley de gravedad, y no como un asunto social fuerte (leyes o acuerdos no sólo hechos por hombres, sino situados y con intereses) e histórico.

Además, de que «las partes finitas» que componen la realidad social, como la economía y la política, permanezcan separadas, exteriores unas a otras, con lo cual lo que ocurra en ellas no tiene relaciones, por lo que si hay explotación (diferencias sociales dirá el especialista) no es porque existe dominio, sino que es el resultado de capacidades, talentos y calificaciones diferenciadas, y si hay dominio (alguien debe mandar, se dirá) no es porque existe explotación. Fracturar la vida social, romper o desconocer las relaciones, es un principio epistémico necesario para el mundo (y las ciencias) que construye la modernidad del capital.

La fe en la razón que acompaña el ascenso burgués encuentra en los procesos anteriores fronteras específicas. Fe en la razón, pero limitada. En el nuevo orden social se reclaman conocimientos y técnicas que revolucionen las fuerzas productivas y que eleven geométricamente la capacidad de producir, haciendo que en ese tornado «todo lo sólido se desvanezca en el aire». Pero el mundo social y la lógica que lo constituye conforman un mundo que la razón sólo puede alcanzar en franjas limitadas, ya que las promesas agitadas y no cumplidas por la burguesía sobre libertad, igualdad y fraternidad, no deben aparecer como resultados del propio orden construido por esta clase desde sus revoluciones.

Desentrañar la lógica que organiza el actual orden social se constituye por tanto en un asunto demasiado problemático para una reflexión que tiene limitaciones sociales y epistémicas constitutivas. Rechazar la noción de totalidad es apenas un aspecto dentro de ese gran problema.

Ello se hace presente incluso en asuntos más triviales, pero no menos significativos, sobre cómo nombrar el actual orden social. Así proliferan términos como posmoderno, posindustrial, sociedad de las comunicaciones, de la información, del conocimiento, de riesgo, de redes. Definirlo simplemente como capitalismo es considerado obsoleto porque no termina de dar cuenta de lo nuevo, de todo lo que ha cambiado; en fin, no estamos en el siglo XVIII sino en el XXI, se nos dirá en tono condescendiente. En el fondo es plausible cualquier nombre, como los arriba men-

cionados, que no apunte a dar cuenta de las relaciones centrales en contradicción. Capitalismo, en tanto orden del hacerse mundo del capital, es así el menos apropiado.

Si las ciencias sociales de la actual modernidad asumen la noción de totalidad lo hacen como una agregación mecánica de partes, exteriores entre sí, con un todo sin sustancialidad propia. Es lo que expresa el individualismo metodológico, por ejemplo, que piensa la sociedad como una simple suma de individuos y en donde la sociedad como tal no tiene significación específica, sólo el individuo, el verdadero «átomo» desde donde pensar lo social.[9]

A su vez ese todo como agregación mecánica de partes es pensado de la misma manera que las partes que lo conforman: quietas, en equilibrio, homogéneas, exteriores entre sí, sin actividad interior. Todo ello plantea serios problemas para pensar el cambio y el conflicto, por lo general resultados de la operación de un «algo» externo.

La a-historicidad de la teoría de sistemas

La teoría de sistemas formulada por el biólogo austriaco Ludwig von Bertalanffy, y con seguidores más recientes en las ciencias sociales como Niklas Luhmann,[10] es quizá la propuesta más avanzada desde la modernidad del capital para morigerar la idea de unidades conformadas como simples agregados de partes, sin actividades o significaciones específicas. Se postula, por el contrario, que «es necesario estudiar no sólo partes y procesos aislados, sino también resolver los problemas decisivos hallados en la organización y el orden que los unifican, resultantes de la interacción dinámica de partes y que hacen al diferente comportamiento de éstas cuando se estudian aisladas o dentro del todo».[11]

---

9. «El todo es pensado como una articulación que [...] tiene partes, que a su vez tienen partes, que tienen partes... Esta regresión [...] no es infinita. El sentido de la tendencia analítica está asegurado por la convicción de que debe haber un límite en el cual se encuentran aquellas partes que ya no tienen partes. En sentido conceptual, el átomo». Pérez Soto, *op. cit.*, p. 92.

10. De Bertalanffy véase *Teoría general de los sistemas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976. De Luhmann, *Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*, Anthropos-UIA-CEJA, Barcelona, 1998.

11. Bertalanffy, *op. cit.*, p. 31.

La teoría de sistemas se propone superar la idea de la sociedad como sistema imperante en la mecánica celeste, con atracciones y repulsiones de individuos y grupos, semejante a los que presentan planetas y otros cuerpos celestes, y que de alguna manera se encuentra presente en la obra de Thomas Hobbes. En esta nueva versión se asume el modelo de la fisiología humana, en donde las partes cumplen funciones específicas para el movimiento y la actividad del todo orgánico. Se logra así un estructuralismo *dinámico* en donde el todo alcanzado es en lo fundamental invariante, permitiendo sin embargo introducir la perspectiva del cambio y de la interacción entre partes y subsistemas. Dichos cambios se orientan a evitar el aumento de entropía (degradación de la energía), asociado al desorden, y tienen como función, por tanto, restablecer el equilibrio del sistema social.[12]

Junto a esta suerte de sistema con cambios, pero que no cambia,[13] lo que delata su sesgo conservador, la teoría de sistemas tiene dificultades para historizar los procesos de la vida social, resultado de los modelos de la fisiología orgánica que lo fundamentan, generando una suerte de organicidad sin historia y sin evolución real, ocupada particularmente en las exigencias de alcanzar el equilibrio interno.

El todo y las partes

En una «degeneración del concepto» de totalidad —señala Karel Kosík— se desemboca «en dos trivialidades: que todo está en conexión con todo y que el todo es más que las partes».[14] Frente a la oración «todo tiene que ver con todo», el asunto sustantivo va asociado a la pregunta: ¿pero de qué manera?, lo que implica dar cuenta de la unidad y de la actividad que constituye esa unidad,[15]

---

12. En este sentido la teoría de sistemas no refiere a individuos sino a unidades sociales, sistemas sociales. La finitud e historia de los individuos (son engendrados, nacen, crecen y mueren) no afecta al sistema, en tanto nuevos individuos los reemplazan, manteniendo vivo el organismo social.

13. Dicho de otro modo, cambios *en* el sistema, pero no cambios *del* sistema.

14. Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalbo, México, 1967, p. 54.

15. «La idea de totalidad [...] expresa la noción de unidad que es una actividad. Una unidad que no se limita simplemente a ser (quieto) sino que es un "ir siendo", una actividad de "resultar ser"». Pérez Soto, *op. cit.*, p. 78.

así como de las particularidades en el seno de la misma y de su papel en la dinámica de la totalidad. De lo contrario lo que tenemos es una totalidad indiferenciada, en donde cabe todo, pero cuyo sentido desconocemos.[16]

En cuanto a que el todo es más que la suma de las partes, ello es resultado de que la totalidad contempla no sólo las partes, sino también sus *relaciones*. En esa dirección puede entenderse el señalamiento de Marc Bloch cuando indica que «en 1800 Fustel de Coulanges decía a sus oyentes, en la Sorbona: "Suponed cien especialistas repartiéndose, en lotes, el pasado de Francia. ¿Creéis que al fin hubieran hecho la historia de Francia? Lo dudo mucho. *Les faltaría*, por lo menos, *la vinculación* de los hechos, y esa vinculación es también una verdad histórica"».[17]

Pero en esta aseveración poco o nada hemos avanzado respecto a descifrar cómo son esas relaciones o vinculaciones recién referidas, cómo es la totalidad en cuanto a la actividad unificadora que la constituye y por qué su dinámica alcanza determinadas tendencias y tensiones.

La totalidad como actividad unificante

En la totalidad tenemos una unidad que es una actividad (un «ir siendo»), histórica, en tensión interna, en negación y conflictividad constitutivas, que la hacen otra desde sí misma,[18] que articula, estructura, organiza y jerarquiza la vida societal. La totalidad otorga sentido a la vida en sociedad. Dicho sentido es formulable y explicable al dar cuenta de la actividad conformadora de unidad y de la conflictividad que la constituye. Con ello podemos afirmar que la vida en común es inteligible, explicable de manera sustantiva.

16. Algo así como cocinar vaciando en la olla todo lo que encontremos en la nevera, o, en una versión más epistémica, agregar y agregar categorías y conceptos, sin respetar lógica alguna, y mejor si son de los más variados paradigmas teóricos, en el supuesto que por esta forma se enriquece el análisis.

17. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987 (1952), p. 20 (subrayados JO).

18. Remito a Pérez Soto, *op. cit.*, en particular al apartado Categorías, n.º IX: Nada, pp. 161-169.

La totalidad constituye una «universalidad diferenciada», con particulares en donde lo universal se efectiviza como diferencia y da paso «a la novedad efectiva de lo distinto». De esta forma la totalidad no homogeniza (es «no totalitaria») y nos reclama por el contrario dar cuenta de lo particular.[19]

Para Morin esto implica concebir lo uno y lo múltiple (*unitas multiplex*) a fin de romper con el «pensamiento simplificante, [aquel que] es incapaz de concebir la conjunción» de ambos, por lo que dicho pensamiento «o unifica abstractamente anulando la diversidad. O, por el contrario, yuxtapone la diversidad sin concebir la unidad»,[20] aquella actividad que hace posible que la dispersión alcance unidad y sentido.

En nuestro tiempo la actividad unificante de la vida social, la que le otorga sentido, es la que despliega el capital. La lógica del valor que busca valorizarse (o más simple, de un dinero que busca incrementarse) desata un proceso que termina arrastrando y atrapando la vida social en su vorágine y tiñe el conjunto de las relaciones en nuestras sociedades. A ello alude Marx cuando afirma que «el capital es la potencia económica [de la sociedad burguesa] que lo domina todo».[21]

La relación capital-trabajo que define el capital no corresponde a una relación cualquiera, periférica, una más, dentro de las múltiples relaciones que atraviesan la vida societal capitalista, como señalan las corrientes posestructuralistas y posmodernas. No tenemos un todo *indiferenciado* de relaciones, como la que se encuentra presente en la generalizada idea de que «todo tiene que ver con todo», que parece explicar mucho y que no termina de explicar nada. Porque el problema del análisis es señalar de qué manera las diversas relaciones y procesos inciden —de manera jerarquizada, con mayor o menor incidencia— en

19. Cfr. Pérez Soto, *op. cit.* pp. 165-166. Hablar de capitalismo *dependiente* es un ejemplo de particular cuya explicación no se agota en el universal capitalismo. Reclama sus propias categorías para dar cuenta de su naturaleza y originalidad, de su diferencia en el seno de la totalidad. Véase de Jaime Osorio *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, Ítaca-UAM, México, 2009, cap. 2.

20. E. Morin, *op. cit.*, p. 30. Si bien se encuentra más allá de la visión empirista-positivista de totalidad (como pura agregación), Morin no rompe radicalmente con esta visión. Véase en particular *El método*, t. 1, *La naturaleza de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1997, primera parte, cap. II, «La organización (Del objeto al sistema)», pp. 115-179.

21. Karl Marx, *Grundrisse*, t. I, Siglo XXI Editores, México, 1971, p. 28.

el rumbo y sentido de la vida societal. En este sentido la relación capital-trabajo tiene un peso constituyente específico y jerárquico determinante.[22]

A ello alude Marx cuando indica que «[en] todas las formas de sociedad existe una determinada producción que *asigna a todas la otras* su correspondiente influencia, y cuyas relaciones [...] asignan a todas la otras el rango y la influencia». Más aún, esas relaciones constituyen «una iluminación general en la que se bañan todos los colores y [que] modifica las particularidades de éstos. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que allí toman relieve».[23] La relación capital-trabajo constituye por tanto la actividad que unifica y otorga sentido a la vida en sociedad en el actual orden social. Pasemos de inmediato a su análisis.

La lógica del capital

El capital es fundamentalmente relación social de explotación y dominio. De explotación, porque es condensación de trabajo y valor expropiado (a otros). Es relación de dominio, porque aquella expropiación repetida un día y otro sólo es posible en un cuadro de dominio. Aquella doble relación se cosifica en dinero, máquinas, herramientas, locales, materias primas, fuerza de trabajo, mercancías. Tomémoslo en su forma dinero para observar lo que nos revela.

En tanto dinero (D) el capital se mueve en el mercado con la voluntad de acrecentarse (D').[24] La presencia de un dinero con tales características es muy antigua y se despliega inicialmente en el mercado bajo la fórmula «comprar barato para vender caro», logrando así el incremento del dinero inicial. Ya

---

22. Breve paréntesis para ahuyentar falsos fantasmas: determinar no es sinónimo de determinismo, como gusta de afirmar el posestructuralismo, ya que «hay posibilidad real cuando a partir de un estado del mundo pueden pasar muchas cosas, *pero no cualquier cosa*». En este caso «*la ley no dicta la necesidad* sino sólo el límite. La ley como límite marca la diferencia *entre* lo posible y lo imposible». Carlos Pérez Soto, *Desde Hegel, op. cit.*, p. 126 (subrayados JO).

23. Karl Marx, *op. cit.*, pp. 27-28.

24. Hemos indicado que el capital puede asumir diversas formas. La forma dineraria es la que mejor da cuenta de su vocación de incremento incesante.

veremos que en la actual organización social este movimiento asume características en donde no sólo opera en la superficie de la producción (franjas del mercado), sino que reorganiza a aquélla por completo.

Lógica del capital es el conjunto de movimientos y procesos que en su afán de valorización lleva a cabo el dinero que busca incrementarse. Por ejemplo, debe crear mercancías preñadas de valor nuevo; construir mercados en donde esas mercancías sean demandadas y operen sujetos sociales con poder de compra; encontrar o producir los elementos adecuados para que el dinero se incremente no sólo comprando barato y vendiendo caro, sino a través de un proceso real de creación de valor nuevo, por lo que a pesar de pagar por su valor y vender por su valor, quede un excedente de más valor y por ello de más dinero.

Si se nos permite una metáfora, la lógica del capital es como un tornado que se expande y que en su vorágine atrapa todo a su paso, sometiéndolo a su dinámica y movimientos, reorganizando y rearticulando relaciones pre-capitalistas, destruyendo lo que no puede arrastrar y elevando lo que termina sometido a su fuerza y velocidad. Veamos algunos puntos nodales de la actual vida social inscritos en aquel tornado y que conforman una actividad unificante que le otorga sentido a dicha vida societal.

Apropiación de la producción

Los humanos necesitamos comer, vestirnos, cobijarnos bajo un techo, descansar, en pocas palabras satisfacer necesidades básicas para vivir como entidades biológicas que somos. Junto a estas necesidades elementales se hacen presentes otras, las sociales, que responden a las condiciones histórico-sociales en que nos desenvolvemos, como serían hoy leer un periódico, ver televisión, usar computadoras, requerir refrigeradores para mantener los alimentos, ir al cine, gastos para transporte, etc.

Lo que importa llamar la atención es que la mayoría de los productos que nos permitirían resolver unas y otras necesidades asumen la forma de mercancías, es decir, productos destinados al intercambio en el mercado. Es cada vez más extraño que sea con productos generados por quien los necesita que se satisfa-

gan dichas necesidades.[25] Hasta los alimentos, en la medida en que la mujer se ha incorporado de manera creciente en el mercado laboral, tienden a ser adquiridos como mercancías.

«La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un "inmenso arsenal de mercancías"», señala Marx.[26] Esto es así, porque el mundo del capital es un mundo de mercancías. De la producción salen mercancías preñadas de valor nuevo (M'), que necesitan venderse para que dicho valor alcance la forma de dinero incrementado o plusvalía. Las necesidades básicas se convierten en campo de operación del capital en su afán de incrementarse. Y de creación de productos diversos para satisfacer dichas necesidades. Así, si requerimos pan, no habrá una, sino decenas de modalidades de pan. Y lo mismo en zapatos, pantalones, viviendas, lámparas o cualquier bien básico que imaginemos.

Ello también acontece con las necesidades histórico-sociales. No habrá un modelo de auto, sino decenas cada año, al igual que televisores, computadoras y móviles. En todas estas líneas de producción la lógica del dinero que busca incrementarse es la que reina. De manera casi inadvertida, cuando se satisfacen necesidades y se compra mercancías, se está ayudando a la realización de las mercancías y a la transformación del plustrabajo en dinero incrementado. No contamos con tiempo o con recursos y/o con conocimientos para producir cada quién estos productos y ubicarnos, al menos en este terreno, fuera de la órbita del capital.

Es interesante notar que el capital tiende no sólo a apropiarse de las necesidades ya existentes y a generar, como hemos visto, productos muy diversos para satisfacerlas. También tiene la cualidad de apropiarse de toda nueva necesidad que emerge y de crear a su vez nuevas necesidades. Internet, por ejemplo, hace mucho que dejó de ser un reino ajeno al capital (si es que alguna vez lo fue). El agua es una mercancía embotellada y quizá dentro de poco lo será el aire, al igual que lo son la producción de semillas, los viajes espaciales y hasta parcelas en la luna. En un mundo social cada vez más estresante se multiplican las ofertas de masa-

25. La producción campesina para el autoconsumo y de alimentos en el hogar son espacios en donde aún se mantiene esta tendencia.

26. K. Marx, *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 7.ª reimpresión, 1973, t. I, p. 3.

jes relajantes, terapias de todo tipo para hacerle frente, así como medicinas o compuestos para reducir o controlar la ansiedad.

No es algo tangencial lo que ha quedado sujeto a la dinámica del valor que se valoriza. La producción material y espiritual que hace posible la vida en sociedad y la reproducción de los humanos se encuentra en manos del capital y su lógica.

Si la riqueza social, por las razones señaladas, se nos presenta como un «inmenso arsenal de mercancías», este hecho nos remite al interrogante: ¿cómo podemos acceder a ellas? El que los productos que satisfacen necesidades básicas y no básicas sean mercancías establece una mediación entre necesidad y satisfacción. No podemos acceder a los productos sin contar con dinero. Los productos están a la venta y a disposición de quienes puedan adquirirlos, no de quienes simplemente los necesitan.

Curioso mundo es el que construye el capital en donde pueden existir seres humanos que se mueren de hambre, de frío o por carencia de medicinas y sin embargo las tiendas que venden alimentos, ropas o medicinas pueden estar abarrotadas sin poder encontrar compradores. El capital produce bienes para satisfacer necesidades. Pero ese es sólo el primer paso. Para hacerse con ese bien se requiere dinero. Mientras no exista dinero para adquirir las mercancías éstas permanecerán en la tienda o incluso pueden ser destruidas. Cualquier lugar de venta de mercancías da un mal ejemplo si las regala, en una sociedad regida por la lógica de un dinero que busca incrementarse.

Un problema que aquella mediación plantea es cómo contar con dinero. En nuestro tiempo esto intenta ser resuelto por la mayoría de la población mundial vendiendo su fuerza de trabajo, esto es, sus capacidades físicas y espirituales para trabajar. Lo primero que debe subrayarse en lo recién señalado es que incluso la fuerza de trabajo se ha convertido en mercancía.

Cabe asombrarse por lo hasta aquí señalado. Primero, que para alcanzar los bienes que como seres biológicos y sociales necesitamos para vivir requerimos contar con dinero, porque asumen la forma de mercancías. Segundo, que la mayoría de la población en nuestro tiempo, para intentar alcanzar ese dinero, debe vender sus capacidades físicas y espirituales para trabajar. Ninguna de estas condiciones es natural, sino que son el resultado de procesos sociales, de formas que los hombres han ido construyendo en el marco del conjunto de creaciones que reclama la

vida en común, la vida en sociedad. Adelantemos una idea cuyo final es conocido: la lógica de un dinero que busca incrementarse, la del capital, se encuentra presente en los procesos anteriores.

Despojo y acumulación

Es condición para que el capital opere como capitalismo, esto es, como una organización social regida por la lógica de la valorización, la presencia masiva de conglomerados humanos despojados de medios de producción y de susbsistencia. De no producirse ese despojo, tales conglomerados no se verían en la necesidad de vender su capacidad de trabajo.

Ese proceso de despojo tiene momentos significativos en la historia, como la masiva expropiación de tierras a campesinos llevada a cabo en los siglos XVI y XVII en Inglaterra y que Marx analiza como parte de lo que llama el proceso de acumulación originaria.

En la historia de cada sociedad en la que el capital se ha hecho presente, el despojo masivo de la tierra a los productores juega un papel central, ya que ella constituye el basamento fundamental para producir bienes de subsistencia. Por ello, separar a los productores de la tierra es quizá el rasgo básico de la reorganización que reclama el capital. Este proceso es al mismo tiempo un antecedente y un resultado del capital. Antecedente, porque sólo a partir de esa brutal separación que propicia la desnudez de medios de producción y de subsistencia de muchos, y su concentración en pocas manos, se establecen las coordenadas para que la vida social se organice a partir del encuentro regular y permanente entre vendedores de fuerza de trabajo y poseedores de medios de producción.

El despojo de medios de vida y de producción como la tierra, si bien tiene un periodo o momento fundamental en la historia de cada pueblo, porque alcanzó dimensiones masivas, también tiende a reproducirse en tanto expropiación repetida día a día. Nuevas tierras y nuevos medios de producción de antiguos artesanos pasan a los dominios del capital de manera permanente, sea bajo la forma de compras de tierras y herramientas, sea por simple despojo. Los pequeños propietarios pueden tener muchas razones para vender sus tierras, como no contar con agua o

con agua suficiente para hacerlas producir, falta de créditos para elevar la productividad, compra de sus cosechas a precios reducidos, amenazas de despojo con pagos irrisorios ante nuevos proyectos de inversión (como construir aeropuertos, presas hidráulicas, carreteras, etc.).

El despojo es a su vez un resultado del capital porque aquel despojo inicial se reproducirá ahora día a día como efecto de la propia dinámica que asume el proceso de trabajo sobre la premisa de aquella separación. En la venta de la fuerza de trabajo el productor percibe un salario que equivale a lo necesario para adquirir medios de vida y de subsistencia. De esta forma se asegura la reproducción del productor y de su capacidad de trabajo para que vuelva a presentarse al mercado de trabajo nuevamente despojado. En el otro extremo, el capital que compra fuerza de trabajo sale de cada jornada con un plus, en tanto la jornada laboral no se limita al punto que el productor genere un valor equivalente a su salario, sino que debe exceder ese límite, tiempo en el cual se genera un nuevo valor. Así su capacidad de acumulación de capital y de disponer de medios de producción se acrecienta. La propia producción, así establecida, reproduce acumulación y despojo, capital y trabajo.

Si trabajar para alcanzar lo necesario para subsistir es un fundamento de los productores en cualquier orden societal, en el capitalismo el trabajo se realiza de una manera particular: el grueso de la población son productores despojados de medios de producción y esa situación los obliga a vender su capacidad de trabajo a las encarnaciones sociales del capital, a los que monopolizan la propiedad de medios de producción. Comienza a tener significación señalar que es la lógica del capital la que marca el sentido de la vida en el mundo social en el que nos desenvolvemos.

El poder sobre la vida

Además de la nada natural situación que la fuerza de trabajo se convierta en mercancía importa destacar un aspecto de su compra-venta de particular relevancia en la vida de los productores, que constituyen la mayoría en nuestras sociedades. Las capacidades físicas y espirituales de trabajar que conforman a la fuerza de

trabajo reposan en la corporeidad viva del trabajador. Por ello, cuando su propietario vende esas capacidades, entrega al comprador no sólo dichas capacidades sino su corporeidad total, ya que no hay forma de separarlas. Ello implica que el capital se apropia de la existencia del trabajador al menos durante toda la jornada de trabajo por la cual adquirió la fuerza de trabajo. En definitiva, controla la vida del productor en ese tiempo.

Pero esta apropiación no es sólo por la jornada de trabajo. Las horas de descanso, una vez terminada aquélla, son en definitiva para que el trabajador reponga las fuerzas desgastadas a fin de volver a presentarse al mercado un día tras otro. La soberanía sobre su existencia que alcanza el trabajador terminada la jornada es así más formal que sustancial. En el fondo su existencia en tanto vendedor de capacidad de trabajo para el capital es lo que define su existencia general. Su vida en definitiva pertenece al capital.

El trabajo en un mundo hambriento de trabajo excedente

La situación anterior en donde queda atrapada la vida del productor ocurre en el contexto de la tensión que marca al capital en su afán de incrementar el trabajo excedente. El trabajador se ve así sometido a todas las presiones y operaciones que hagan posible producir más plusvalor: salarios por debajo del valor, o de lo necesario para una reproducción normal de la fuerza de trabajo, lo que hace que parte del fondo de consumo que debiera llegar al productor sea directamente apropiado y trasladado al fondo de acumulación del capital; prolongaciones de la jornada laboral, con o sin remuneración extra; reducción de las porosidades en el tiempo de trabajo a fin de elevar la intensificación, incremento del tiempo de vida de trabajo, etc.

Todos estos procesos tienen un denominador común: propiciar el agotamiento prematuro de los trabajadores. En unos porque la remuneración percibida no les permite adquirir los bienes para recuperar su desgaste y las necesidades sociales e históricas propias de seres humanos en el siglo XXI y no de la época de las cavernas. Por ello, para alcanzar un televisor, un teléfono, o una salida al cine en familia, deberán dejar en el camino el consumo de otros bienes básicos o sociales. Para los voceros del

capital es un escándalo que en poblaciones obreras cundan antenas de televisión o autos viejos, cuando se tiene escasez de alimentos o muebles de hogar no adecuados. Lo que debiera escandalizarlos más bien es que un trabajador, a estas alturas del desarrollo material de la vida social, no alcance a cubrir el conjunto de sus necesidades, y en muchos casos, por la sociabilidad imperante, deba dejar de consumir productos básicos para contar con un televisor, una nevera o un teléfono fundamentales en esa sociabilidad. No olvidemos que hablamos de necesidades básicas e históricas para los seres humanos, por lo que no es pertinente considerar dichas necesidades como el pasto que se le ofrece a un animal de carga.

La falta de alimentación adecuada, medicinas y cuidados de salud que propician salarios insuficientes, provoca desnutrición, enfermedades crónicas y envejecimiento prematuro, asuntos que se extienden a los hijos de estos trabajadores.

Los bajos salarios son un gran incentivo para que se prolongue la jornada de trabajo. El pago de horas extras permite cubrir parte del monto que no alcanza a cubrir el salario de una jornada normal. El problema es que a mayores horas de trabajo mayor desgaste, por lo que el salario extra tenderá a no cubrir parte sustancial de ese desgaste extra. La persistencia de largas jornadas propicia también el agotamiento prematuro de los trabajadores. El capital, por estas vías, se apropia hoy de años futuros de trabajo, por lo que un obrero, bajo estas condiciones, no podrá vender su capacidad de trabajo de igual forma pasado un monto determinado de años. Ya está desgastado y sólo encontrará un lugar en la producción a condición de reducir el equivalente salarial de un trabajador no agotado.

Con la intensificación del trabajo el capital logra que un trabajador rinda más trabajo que el de una jornada normal, lo que redundará en su agotamiento prematuro. Los ritmos del trabajo se elevan, sea por cadenas de montaje o máquinas que imponen las condiciones de tiempo en las cuales desarrollar el trabajo, o bien por un incremento de las tareas asignadas a un trabajador para un mismo tiempo. El salario por productividad, o el pago por piezas, son algunas de las formas empleadas por el capital para elevar la intensidad cuando no hay máquinas que impongan ritmos, lo que lleva al propio trabajador a aumentar ritmos con el fin de alcanzar un salario adecuado.

Bajo esta forma el agotamiento no sólo es físico sino mental y va asociado al estrés laboral.

Sobre este basamento operan las condiciones más específicas que tienen como trasfondo el hambre de trabajo excedente, como la existencia o no de contratos laborales y la calidad de dichos contratos; la definición de los años de servicio y de la edad para jubilación; el monto del salario en el retiro; la existencia o no de seguros médicos y lo que cubren, y las prestaciones sociales en general. No es ocioso recordar que todos estos aspectos han sufrido una aguda merma en las últimas décadas del siglo XX y a inicios del siglo XXI.

De condición de vida, de desarrollo de la creatividad y de lo humano como tal, bajo estos parámetros el trabajo se convierte en condición de degradación, de embrutecimiento, en condición de muerte prematura. Éstos son los parámetros en que se desenvuelve el trabajo en el mundo construido por el capital y a los cuales se encuentra sometido el grueso de la población mundial.

Tormentos de trabajo y tormentos de miseria

El capital no puede depender de la tasa de crecimiento de la población obrera para expandirse e incrementar su riqueza. Por ello tenderá a elevar la plusvalía, particularmente en el llamado mundo central o imperial, por la vía de incrementar la productividad, lo que implica elevar el gasto en máquinas y herramientas más sofisticadas en desmedro del gasto en nueva fuerza de trabajo.

Una consecuencia de este proceso es que la elevación de la acumulación se va desarrollando por encima de la demanda de nuevos trabajadores, lo que trae como resultado la generación de un remanente de trabajadores excedentes, que darán vida a un verdadero ejército industrial de reserva. Allí terminarán ubicándose los trabajadores desempleados por periodos temporales, como los estructuralmente expulsados de la producción, sea por la ausencia de puestos de trabajo, sea porque quedan excluidos de la producción por su temprano agotamiento, enfermos o discapacitados.

La presencia de esta masa de trabajadores disponibles pero sin empleos o con empleos temporales, resultado de las tenden-

cias de la acumulación del capital y no por leyes naturales, provocará que el capital cuente con condiciones para agudizar los tormentos del trabajo sobre los trabajadores activos, exigiéndoles mayores jornadas, mayor intensidad y ofreciéndoles menores salarios.

La contracara de este proceso será que se elevan las tendencias a la generación de población excedente, en la medida en que crece la acumulación por el trabajo extra impagado y con ello las tendencias a contratar menos trabajo vivo (productores), privilegiando el trabajo muerto (máquinas, tecnologías, equipos, etc.).

De esta forma se establece un círculo en donde los tormentos de miseria de los desempleados permiten redoblar los tormentos de trabajo de los «privilegiados» con empleos, lo que redunda a su vez en incrementar la masa de desempleados y de población en el pauperismo y la miseria.

En cualquier condición la existencia de los trabajadores se encuentra en entredicho, ya sea porque el trabajo se realiza bajo los tormentos que reclama el hambre insaciable de excedente, ya sea porque no se trabaja, lo que condena al *pauper* a los tormentos de la miseria. El capital desarrolla así un enorme poder sobre la vida, el llamado biopoder.

La totalidad concreta

La lógica del capital constituye un universal que permite dar cuenta de la actividad unificante que organiza y otorga sentido a la vida social. Sin embargo esta totalidad necesita hacerse concreta, asumiendo las particularidades tal como opera en diversos niveles. Necesita entonces dar cuenta de los particulares que la constituyen como una totalidad diversa.

En este sentido cabe señalar que el capital y su lógica se despliegan históricamente como capitalismo, un entramado específico de relaciones sociales que inicia su despliegue desde el siglo XVI en el mundo europeo. El capitalismo tiende a asumir la forma de un sistema mundial, como resultado de las tensiones que lo lanzan a abarcar los más diversos rincones del planeta. Dicho sistema mundial se constituye en una unidad heterogénea marcada por la diferenciación que se produce en su seno entre mundos y regiones centrales y mundos y regiones

dependientes o periféricas, a la cual podría agregarse la categoría de semiperiferias.

En cada una de estas particularizaciones la lógica del capital asume especificidades, de las cuales el análisis debe dar cuenta, logrando de esta forma mayor concreción. En relación con América Latina es importante responder por las particularidades no sólo del capitalismo, sino del capitalismo dependiente.[27]

Conclusiones

Tras la breve revisión de algunos procesos que atraviesan nuestra vida social parece pertinente señalar que ella se define en su actividad unificadora por las tensiones que desata el capital en su despliegue en tanto valor que se valoriza. Esa dinámica es la «luz en la que se bañan todos los colores», el «éter que determina el peso específico de todas las formas de existencia».

No hay campo de problemas de los que se ocupan las diversas disciplinas sociales y las humanidades que no se encuentre teñido por la «iluminación general [que proyecta el capital] en la que se bañan todos los colores y [que] modifica las particularidades de éstos», al decir de Marx.

Es de las actividades unificantes que realiza el capital de donde dichas disciplinas, tan cargadas de fragmentos y parcelas en sus «objetos» de reflexión, pueden ganar capacidad de explicación y alcanzar perspectivas transdisciplinarias.

Ello no es posible desde la suma de «pedazos sociales», lo que se encuentra implícito en pensar que se trasciende la fragmentación por la vía de reunir las partes ofrecidas por especialistas de diversas disciplinas.

27. En trabajos anteriores hemos revisado las principales aportaciones de la teoría social latinoamericana al respecto. Véase, por ejemplo, *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, Ítaca-UAM, México, 2009, caps. IV y V.

II

LOS DILEMAS DEL DOMINIO EN UN MUNDO DE HOMBRES LIBRES

Cuando hablamos de Estado *en* el capitalismo hacemos referencia a una relación social de dominio y mando-obediencia específica, por lo que en su análisis no basta con quedarnos a nivel del Estado en general, sino debemos alcanzar las particularidades que aquél reclama, en un orden social regido por la lógica del capital. Esto exige responder a los interrogantes: ¿cómo es posible el ejercicio del poder y de la dominación sobre agrupamientos humanos mayoritarios en un orden sustentado en principios de hombres libres e iguales? ¿Cómo es posible transgredir los principios de libertad e igualdad y, sin embargo, reforzar el imaginario de que dichos principios operan y que son la base en la constitución de comunidad?

En interrogantes como los señalados se pone de manifiesto que el capital y sus encarnaciones clasistas afrontan retos en materia de dominio que no conocieron los agrupamientos humanos que les antecedieron en el poder. Baste considerar la situación allí donde la historia nos deparó los primeros ejercicios de la democracia, la Grecia antigua, y más en particular en Atenas. En tanto el grueso de la población estaba conformada principalmente por esclavos y por extranjeros sin derechos políticos,[1] sólo una minoría de la misma era partícipe de la Asamblea (*ekklesía*),[2] por lo que

1. Los esclavos eran la población mayoritaria. Entre los extranjeros se distinguía a los *metecos*, establecidos en Atenas pero sin derecho a propiedades, y los *isóteles*, que sí contaban con ese derecho. Ambos grupos, sin embargo, no tenían derechos políticos. Véase de Benita Benéitez, «La ciudadanía de la democracia ateniense», en *Foro Interno* n.º 5, Madrid, 2005, pp. 37-58.

2. De una población total de 250.000 a 300.000 habitantes en el Ática, la península del mar Egeo en donde se ubica Atenas, se calcula en unos 100.000

el debate de los asuntos públicos y la toma de decisiones podía llevarse a cabo sin los peligros de votaciones y acuerdos que afectaran a la organización esclavista de la sociedad.

Los ciudadanos, por otra parte, gozaban de sustantivos derechos políticos[3] y vivían en cierta homogeneidad económica, asuntos que otorgaban una base firme para que se constituyeran en comunidad real.[4] Todo lo anterior es diferente en el mundo del capital: individuos potencialmente enfrentados a la comunidad; hombres libres que son, sin embargo, explotados y dominados.

Éste será uno de los puntos centrales a desarrollar en este capítulo. Sus raíces se encuentran en la propia lógica del capital, como es allí a su vez en donde se fundamentan las particularidades del Estado del capital. Además de abordar estos asuntos, nos adentraremos también en la distinción entre Estado y aparato y en el hiato que los caracteriza, asunto de vital significación para comprender problemas del dominio en el mundo que construye y reclama el capital.

En los estudios sobre el Estado, las referencias al aparato por lo general tienden a quedar como un apéndice —cuando

---

las personas pertenecientes a familias de ciudadanos. De ese total sólo los varones mayores de 18 años, unos 40.000, contaban con el derecho a participar en la Asamblea, que lograba reunir en condiciones normales a unos 4.000 a 6.000 ciudadanos. Benéitez, *op. cit.*

3. Las principales decisiones se tomaban en la Asamblea y en los Tribunales, en el primer caso, en votaciones a mano alzada. Allí se definían las órdenes ejecutivas (como ir a la guerra, la concesión de ciudadanía), la elección de funcionarios y las labores legislativas en general. Cualquier ciudadano podía participar en las discusiones y en las votaciones de la Asamblea. Los Tribunales eran electos por sorteo entre 6.000 ciudadanos mayores de 30 años, y llevaban a cabo juicios privados y públicos. La mayor edad requerida era porque el cargo de jurado suponía madurez y sabiduría.

4. Entre los ciudadanos, aquéllos con igualdad de derechos (*isonomía*) y de palabra (*isegoría*), se distinguían «grupos profesionales»: sacerdotes, labradores, artesanos y soldados. Diversas reformas puestas en marcha buscan limitar las diferencias económicas entre los ciudadanos. La constitución de Solón (594 a.C.) establece la cancelación de deudas, llamada descarga (*seisákhtheia*) por la que se prohíben los préstamos con fianza de la propia persona, a fin de evitar que los más pobres llegasen a la esclavitud. Con las reformas de Clístenes (508/507 a.C.) se conforman diez nuevas tribus por divisiones territoriales y se abandonan las divisiones familiares o religiosas previas, rompiendo con prebendas que emanaban de la anterior organización. Benéitez, *op. cit.*

aparece— sobre el que se dice algo, porque está allí, pero sin asumirlo como un problema teórico. No deja de ser curiosa esta situación a la luz de la significación que alcanza el hecho de que dicho aparato, en la organización político-estatal del capital, tienda a quedar en manos distintas a las de las clases dominantes, y al carácter representativo de dicha organización.

El capital y la ruptura entre economía y política

En su expresión más abstracta el capital constituye un proceso de relaciones sociales de explotación y de poder: apropiación de trabajo ajeno y sometimiento y poder despótico.[5] Es una unidad económica y política. Sin embargo necesita desplegarse fracturando esa unidad, conformando lo económico y lo político como esferas independientes. Adentrémonos en este proceso desde el núcleo de lo que hace posible la explotación y el dominio.

En tanto valor que se valoriza, el capital establece las condiciones de su propia existencia. De ello da cuenta el *pauper*, un hombre libre, despojado de los lazos de servidumbre, pero también de medios de vida y de producción, el cual en su doble desnudez se constituye en premisa y al mismo tiempo en un producto genuino de la producción capitalista.[6]

Allí intervienen los masivos procesos *políticos y económicos de despojo* (realizados con violencia y que conllevan acumulación) de medios de producción, particularmente de la tierra, pero también de herramientas. Al quedar estos medios monopolizados por los expropiadores, se obliga a la clase de los expropiados a vender su capacidad de trabajo como condición para hacerse con un ingreso y con ello con medios de subsistencia.

---

5. «[...] por su forma, la dirección capitalista es una dirección *despótica*», esto es «el alto mando [...] se convierte en atributo del capital [...]». C. Marx, *El capital*, t. I, Fondo de Cultura Económica, México, 7.ª reimpresión, 1973, pp. 267-268.

6. «En el concepto de *trabajador libre* está ya implícito que el mismo es *pauper*: pauper virtual. [...]. En cuanto obrero sólo puede vivir en la medida en que intercambie su capacidad de trabajo por parte del capital que constituye el fondo de trabajo. Tal intercambio está ligado a condiciones que *para el obrero* son fortuitas, indiferentes a su ser *orgánico*. Por tanto, virtualmente es un *pauper*». Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. 1857-1858*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972, vol. 2, p. 110.

Una vez establecido aquel despojo —premisa y resultado del capital—[7] la presencia cotidiana del *pauper* en el mercado se lleva a cabo *sin* que la *violencia política del capital* se haga visible. Será simplemente la necesidad de aquél de alcanzar medios de vida la que lo lanzará de manera cotidiana, un día tras otro, hasta cubrir toda su existencia,[8] a los brazos del capital. Economía y política quedan así escindidas en el mundo del capital.

La negación y recreación de hombres libres

En la venta de la fuerza de trabajo opera un poderoso mecanismo de coacción: sus propietarios no pueden negarse a llevarla a cabo ya que en ese proceso es la propia vida la que se encuentra en juego, al constituir dicha venta el medio para acceder a ingresos (salario) que permiten la adquisición de medios de vida o de subsistencia. Pero en el mercado las relaciones se presentan de otro modo. Allí las encarnaciones del capital y del trabajo «contratan como hombres libres e iguales ante la ley»; ambos son «poseedores de mercancías» que intercambian por equivalentes; cada cual dispone libremente en términos de propiedad de lo suyo. Por ello el mercado puede presentarse como «el verdadero paraíso de los derechos de los hombres», en donde «sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad».[9]

Despojado de medios de producción y de vida el *pauper* «pertenece al capital antes de venderse al capitalista»;[10] es objeto de

7. Premisa, porque el despojo hace posible la presencia de trabajadores desnudos de medios de producción y de subsistencia, lo que obliga a la venta de la capacidad de trabajo. Resultado, porque el salario sólo permite subsistir, no acumular, por lo que perpetúa la presencia en el mercado de los vendedores de fuerza de trabajo.

8. «Los sicofantes de la economía burguesa [...] en lugar de asombrarse de que el obrero subsista, [...], y en vez de considerar esto como un gran mérito del capital respecto al obrero, debieran centrar más bien su atención en el hecho de que el obrero, tras un trabajo siempre repetido, *sólo* tiene, para el intercambio, su trabajo vivo y directo. La propia repetición, en los hechos, es sólo aparente. *Lo que intercambia con el capital es toda su capacidad de trabajo, que gasta digamos en 20 años*». Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, *op. cit.*, vol. 1, p. 233.

9. Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. I, pp. 128 y 129.

10. Karl Marx, *op. cit.*, p. 486

una «esclavitud encubierta»,[11] al encontrarse «sometido a la férula de su propietario por medio de hilos invisibles»[12] que mantienen sin embargo la ficción jurídica del hombre libre y de los iguales que intercambian.

En el mercado opera un segundo mecanismo que refuerza el imaginario de libertad de los *paupers*. Los trabajadores pueden elegir a qué capital venden su mercancía, pueden optar y hacer valer su libertad como vendedores. A diferencia del esclavo, pueden decidir con quién trabajan. En realidad, y más allá de lo que señalen las leyes, los *paupers* pertenecen al capital con independencia de la personificación que éste alcance. De ello da cuenta Marx cuando señala:

> La reproducción de la fuerza de trabajo, obligada [...] a someterse incesantemente al capital, [...] que no puede desprenderse de él y cuya esclavitud [...] no desaparece más que en apariencia por que cambien los capitalistas individuales a quienes se vende, constituye en realidad uno de los factores de la reproducción del capital.[13]

La libertad del *pauper* de vender su capacidad de trabajo trastoca la noción universal de libertad, en tanto aquélla «es lo opuesto mismo de la libertad efectiva», ya que «el contenido real de este acto libre de venta es la esclavitud del obrero al capital».[14] Tenemos entonces «una fisura, una asimetría, cierto desequilibrio "patológico"» —el síntoma— que funciona como elemento constitutivo del universalismo de los derechos y deberes burgueses, pero «que subvierte su propio fundamento universal», haciendo presente «un caso específico que rompe su unidad [y] deja al descubierto su falsedad».[15] La moderna esclavitud se proyecta sin embargo como su reverso. El capital pone de manifiesto su capacidad de suturar aquello que subvierte y —más importante— en el mismo proceso que subvierte.

---

11. Karl Marx, *op. cit.*, p. 646.

12. Karl Marx, *op. cit.*, p. 482. Diferente al esclavo romano, «sujeto por cadenas a la voluntad de su señor». *Ibídem*.

13. Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. I, p. 518.

14. Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI editores, México, 1992, 2.ª edición 2002, p. 48.

15. Žižek, *op. cit.*, p. 47.

Pero se produce una segunda velación con significativo peso en el problema que nos ocupa. En el intercambio de equivalentes en la relación mercantil, la realización de una jornada de trabajo a cambio del pago del valor de la fuerza de trabajo,[16] el capital logra ocultar, como negación, la explotación, producto de la no-equivalencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor producido en la jornada, y la capacidad del salario de presentarse como pago de *todo* el trabajo.[17]

Aquí nuevamente tenemos un síntoma, que muestra que el universal «del intercambio de equivalentes» presente en la compra-venta de fuerza de trabajo, con la producción de plusvalía «se convierte en su propia negación».[18] Pero también tenemos la capacidad del capital de suturar, recreando la ficción de un intercambio de equivalentes en el mismo proceso de llevar adelante la no-equivalencia.

En los dos casos señalados, hablar de sutura no supone ninguna situación «superadora» (o «cicatrización de la herida») que borra toda huella de lo desgarrado. Opera más bien «la lógica de la "negación de la negación"» que «no implica ningún retorno a la identidad positiva, ninguna abolición, cancelación de la fuerza desgarradora de la negatividad, reducción a un momento pasajero en el proceso automediador de identidad». Por el contrario, «en la "negación de la negación", la negatividad conserva todo su potencia desgarrador; de lo que se trata es de que experimentamos que este poder negativo, desgarrador, que amenaza nuestra identidad *es al mismo tiempo una condición positiva* de ella».[19]

---

16. En este nivel lógico, donde lo que importa es explicar cómo es posible la explotación, es necesario asumir que el capital paga el valor de la fuerza de trabajo, premisa que no se sostiene en niveles históricos más concretos y que conducen a una violación de aquel valor, la superexplotación o explotación redoblada, que Marini define como la esencia de la dependencia. Véase su *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.

17. De allí el énfasis de Marx cuando señala: «Júzguese [...] la importancia decisiva que tiene la *transformación del valor y precio de la fuerza de trabajo en el salario*, es decir, *en el valor y precio del trabajo mismo*». C. Marx, *op. cit.*, p. 452 (subrayado mío).

18. S. Žižek, *op. cit.*, p. 48. Sin embargo, «el punto crucial que no se ha de perder de vista es que esa negación es estrictamente *interna* al intercambio de equivalentes y no su simple violación: la fuerza de trabajo no es "explotada" en el sentido de que su pleno valor no sea remunerado». *Ibídem*.

19. Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, *op. cit.*, p. 229 (subrayado JO).

Los fundamentos del Estado

Una nueva forma de esclavitud, una particular forma de explotación. Desde los niveles más abstractos donde nos hemos ubicado, se hace presente la unidad económico-política del capital y las relaciones de poder y explotación que lo constituyen, al tiempo que los procesos que desgarran aquella unidad. También las condiciones que —como negación de las relaciones anteriores— permiten al capital establecer las bases de su dominio y mando, al reforzar el imaginario de operar en un mundo de libres e iguales, lo que sienta bases para la conformación de comunidad. Tenemos así, en la propia dinámica del capital, y desde dichos niveles, *los fundamentos* de lo que denominamos *Estado*: relaciones de poder y dominio, relaciones de mando que alcanzan obediencia, capacidad de construir un imaginario de comunidad.

Explotar y dominar en un mundo de hombres libres y fetichizar ambos procesos,[20] como negación, constituyen particularidades del orden social que construye el capital y de su dimensión político-estatal. Por ello no parece acertada la afirmación de que «el proceso Estado *no es* inmediatamente relación de dominación».[21] El proceso *dominio de clases* no constituye un componente exterior al Estado, un algo que se le agrega o que podría estar ausente. Es, por el contrario, una relacionalidad fundamento del Estado, *a partir de la cual se construye la vida en común.*[22] Desligar ambos procesos es ubicarse en la fetichización del Estado que realiza el capital.

---

20. La fetichización da cuenta del proceso por el cual las relaciones sociales aparecen como relaciones entre cosas, las cuales nos dominan y nos fascinan, en tanto reificación (cosificación de relaciones sociales) internalizada. Véase las distinciones entre estas categorías en Carlos Pérez Soto, *Proposiciones para un marxismo hegeliano*, Arcis/Lom, Santiago de Chile, 2008.

21. Gerardo Ávalos, *Leviatán y Behemoth*, UAM-Xochimilco, México, 1996, p. 260 (subrayado mío).

22. En una obra posterior Ávalos insiste en que los dos procesos van separados. De allí que señale «que lo estatal es un proceso de unificación de los seres humanos bajo una autoridad común en un territorio delimitado para la reproducción de la vida en común», para agregar que «el sentido de tal unificación, [...] *si hay dominación*, se dirige hacia la reproducción de la dominación misma». Véase de G. Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital*, UAM-Xochimilco, México, 2007, pp. 93-94 (subrayado mío).

En sus determinaciones lógicas, los fundamentos del Estado en tanto condensación de relaciones de poder y dominio ya se hacen presentes en el capital mismo, en tanto éste no es sólo trabajo vivo impagado, sino también poder despótico.[23] A este nivel ya se vislumbran a su vez las condiciones para que se restituya el imaginario de comunidad, en tanto, como hemos visto, el capital no sólo niega la libertad y la igualdad, sino que también las recrea como ficción. Pero será en el despliegue del capital hacia formas más concretas en donde el Estado *del* capital alcanzará formas maduras (y se expresará como aparato) y con ello las tareas de sutura y de recomposición del imaginario de comunidad alcanzarán nuevas formas, lo que permitirá que el Estado se constituya en la única institución (lo que nos remite al aparato) con capacidad de lograr que intereses de unos pocos, los de los sectores dominantes, puedan presentarse y ser asumidos como intereses de toda la sociedad.[24]

El despliegue del Estado

Si desde los niveles más abstractos del capital descubrimos los fundamentos del Estado, éste se encuentra desplegado si consideramos tanto al capital como al trabajo en niveles de mayor concreción, como unidades de múltiples capitales y de múltiples fuerzas de trabajo, las que se encuentran en relaciones de explotación y dominio con las condiciones de encubrimiento-negación que aquellas relaciones establecen. Para que tal situación sea posible se requiere como paso lógico que el *orden de dominio* y mando político-estatal se haya extendido y consolidado y haya alcanzado a constituirse en una esfera independiente, para lograr que el despojo se convierta en proceso social y se consoliden las condiciones de encubrimiento-negación tanto de la ex-

23. Asumimos aquí que la esencia del concepto Estado refiere a la relación de dominio y de poder de agrupamientos humanos, no a las labores de administración y de monopolio de la violencia como se desprende de la visión de Weber. En tanto dicha administración implica dominio de clases es ya Estado.

24. Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder,* Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

plotación como del dominio.[25] Estado es simultáneamente el proceso de relacionalidad de poder y dominio y la capacidad de ocultar la explotación y el dominio, desligándolas y recreándolas como esferas independientes.

Desde esta lógica se presenta como un recurso errado e inútil recurrir a las teorías contractualistas para derivar el Estado, y mucho más cuando ello conlleva separarse de una línea de reflexión que pretendió derivar lo político y el Estado «desde la lógica dialéctica», desde la *contradicción*,[26] y no desde la *conflictividad* sobre base *individual* del contractualismo. Instalado en esta última perspectiva, Ávalos señala que «el acuerdo fundador de lo estatal» se presenta como «la necesidad constitutiva del capital como sistema», y se sigue de aquel acuerdo que «*los individuos* se someten a una gran autoridad central cuyo ámbito de acción deja de ser local, comarcal, regional o provinciano y llega a abarcar una gran extensión de territorio».[27] El equilibrio (imposible) entre una y otra perspectiva filosófica y teórica termina finalmente por romperse del todo.

Estado y poder

Desde un terreno donde lo que importa no es el Estado del capital, sino el Estado sin más, podemos decir que esta noción conjuga al menos tres procesos: las relaciones de poder y dominio donde intereses de agrupamientos humanos clasistas preva-

25. Para Ávalos, «este nivel —el segundo en su análisis— en el que el capital se despliega como heterogeneidad y pluralidad, corresponde en el terreno de la teoría política (clásica), con el estado de naturaleza del contractualismo», situación previa a la creación del Estado: la de «guerra de todos contra todos» de Hobbes, o «de inseguridad en la propiedad» señalada por Locke. Será apoyándose en esa teoría clásica como este autor señala que se podrá «proponer una forma de interpretación del proceso que lleva de la pluralidad de capitales hacia la constitución política del Estado». Ávalos y Hirsch, *op. cit.*, p. 84.

26. «El aspecto fundamental del tránsito del capital desde una de sus determinaciones a otra es la contradicción, es decir, no sólo la diferencia y la contraposición de sus determinaciones formales sino aquel movimiento en que los diferentes se oponen al grado de convertirse el uno en el otro». Ávalos y Hirsch, *op. cit.*, pp. 62-63.

27. Ávalos y Hirsch, *op. cit.*, p. 93 (subrayado JO).

lecen sobre otros; las relaciones mando-obediencia que dan cuenta de las condiciones y modalidades que permiten que quien(es) ordena(n) encuentre(n) obediencia, porque quienes reciben órdenes reconocen en los primeros el derecho a mandar; y los referidos a la constitución de comunidad, que en condiciones de sociedades fracturadas, por la presencia de clases, no puede sino ser ilusoria.

Estos procesos no tienen la misma jerarquía en las relaciones estatales, siendo el primero el definitorio, sin que esto implique la ausencia, en mayor o menor grado, de los otros dos, lo cuales se constituyen marcados de manera indeleble por aquél. Si entendemos por poder político la capacidad relacional que permite que determinados intereses y/o proyectos sociales prevalezcan y se impongan sobre —y en contra de— otros intereses y/o proyectos sociales, no es difícil concluir que el proceso relacional Estado es la fundamental capacidad relacional de poder político. Que dicha relación de poder se aplique con mayor o menor consentimiento, o con ninguno, no pone en discusión la relación Estado, y nos remite más bien a las formas posibles que puede asumir ese Estado, esto es, a la clásica pregunta referida al *cómo se ejerce el poder*.

Lo antes señalado se contrapone a la afirmación que indica que «sin el proceso estatal la dominación en el orden social sería mero despliegue de poder, de fuerza bruta, o, para decirlo con Hobbes, sería el estado de naturaleza de la guerra de todos contra todos»,[28] en una abierta toma de partido por la visión contractualista y su asunción fetichista.

Remitámonos a un ejemplo cercano en términos históricos y geográficos y preguntémonos: ¿desapareció el Estado bajo las dictaduras militares en el cono sur latinoamericano en los años sesenta y setenta del siglo XX? La pregunta es pertinente porque en el señalamiento que comentamos el estado de naturaleza refiere justamente al momento no-estatal y no-político. Lo que ocurrió allí, por el contrario, fue la presencia de un Estado particular que hizo uso de la fuerza bruta, y ello no implicó el regreso a la guerra de todos contra todos, sino más bien a un «despliegue de poder» necesario para que proyectos e intereses sociales específicos se impusieran sobre —y en contra

28. Ávalos, *Leviatán y Behemoth*, *op. cit.*, p. 260.

de— otros. No fue entonces una guerra *indeterminada* entre proyectos y objetivos sociales, de «todos contra todos», sino la de algunos contra otros muchos.

Si entendemos que el dominio es la relación en donde proyectos e intereses sociales se imponen sobre otros, con consentimiento de los dominados, lo que tenemos es que el dominio no es algo ajeno o contrario al ejercicio del poder político y a sus relaciones. La noción «dominio» constituye una modalidad de la noción poder político.[29]

Si el fundamento de lo estatal es una *relación de violencia clasista,*[30] esto no niega que la lucha de clases puede asumir diversas modalidades estatales en función de la fuerza y el grado de los enfrentamientos, primero entre los agrupamientos humanos antagónicos, pero también en el seno de las clases dominantes, así como las modalidades que asumirá la organización estatal, las relaciones entre sus instituciones, la capacidad del mando de ganar obediencia y las formas de construir comunidad. Los primeros asuntos nos remiten a los problemas de la hegemonía y del bloque en el poder; en definitiva, a la pregunta sobre *quién(es) dominan en las relaciones de —o detenta(n) el— poder.* Los segundos nos remiten a las formas del Estado (o formas de gobierno, según la terminología clásica); esto es, a la pregunta *cómo se ejerce el poder*.

Importa insistir que el capital recrea, en su propia reproducción, las relaciones de dominio y explotación que lo constituyen, *sin que sea necesaria violencia y coerción ajenas a la relación mis-*

---

29. Asunto que por ejemplo Max Weber aborda desde los tipos de dominación y formas de legitimidad (p. 170) y desde la sociología de la dominación (p. 696), en *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 10.ª reimpresión, 1996. Aquí señala que «la dominación es un caso especial de poder » (p. 695), en tanto «posibilidad de imponer la propia voluntad sobre la conducta ajena» (p. 696) y señala que «entendemos por "dominación" un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta ("mandato") del "dominador" o de los "dominadores" influye sobre los actos de otros (del "dominado" o de los "dominados"), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato ("obediencia")» (p. 699).

30. «Las clases dominantes llaman paz a los momentos en que van ganando la guerra, en que han logrado establecer su triunfo como orden de la dominación, y empiezan a hablar de violencia sólo cuando se sienten amenazadas». Véase Carlos Pérez Soto, *Proposición de un marxismo hegeliano*, Editorial Arcis, Santiago de Chile, 2008, p. 184.

ma capital-trabajo.[31] La dinámica de la acumulación produce una y otra vez no sólo plusvalía sino reproduce también la propia relación capital- trabajo: sectores sociales que monopolizan los medios de producción y de vida, por un lado, y trabajadores desnudos y disponibles, por otro,[32] y con ello el mando, el sometimiento y el poder.

Esta inmanencia del capital para reproducir relaciones de dominio y explotación constituye una cualidad que explica su particular poderío y nos ofrece claves para comprender los problemas a que se enfrentan las revoluciones contra el capital y nuevos elementos para reanalizar las explicaciones sobre los reveses sufridos por muchas de esas experiencias.[33]

El capital como muchos capitales

En su sentido más abstracto, y enfatizando el asunto fundamental, hemos visto que el Estado capitalista constituye un proceso relacional que expresa la fuerza del capital sobre el trabajo, por lo que a ese *nivel* están dadas las condiciones para que *todo capital pueda reproducirse.*

Pero en niveles de mayor concreción el capital se manifiesta como capitales *diversos* y en *competencia*, lo que implica una lucha encarnizada entre estos por sobrevivir. Ello significa que no todos los capitales podrán hacer efectivas las relaciones estatales de explotación y dominio. Por el contrario, muchos quedarán en el camino en aquella lucha, porque *aquellas condiciones*

---

31. Las relaciones esclavistas y las serviles, por ejemplo, necesitan de un componente político o ideológico exterior a las mismas relaciones para su reproducción. En la relación esclavista, que el esclavo no pertenece a la condición del esclavista. En la relación servil, por lazos de sujeción establecidos sobre el siervo.

32. Al elevarse la composición orgánica este proceso genera capitales más poderosos, por la concentración y la centralización, y mayor número de brazos disponibles (subempleados o desempleados), por el exceso relativo de trabajadores frente al capital variable movilizado.

33. Para regresar a una explicación que dimensione las razones referidas a aciertos y errores de líderes y corrientes, siempre cargadas a aquellas últimas, y vaya a asuntos más de fondo, como el mencionado, así como a los que tienen que ver con el desfase entre revoluciones con asiento en Estados nacionales, frente a relaciones del capital calificadas de globales.

emanadas de la relación estatal *son efectivas para el capital en tanto clase*, no para capitales particulares. Los que sobrevivan, por otro lado, podrán impulsar y sacar adelante sus intereses en grados diferenciados, unos más plenamente, otros con resultados apenas necesarios para proseguir como capital.

Estamos en un nivel en donde se hace presente una heterogeneidad de intereses y proyectos en el seno de las clases dominantes, muchos de ellos discrepantes y con grados diversos de conflicto, lo que impide su realización conjunta. Estas discrepancias en el seno del capital se dirimen por la fuerza diferenciada producida en la disputa entre clases antagónicas, pero también por la fuerza y debilidad que *propicia la propia acumulación*, al fortalecer a algunas fracciones, sectores y grupos y debilitar a otros.[34] Hablar de la acumulación y de sus tendencias no significa instalarse en una esfera económica ajena a la política, sino, por el contrario, en expresiones de la lucha entre agrupamientos humanos antagónicos y de luchas en el seno del propio capital y sus tendencias.

En su despliegue, la relación Estado se complejiza como Estado-nación y como un sistema interestatal jerarquizado, con grados desiguales de fuerza y soberanía (expresión de la fuerza diferenciada a su vez entre capitales), más fuertes y plenas en el mundo imperial y menos fuerte y más acotadas —o subsoberanías— en el mundo dependiente.[35] En estos movimientos se alcanzan nuevas soluciones así como nuevas contradicciones en el dominio del capital.

---

34. A la división entre fracciones (por el lugar que ocupan en la reproducción del capital: financiera, industrial, agraria, comercial) y sectores (por el monto de medios de producción: gran, mediano, pequeño capital), en el seno de la clase burguesa, agrego aquí la de «grupo», para dar cuenta de agrupamientos *dentro* de fracciones y sectores de clase.

35. Proceso inherente a la constitución del capital como sistema mundial, lo que muestra que la llamada «pérdida de soberanía» de muchas naciones por la acción de organismos supranacionales como el FMI, el Banco Mundial o transnacionales en la mundialización es un tema mal planteado. Sobre el ejercicio desigual de soberanía en el sistema mundial capitalista, véase de Jaime Osorio *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, en particular los caps. V y VI. El tema pone en entredicho a su vez la estrecha asociación, establecida como un supuesto, entre Estado y soberanía que predomina en general en la teoría y filosofía política.

Sobre la *forma* Estado

A fuerza de ser redundantes, pero con el objetivo de sintetizar algunas ideas centrales en lo que aquí nos ocupa señalemos que el tema de la *forma* que asumen las relaciones sociales en el capitalismo (por ejemplo, mercancía, dinero, capital, Estado) es fundamental en el análisis, en tanto nos lleva a preguntarnos sobre las razones por lo que dichas relaciones reclaman tales formas, preñadas de su negación.[36] Si el Estado es simultáneamente la negación del mundo de hombres libres e iguales que reclama el capital y el establecimiento de un proceso de relaciones de dominio, poder despótico y sometimiento, la *forma* Estado niega aquella negación y restablece las bases imaginarias de hombres libres y de no-explotación, sustento fundamental para la constitución de comunidad (ilusoria),[37] en tanto explotadores y explotados, dominadores y dominados, quedan atrapados en la fetichización de ese proceso.

Pero también dicha *forma* logra que lo económico se presente como lo no-político para que lo político se presente a su vez como lo no-económico,[38] a fin de negar la unidad constitutiva del capital, construir una esfera política autónoma y que las manifestaciones veladas de la explotación aparezcan desligadas de las manifestaciones veladas del dominio y viceversa.[39]

---

36. Véase de Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. I, p. 98, n. 32. También de John Holloway, «Debates marxistas sobre el Estado en Alemania Occidental y en la Gran Bretaña», en *Crítica de la Economía Política*, 16/17, Ediciones El Caballito, México, julio-diciembre de 1980, y del mismo autor, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Herramienta-UAP, Buenos Aires, 2002, en particular el cap. 4, «Fetichismo: el dilema trágico». Nuestra visión del Estado y particularmente del poder camina en una dirección distinta a la formulada en este último libro y, como consecuencia, a sus derivaciones políticas.

37. Refiriéndose a la comunidad «ilusoria», Gerardo Ávalos señala «que [...] el juicio según el cual es ilusoria la comunidad político-estatal, se postula desde un horizonte ético trascendental que toma la igualdad entre seres humanos como un principio *a priori*. Sin embargo —agrega nuestro autor—, desde una perspectiva sociológica o politológica, la comunidad político-estatal es *real*, opera fácticamente y se traduce en la reproducción legitimada de un orden de dominación». *Leviatán y Behemoth. Figuras de la idea del Estado*, *op. cit.*, p. 265 (subrayados en original).

38. Ávalos y Hirsch, *La política del capital*, *op. cit.*, p. 57.

39. Manifestaciones veladas porque la *forma* Estado oculta (niega) la explotación y el dominio.

Esto es lo que la *forma* Estado logra *en el capitalismo*. De allí su importancia para las relaciones sociales constitutivas al mundo del capital.

Aparato de Estado

El aparato de Estado es la *reificación*[40] de las relaciones de dominio, de mando-obediencia y de construcción de comunidad. Si a nivel del Estado las relaciones de dominio se despliegan en la totalidad social, *a nivel del aparato de Estado* dichas relaciones se presentan *condensadas y acotadas* a instituciones (fundamentalmente aquellas que conforman los clásicos tres poderes del Estado moderno: ejecutivo, legislativo y judicial), personeros y un cuerpo de leyes.

Esa condensación y acotamiento de las relaciones estatales permite que instituciones como el mercado, la familia, Iglesias, escuelas, medios de comunicación y fábricas, entre las más relevantes, se presenten como exteriores al aparato y también al Estado, al menos en las formas democrático-liberales. Esto permite, en su fetichización, que *la esfera de lo político se estreche aún más*, ya no sólo separada de lo económico, sino también reducida al ámbito del aparato en sentido estricto. Ésta es una las manifestaciones que propicia la *forma* aparato de Estado. Con ello se oscurece (como negación) que el poder (en tanto relación) atraviesa la totalidad de la vida societal. Más aún, *el aparato de Estado tiende a ser percibido como «el Estado»* y emerge como una institución por encima de la sociedad.[41]

En el aparato estatal el poder y el dominio se presentan institucionalmente jerarquizados y con una enorme capacidad de

---

40. En tanto *cosificación* de relaciones sociales cosificadas. Véase Pérez Soto, *op. cit.*

41. Lo anterior ofrece algunas respuestas a los interrogantes de Pashukanis: «¿Por qué la dominación de clases no permanece como lo que es, es decir, la sujeción de una parte de la población a otra? ¿Por qué reviste la forma de una dominación estatal oficial, o lo que equivale a lo mismo, por qué el aparato de coacción estatal no se constituye como el aparato privado de la clase dominante, *porqué se separa de esta última* y reviste la forma de un aparato de poder público impersonal, separado de la sociedad?». En E.B. Pashukanis, *La teoría general del derecho y el marxismo*, Grijalbo, México, 1976, p. 142 (subrayado JO).

movilidad en el interior del aparato, en función de las contradicciones antagónicas y de las necesidades económico-políticas del capital. Instituciones estatales que en algún momento expresan de manera concentrada la fuerza del capital, pueden pasar a planos secundarios en otros momentos. Por ejemplo, en la etapa contrainsurgente de la segunda mitad del siglo XX en América Latina, los institutos armados del Estado ganaron creciente relevancia, ubicándose en muchos casos incluso a la cabeza del propio aparato y del poder ejecutivo, dando vida a dictaduras militares, lo que dejó en lugares secundarios a instituciones del poder legislativo y del judicial.

La significación del aparato de Estado y de la forma que asume en el orden del capital asume nuevas connotaciones desde el hiato social que alcanza con el Estado. Pasemos a su análisis.

El hiato entre Estado y aparato

Estado y aparato de Estado conforman una unidad diferenciada. Entre ellos existe un hiato teórico que refiere a distintos niveles de concreción[42] y a que la *forma* Estado y la *forma* aparato da cuenta cada una de aspectos específicos de las relaciones de dominio del capital, como hemos podido apreciar en páginas anteriores. La particularidad teórica de cada uno nos habla del hiato teórico. Pasemos ahora a otro aspecto que definimos como hiato social.

Clase reinante y clases dominantes

Además de las formas diferenciadas y de concreción que alcanzan Estado y aparato, que permiten a las relaciones sociales del capital resolver problemas de poder y dominio específicos, existe entre ellos además un hiato social. Éste es resultado de un asunto nada despreciable: *la burguesía es la primera clase domi-*

42. En su análisis crítico de la economía política Marx pone de manifiesto diversos casos de unidades, diferenciadas por su nivel de concreción, como la que se establece entre plusvalía y ganancia, valor y precio o entre valor de la fuerza de trabajo y salario, las que en ese movimiento de concreción terminan generando soluciones y nuevas contradicciones al capital.

nante que se separa de la administración y manejo del aparato estatal, tendiendo a dejar esas tareas en manos de otras clases y sectores sociales.

La procedencia clasista de aquel sector social que administra el aparato es diversa. Importa para los fines de este análisis señalar algunas cuestiones referidas a aquella franja que ocupa las altas esferas del aparato, a la que denominamos *clase reinante*. El término no es empleado en el sentido estricto de clase *social*, sino en tanto agrupamiento que por «reinar» en un aparato estatal, con impronta de clases, desarrolla compromisos con —y expresa— los intereses del capital, lo que junto a los privilegios de los cargos, propicia cohesión, lealtades y un espíritu de cuerpo. Importa recalcar que la clase reinante en el capitalismo es tendencialmente distinta, en términos sociales, a las clases dominantes.[43]

¿Qué propicia que las clases dominantes en el capitalismo apunten a delegar el manejo del aparato estatal en otras clases? En las sociedades que precedieron al mundo del capital las clases dominantes fundamentaban y legitimaban su dominio bajo principios que no sólo requerían sino que reconocían la no-libertad y las distinciones clasistas.

Esto es radicalmente distinto en el mundo que construye el capital, donde debe dominar y explotar a hombres formalmente *libres*. Es desde aquí que alcanza significación el hecho que el aparato de Estado tienda a quedar de manera regular en manos de agrupamientos sociales distintos a las clases dominantes. Este proceso que se refiere a la *forma* aparato en el capitalismo, permite a las clases dominantes reforzar como negación el carácter de dominio clasista del Estado y del aparato, lo que favorece su percepción como instancias que representan a la sociedad, en un proceso en que el aparato —hemos visto, además— termina constituyéndose en «el» Estado.

La distancia social entre quienes dominan y quienes manejan el aparato de Estado se tiende a *reproducir en el conjunto del sistema de dominio* que reclama el capital, en tanto éste se consti-

43. Personeros de las clases dominantes, de manera excepcional, ocupan posiciones en el aparato estatal. Pero aun cuando ello acontece, por ejemplo, como presidentes del ejecutivo o como primeros ministros, ello no significa que los miembros de esas clases copan el resto de altos cargos en el aparato, como ministros de la corte, las cúspides del aparato militar, en el Parlamento o las secretarías de Estado.

tuye sobre la base de un sistema representacional. La representación constituye fundamento de la organización política del capital, que alcanza una de sus formas específicas justamente en la democracia *representativa*, la cual tiene como soporte fundamental a partidos políticos, conformados por ciudadanos, que compiten por el voto de la ciudadanía.[44]

Con la *forma* ciudadano el dominio del capital alcanza un estadio relevante, en tanto ella se sustenta en el individuo, lo que atomiza a las clases sociales y las diluye, y consagra la igualdad de los mismos en la esfera política, bajo la ecuación un ciudadano = un voto, sin importar su procedencia clasista, consagrando la ruptura de la política con la economía. A su vez fomenta el imaginario que en las disputas electorales está en juego el curso de la vida en común y que el ciudadano tiene en sus manos el poder de decisión, ocultando que el voto, en esas condiciones, opera sobre un campo de relaciones definido, que establece lo posible y lo no posible, lo legal y lo ilegal, por las relaciones de poder y dominio imperantes.[45]

El hiato social entre Estado y aparato, que implica establecer una diferencia entre quienes dominan en las relaciones de poder político y quienes administran el aparato y en general las principales formas de representación, nos instala frente a una pregunta necesaria: ¿cómo logran las clases dominantes que un aparato de Estado que se encuentra tendencialmente administrado por otras clases lleve adelante sus intereses?[46]

---

44. El lugar central de los partidos políticos en el sistema político alcanza a cristalizar recién en la primera mitad del siglo XX, al igual que el sufragio universal, en largos procesos preñados de altibajos y luchas sociales. Con esto el dominio del capital alcanza formas más complejas en su espiral. Sobre las tesis del surgimiento de los partidos políticos en la temprana modernidad que alienta el capital y diversas taxonomías para su análisis puede consultarse tres textos clásicos: Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987; Angelo Panebianco, *Modelos de partido*, Alianza Universidad, Madrid, 1990; y Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.

45. Por ejemplo, que el derecho de propiedad no sea objeto de discusión y de decisión de los ciudadanos, ya que se le asume como un derecho natural, igual que el derecho a la vida. Reclamar prácticas para su abolición es instalarse fuera del Estado de derecho, es decir, en el campo de la ilegalidad.

46. Es importante destacar que la pregunta se formula desde el análisis del aparato y no desde una suerte de indiferenciación entre Estado y aparato, como

En la respuesta a este interrogante se pueden distinguir dos posiciones contrapuestas, que reflejan en su interior corrientes diversas, que tienen en común, por lo general, la no problematización teórica de la distinción entre Estado y aparato, así como no ahondar en la especificidad del aparato de Estado capitalista y de su administración por personal proveniente de sectores sociales diferentes a las clases dominantes y sobre el peso del elemento representacional de su organización política.

La primera posición —calificada como instrumentalista— señala que es el personal del Estado —en particular aquel que ocupa las posiciones con mayor jerarquía—, que proviene de las propias clases dominantes y en menor medida de otras clases, el que juega un papel clave, por el compromiso y los vínculos con los intereses de los sectores dominantes. El problema de esta corriente es que asume al Estado (y al aparato) como entidades exteriores a las relaciones de clases y sus disputas,[47] al tiempo que concibe al Estado como una entidad neutra que debe ser «copada» por las propias clases dominantes para operar hacia sus intereses.

Las escuelas estructuralista y de la derivación lógica del capital reconocen que el Estado no es una entidad neutra sino, por el contrario, estructuralmente de clases, para los primeros, o que deriva de las necesidades lógicas de la reproducción del capital, para los segundos, lo que explica por qué opera realizando los intereses de quienes dominan.

El problema de estas respuestas es que termina por no problematizar la distinción entre Estado y aparato de Estado y tampoco su papel diferenciado en cuanto *formas* de las relacio-

---

ocurre de manera predominante entre las principales corrientes que han participado en su respuesta. El problema no es menor, ya que aquí se asume como un problema teórico y político la existencia de un hiato entre Estado y aparato, y se señala que es un error no prestar atención a su necesaria distinción teórica y en tanto formas diferenciadas, en su unidad, de las relaciones de dominio que establece el capital.

47. Ralph Miliban lo plantea así: «un modelo exacto y realista de la relación entre la clase dominante y el Estado [...] es el de *asociación entre dos fuerzas diferentes y separadas*, unidas entre sí por muchos lazos, aunque cada una posea su propia esfera de acción». En «Poder estatal e intereses de clases», en Miliband, Poulantzas, Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*, Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991, p. 198.

nes sociales de dominio en el capitalismo, ni sobre la particularidad de la clase reinante en el aparato y del proceso representacional. Por ello, sea por la lógica estructural del sistema, sea por la lógica del Estado derivado del capital, éste somete a la clase reinante a su dinámica, lo que termina convirtiéndola en «meros funcionarios y ejecutores de la política que les impone el sistema»,[48] lo que reduce esta posición a una versión invertida de la corriente instrumentalista.[49] El Estado-aparato somete a sus designios al personal y a la clase reinante, con lo cual deja de constituirse en un asunto problemático el hiato social, lo que no merece mayores explicaciones.

El aparato de Estado no es una entidad neutra. Constituye la reificación de las relaciones de dominio y poder llamada Estado. Existen, por tanto, *determinaciones relacionales* en la connotación clasista del aparato de Estado. Pero en tanto reificación de relaciones sociales, el aparato es una entidad atravesada por luchas entre clases antagónica y por las luchas en el seno del propio capital, luchas que reclaman respuestas de quienes lo administran y en *donde existen* —no una sino— *diversas alternativas en el seno de relaciones e intereses que dicho aparato expresa.*

En tanto condensación de relaciones y acotamiento de lo político-estatal, la *forma* aparato establece rigideces y a su vez mediaciones a las relaciones de dominio, por el manejo de aquél por sectores sociales distintos a las clases dominantes y por el papel de las instancias representacionales. Para los dominados esto se traduce en la capacidad del aparato de velar el dominio y de proyectar al (aparato de) Estado como entidad por *encima* de la sociedad. Para los dominantes, esa situación de rigidez y mediación del aparato provoca que se establezcan hiatos con y hacia las diversas fracciones y sectores del capital, lo que permite márgenes de acción a la clase reinante. De esta forma el *aparato de Estado no es un simple instrumento ni un simple receptor de las demandas del capital* y sus agrupamientos sociales.

Esta situación obliga a todos los agrupamientos de los sectores dominantes a mantener políticas activas hacia el aparato,

---

48. Es parte de la crítica que Miliband realiza a la propuesta estructuralista representada por Poulantzas. En «Réplica a Nicos Poulantzas», en Miliband, Poulantzas, Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista, op. cit.*, p. 99.

49. Ahora ya no el Estado, sino la clase reinante y la clase política como meros instrumentos de la lógica del capital o del sistema.

hacia la clase reinante y la clase política en general, a fin de impedir, en el escenario más serio y excepcional, que el hiato social se convierta en hiato *político* (esto es, que las políticas que se impulsen desde el aparato afecten a los intereses del capital y en particular a los de sus sectores hegemónicos), y en los casos más comunes, para lograr que las políticas definidas desde el aparato se orienten en determinada dirección dentro del mundo del capital, favoreciendo a unos agrupamientos y afectando a otros. Las tendencias de la acumulación juegan en tal sentido, pero dichas tendencias se verán favorecidas o perjudicadas de acuerdo con las políticas definidas desde el aparato y desde los márgenes de acción que éste ofrece y permite a la clase reinante y a la clase política más en general.[50]

Bienvenidos al desierto de lo real[51]

Analizado el problema del hiato social en un nivel de mayor concreción se nos revela que parte sustancial del quehacer político de las clases dominantes en el aparato y en el sistema repre-

---

50. En México, en los últimos años, se asiste a un proceso que pone de manifiesto lo señalado. Carlos Slim, dueño de un poderoso emporio económico, desarrolla una intensa presión para que sus negocios puedan operar en la televisión abierta, en medio de grandes conflictos con altos personeros del aparato de Estado. Cabe destacar que el campo de las comunicaciones es quizá hoy uno de los más disputados en el seno de los grandes grupos económicos en México, en donde se enfrentan el ya mencionado Slim, Emilio Azcárraga Jean (propietario de Televisa), Ricardo Salinas Pliego (propietario de Televisión Azteca), y grandes capitales españoles (Telefónica), que desean ingresar a su vez a la telefonía fija y móvil, campo fuerte del consorcio de Slim, que busca entorpecer medidas en tal dirección. Cabe recordar que la derogación por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en 2007, de algunos artículos de la Ley Televisa (aprobada en marzo de 2006), que otorga canonjías a las dos principales cadenas de televisión (sectores de clase reinante contra sectores de clases dominantes), desató una feroz embestida de las televisiones contra sus impugnadores, muchos de ellos parlamentarios del partido en el gobierno (PAN), incluyendo al senador Santiago Creel, el cual fue objeto de programas de denostación e incluso «borrado» de imágenes televisivas. La relación capital-clase reinante no es tan directa y sin mediaciones y conflictos como algunos análisis suponen.

51. Retomamos el título del ensayo de Slavoj Žižek incluido en su libro *A propósito de Lenin. Política y subjetividad en el capitalismo tardío*, Atuel, Argentina, 2004, cap. 12.

sentacional debe hacerse sobre la base de la clase política[52] disponible, la realmente existente, aquella que administra el aparato estatal y que cumple con funciones de representación en momentos históricos específicos. Esto implica para las clases dominantes atravesar el desierto de lo real,[53] esto es, ejercer el poder a nivel del aparato a través de instituciones y personeros, partidos políticos y dirigentes específicos, al igual que con presidentes o primeros ministros, secretarios de Estado y demás altos personeros del aparato estatal existentes.

Es con esos sujetos sociales con los cuales las clases dominantes deberán lidiar en situaciones concretas en su tarea de lograr que desde el aparato estatal, y bajo prerrogativas jerarquizadas, se impongan determinados intereses del capital por encima de otros, se haga frente a la lucha de los sectores dominados y se camine en las tareas de construir comunidad, procesos que, hemos visto, arrancan desde las instancias más abstractas del capital. Con ello queremos destacar que la clase reinante y la clase política no parten de cero ya que la propia dinámica relacional del capital actúa para hacer efectiva la dominación en sus diversos aspectos, como poder, mando y construcción de comunidad.

---

52. Entendemos por clase política el conjunto de personeros que cumplen funciones de representación política, por lo que además de la clase reinante contempla a los dirigentes de corporaciones empresariales (la mayoría, simples funcionarios del capital) y sindicales, los intelectuales orgánicos, como directores de periódicos y revistas y creadores de opinión pública en general (articulistas, comentaristas en radios y televisión, conductores de programas noticiosos en estos medios, etc.), el alto clero que interviene en los debates políticos, entre otros. A fines de este trabajo la clase política se reduce a la clase reinante. Esta visión difiere de la formulada por Gaetano Mosca (*La clase política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984), referida a élites que se explican por su poderío económico, cultural, religioso o militar. Para una crítica a las teorías de las élites véase de Göran Therborn: *Ciencia, clase y sociedad*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1980, y *¿Cómo domina la clase dominante?*, Siglo XXI, México, 1979.

53. Žižek señala que la frase «Bienvenido al desierto de lo real» la formula el líder de la resistencia, Morfeo, en la película *Matrix*, cuando se dirige al héroe (Keanu Reeves), quien despierta a «la realidad real» tras romper con la realidad virtual generada y coordinada por una megacomputadora y «observa un paisaje desolado, alumbrado por el fuego de ruinas ardientes —lo que quedó de Chicago después de una guerra global». Žižek, *op. cit.*, p. 150. Algo de este regreso a «la realidad real» acontece en el paso del poder a su ejercicio específico, con personeros, partidos e instituciones realmente existentes.

Es posible que en situaciones determinadas emerjan en la clase reinante o en la clase política estadistas, grandes mandatarios y políticos de alto vuelo, lo que otorgará altura a la gestión política y facilitará las condiciones de legitimidad y la construcción de comunidad. Pero habrá situaciones, quizá las más recurrentes en términos históricos, en donde serán personajes comunes y —en no pocos casos— opacos aquellos en los que los intereses de las clases dominantes deberán encarnar para resolver los dilemas de la lucha de clases y de las disputas en el seno del propio capital.[54]

El poder político como proceso relacional se enfrenta así a los dilemas teológicos presentes en el relato del dios que se hizo hombre para lograr la redención de la humanidad, debiendo asumir por ello todas las vicisitudes de la condición humana, cargada de apetencias, pasiones, necesidades, dolores y también de la muerte... pero para resucitar. El ejercicio del poder político reclama encarnar también en las virtudes y limitaciones de los miembros de la clase política, al igual que en las instituciones y reglas de juego vigentes en circunstancias históricas específicas. No hay forma de eludir esta constricción en materia de poder, semejante a la del dios que se hizo hombre para redimir.

Frente de poder

Con el fin de morigerar el hiato entre Estado y aparato las clases dominantes despliegan políticas específicas hacia la clase reinante y hacia la clase política en general, a fin de construir relaciones fluidas entre quienes detentan el poder y quienes lo administran.

Una de las políticas más relevantes en tal sentido pasa por la conformación de un *frente de poder*, la alianza entre las clases dominantes, o sus sectores más poderosos dentro del bloque en el poder, y la clase reinante.

Para las clases dominantes esta alianza busca impedir que el estilo personal de gobernar de la clase política y de la clase reinante, así como la distancia que establece el aparato y la clase

54. Un dicho popular mexicano grafica bien este significativo problema: «con estos bueyes hay que arar».

reinante respecto a las clases dominantes en el capitalismo, se constituyan en una traba que impida la fluidez del aparato en la puesta en marcha de las políticas que reclaman los sectores hegemónicos en la lucha intercapitalista y contra los sectores dominados. Para la clase política y su franja reinante la alianza implica prerrogativas en materia de prestigio social y de retribuciones materiales, junto a ascensos sociales asociados a la convivencia con —e incorporación al mundo de— los sectores dominantes.

Enclaves populares en el aparato de Estado

Ubicar desde una teoría del Estado el ascenso de gobiernos populares[55] en las últimas décadas en América Latina constituye una tarea prioritaria a fin de comprender su significación teórica y política. El asunto del hiato entre Estado y aparato de Estado desarrollado aquí puede ofrecernos una base para dicha tarea. La brecha establecida entre administración del aparato estatal y poder del Estado en el orden político del capital, y la rigidez y las mediaciones que el aparato establece a las relaciones de dominio, permite comprender que es factible que arriben a algunas instituciones del aparato, y en particular al poder ejecutivo (o al gobierno en un lenguaje común),[56] fuerzas políticas y personeros contrarios a los intereses del capital.

Hasta cierto punto es un tanto indiferente para las clases dominantes qué fuerzas políticas y personeros ocupan el aparato de Estado, *en tanto el propio proceso institucional está estructurado para impedir que participen fuerzas que se constituyan en amenazas para el dominio*, por lo que los dilemas se centrarán más bien en las representaciones más adecuadas, considerando los conflictos con las clases dominadas y los internos en el seno del propio capital. El juego institucional constituye un campo minado que limita las posibilidades de que aquel peligro (fuerzas ajenas y contrarias al capital) se pueda presentar. No es casual

55. La conceptuación es imprecisa ante la ausencia de una mejor caracterización, tarea que rebasa con mucho los objetivos de este escrito.

56. Como también al legislativo y al judicial. Pero nos interesa aquí el caso del ejecutivo en tanto los regímenes presidenciales predominantes en América Latina le otorgan a ese poder un margen de operaciones particular.

en la historia del capital la excepcionalidad de gobiernos que puedan caracterizarse en tal sentido y que hayan arribado siguiendo aquellos procedimientos. Esto pone de manifiesto la eficacia política de filtro que el aparato estatal establece en tal sentido, a pesar de los temores iniciales de los sectores dominantes en las discusiones sobre el sufragio universal y la posibilidad de que los *paupers*, siendo mayoría social, pusieran en entredicho la dominación.

Pero *rebasado ese punto*, sea por divisiones internas de las clases dominantes que rompen la unidad del mundo del capital en momentos de ascensos de sectores populares, el arribo de fuerzas y personeros que amenazan el dominio efectivamente se constituye en un problema político serio para el capital y sus sectores hegemónicos, máxime en condiciones de movilización y ascenso social en sus luchas y de radicalidad de sus proyectos en contra de los del capital.[57] En términos estrictos, estos gobiernos constituyen verdaderos *enclaves* populares en el seno del aparato de Estado, que no por ello pierde su carácter clasista.

Estos gobiernos no constituyen ninguna concesión de los dominadores y deben ser vistos más bien como verdaderas conquistas sociales y políticas de los dominados. Qué se hace con esas conquistas y por qué algunos gobiernos así entronizados no profundizan su radicalización es un problema que escapa a los que aquí nos proponemos desarrollar.[58]

En tanto el poder ejecutivo constituye el más dinámico de los poderes en regímenes presidencialistas como los existentes en América Latina, su control en manos de fuerzas políticas ajenas y contrarias a los intereses del capital termina generando un conflicto de significativa importancia entre el aparato estatal y el Estado, ya que deja a las clases dominantes con serias dificultades para poner en marcha e impulsar sus proyectos. El hiato *social* entre Estado y aparato termina convirtiéndose en hiato *político*.

Esta inadecuación no es factible que permanezca *sine die*. Por el contrario, reclama una resolución a corto y mediano pla-

57. Las reflexiones que siguen tienen presentes los gobiernos populares que se organizan en tal sentido y no a los que de manera genérica la literatura imperante en la región ha calificado como progresistas o de izquierda.

58. Sólo nos detendremos en aquellos aspectos que se refieren a la naturaleza del aparato estatal y que inciden en estorbar una política de transformación del orden social imperante.

zo, sea por la vía de la integración y asimilación de las fuerzas y personeros reinantes a la relación social de dominio estatal, con lo cual el Estado logra que el hiato con el aparato no se ensanche y por el contrario regrese a los equilibrios que la dominación del capital reclama; sea porque aquella asimilación no se produce y las fuerzas que han logrado incrustarse en el aparato estatal terminan generando desde esa posición condiciones para poner fin a la relación social de dominio existente.

Porque el aparato de Estado no es una entidad neutra, el ascenso de fuerzas populares al poder ejecutivo de dicho aparato no puede entenderse como conquista del poder político y, por tanto, como ruptura de la relación social de dominio, esto es, como ruptura del Estado del capital. Lo que deriva de esto es que el problema del poder sigue sin resolución y uno de los asuntos políticos clave y urgentes será cómo generar un proceso de acumulación de fuerzas que tenga como objetivo romper la columna vertebral del dominio del capital.

La presencia de enclaves populares tampoco implica suponer el establecimiento de un doble poder en el seno del aparato, porque dichos gobiernos están inscritos en un aparato de Estado clasista, que no está para reflejar o expresar la fuerza social de los dominados, ni mucho menos para alentarla en su interior. Por el contrario, alcanzar posiciones en el aparato de Estado constituye para las fuerzas populares introducirse en un territorio que buscará empantanar su accionar en todo lo que se refiera a su perspectiva rupturista de la dominación imperante.

Por ello la acumulación de fuerza social en el sentido de generar un doble poder necesariamente deberá realizarse en lo fundamental *fuera* del aparato estatal, apoyándose en lo que sea posible en las posiciones que ofrece el aparato.

Para las clases dominantes el paso de núcleos dinámicos del aparato estatal a fuerzas antagónicas implica la cesión de espacios que reclaman un repliegue de posiciones a fin de reorganizar sus fuerzas. Dicho repliegue y reorganización tiene como objetivo recuperar lo antes posible las pérdidas sufridas, y si la situación se agudiza, afrontar en las mejores condiciones y en los momentos adecuados los avances de quienes ponen en entredicho su poder.

Su acumulación de fuerzas operará tanto en el seno del aparato estatal mismo, fortificando y estableciendo guerras de posi-

ciones desde los espacios que allí aún controlen (poder legislativo, poder judicial, en el interior de los aparatos armados del Estado, etc.), como desde fuera de dicho aparato, alentando la organización de movimientos de masas, bandas paramilitares, estableciendo nuevos asientos territoriales, desarticulando la economía, combinando acciones legales e ilegales, todo ello pertrechado por una poderosa operación a través de los medios de comunicación. Ésta es la estrategia que tienden a aplicar las clases dominantes en condiciones de una pérdida del gobierno.[59]

Conclusiones

Los fundamentos del Estado en el capitalismo se encuentran en el propio capital y su capacidad de explotar, dominar, establecer una nueva forma de esclavitud y, al mismo tiempo, suturar los desgarros sociales y reconstruir un imaginario social de hombres libres e iguales, lo que sienta bases para construir comunidad. Es en el despliegue del capital en donde esos fundamentos alcanzarán maduración en tanto Estado y en tanto aparato.

Estado y aparato permiten resolver problemas diversos del dominio y del imaginario de comunidad. Entre ellos existe un hiato teórico y social que permite dar cuenta de nuevos problemas y nuevas soluciones en el dominio que reclama el capital.

A partir del hiato social, en donde el aparato estatal queda en manos de clases diferentes a las dominantes, se hacen necesarias nuevas miradas sobre la relación de las clases dominantes y el Estado, y de éste con los sectores hegemónicos. De igual manera aquel hiato ofrece perspectivas para comprender el ascenso al gobierno de fuerzas sociales y políticas contrarias al capital y lo que dicho ascenso supone en términos de una estrategia de poder.

59. Que recoge en lo fundamental la estrategia seguida por las clases dominantes y el imperio en Chile bajo el gobierno de Allende. Véase de R.M. Marini, *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, Editorial Era, México, 1976, en particular el cap. 2 de la segunda sección.

III

DEMOCRACIA/AUTORITARISMO: NUEVAS RELACIONES MANDO/OBEDIENCIA EN AMÉRICA LATINA

Además de constituir una relación de dominio, el Estado también es una organización de la comunidad, en donde juega un papel central el proceso por el cual los que obedecen reconocen el derecho de ordenar a los que mandan.

En las últimas tres décadas del siglo XX América Latina asiste al agotamiento de una relación mando-obediencia en torno a la protección que el Estado ejercía sobre amplios sectores sociales, vía políticas de empleo, beneficios sociales en materia de salud, educación y vivienda, protección laboral y seguridad social. Este remedo en condiciones de dependencia del Estado benefactor que alcanza forma en las economías centrales, permitió la conformación de amplias alianzas sociales que —bajo el cuadro de una onda cíclica recesiva a nivel del sistema mundial y de recesión en la región— se hicieron onerosas para el capital.

Con la puesta en marcha de nuevas formas de reproducción del capital, en el contexto de una reorganización de la división internacional del trabajo, los sectores dominantes en la región buscaron restablecer la relación mando-obediencia sobre nuevas bases, haciendo de la ciudadanización, el voto, las elecciones y la transición a la democracia, los ejes de un nuevo patrón de legitimidad. La brutal guerra contrainsurgente llevada a cabo bajo formas militares y civiles desde la década de los años sesenta abría —en los cálculos de los sectores dominantes— un amplio espacio para transiciones sin sobresaltos políticos.

Tras un inicio en donde parecían madurar los nuevos mecanismos de legitimación, sustentados en el imaginario de in-

tegración presente en el «tú decides» en las disputas electorales, pronto se harán presentes serios problemas cuya forma más significativa la constituye la emergencia de nuevos gobiernos que expresan una temprana rearticulación de fuerzas populares que se plantean no sólo modificar la política neoliberal en marcha sino también estatizar y nacionalizar importantes recursos naturales, amén de otras limitaciones a las operaciones del capital, apoyados en la organización y movilización de sectores populares.

El hiato entre Estado y aparato, en el dominio que requiere el capitalismo, y la administración de este último por sectores sociales ajenos a las clases dominantes, constituyen la base para comprender la posibilidad teórica y política de entronización de gobiernos populares como los presentes actualmente en la región.

A estos procesos y a las soluciones presentes, con una imbricación simultánea de democracia y autoritarismo, se aboca el presente capítulo, en un esfuerzo dirigido a ofrecer una línea de interpretación general que integre los movimientos económicos con los políticos presentes en la región en las últimas décadas.[1]

Cambios en la reproducción del capital y en el patrón de legitimidad

La puesta en marcha de consultas electorales para la elección de las autoridades gubernamentales y su formulación teórico-ideológica como transición a la democracia formaron parte de un giro sustancial en los mecanismos de legitimación del Estado latinoamericano y de la relación mando-obediencia. Este cambio tuvo como fondo profundas modificaciones económicas y políticas en la región, las cuales formaron parte de una gran transformación a nivel del sistema en su conjunto llevada a cabo en las últimas tres décadas del siglo XX.

1. Para un desarrollo más amplio de algunas de las hipótesis presentes en este trabajo véase de Jaime Osorio, *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, Ítaca-UAM, México, 2009.

En medio de la larga onda de caída de la tasa de ganancia a nivel sistémico, iniciada a finales de los años sesenta del siglo pasado y de sus expresiones en América Latina en descensos de la tasa de crecimiento en los años setenta, hasta alcanzar una aguda expresión en la llamada crisis de la deuda en los años ochenta (la llamada «década perdida» para los organismos internacionales), las amplias alianzas de clases que sustentaban el patrón industrial vigente y una comunidad estatal regida por lazos de protección y obediencia se convirtieron en un duro lastre para la acumulación y reproducción del capital local.

Para las economías de mayor desarrollo en la región, dicho patrón implicó en términos políticos un remedo del *welfare state* que tomó forma en las economías centrales, lo que impulsó a los Estados a desarrollar políticas en materia de empleo, salarios, educación, salud, vivienda, seguridad social, protecciones laborales,[2] etc., que constituyeron una base real para generar y sostener amplias alianzas con sectores asalariados de la pequeña burguesía estatal y del sector privado, así como con sectores obreros y campesinos. Ello embonaba a su vez con las primeras etapas del patrón industrial (parte final de los años treinta hasta la década de los cincuenta) que reclamaban niveles significativos de participación de sectores asalariados en el mercado local.

En los años sesenta y setenta tiende a profundizarse la división en el seno de la burguesía latinoamericana, que tendrá importantes consecuencias en los problemas que aquí nos ocupan, al emerger una fracción monopólica fuertemente asociada con el capital extranjero, la cual se asienta en una producción industrial más compleja que la industria de alimentos, vestido, del calzado y de bienes durables, particularmente muebles y productos básicos para el hogar, que caracterizó las primeras etapas de la industrialización latinoamericana y que dio vida a una fracción burguesa tradicional.

La nueva fracción burguesa, más dinámica, concentra sus inversiones en bienes de consumo durable complejos (como la

2. Desde la pérdida de muchos de aquellos beneficios se puede tener hoy una dimensión de la envergadura de aquellas políticas y de su capacidad para sostener alianzas sociales con amplios y diversos sectores de las clases dominadas.

producción de autos y de bienes electrónicos: radios, neveras, televisores), así como de bienes intermedios, lo que reclama la constitución y/o fortalecimiento de un mercado alto de consumo local, al tiempo que pone su mira en los mercados exteriores, particularmente regionales. De allí los primeros acuerdos de integración subregionales que se realizan en la época (ALADI, Pacto Andino en la parte sur del continente, Mercado Común Centroamericano más al norte), así como la agudización de las disputas interburguesas y las presiones iniciales de la nueva fracción burguesa por poner fin a las prerrogativas alcanzadas por el mundo del trabajo en la etapa más dinámica y expansiva del patrón industrial.[3]

El agotamiento de aquellas amplias alianzas sociales se hizo más patente en términos económicos y políticos cuando el gran capital transnacional, desde finales de los años setenta, impulsó con fuerza la gran trasformación en orden a transmutar la organización global del sistema mundial sobre la base de una nueva división internacional del trabajo, que terminará conformándose en torno a cadenas globales de producción[4] y en la segmentación de los procesos productivos, proceso posible tras la revolución tecnológica producida en la microelectrónica, el *software*, las comunicaciones y el transporte, que permitieron el despliegue de segmentos productivos y de mercancías a lugares remotos del planeta a bajo costo, y el control de la producción y la calidad, en tiempo real, desde oficinas y despachos asentados en el mundo central.

En dicha segmentación las economías imperiales han tendido a monopolizar las fases de diseño, investigación y activos de conocimientos y la definición de políticas de *marketing* y comer-

---

3. Es esta división la que explica en Chile las dos candidaturas que presenta la burguesía para las elecciones presidenciales de 1970, y que permite el triunfo de Salvador Allende con poco más del 30 % de los votos. En aquel tiempo no existían segundas vueltas, y el Congreso Nacional debía optar entre las dos primeras mayorías. Los votos de la Democracia Cristiana, fracturada por la lucha interburguesa y en medio de una creciente movilización popular, terminan por inclinarse hacia el candidato de la Unidad Popular.

4. Véase de Gary Gereffi y M. Korzeniewicz, *Comodity Chains and Global Capitalism*, Praeger, Wesport, 1994. También de G. Gereffy «Las cadenas productivas como marco analítico para la globalización», *Problemas del Desarrollo* n.º 125, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, abril-junio de 2001.

cialización, así como el control de calidad y la eficiencia, dejando las fases de producción, maquila y ensamble en las economías periféricas y dependientes.[5]

Bajo la égida de grandes monopolios transnacionales se han desarrollado a su vez cadenas de subcontratación a lo largo y ancho del planeta, en una estructura fuertemente jerarquizada, con grandes, medianas, y pequeñas empresas insertas en la dinámica impuesta por las empresas que hacen de cabeza de las cadenas globales, con fuertes transferencias de valores de las economías dependientes hacia el mundo central,[6] y de descenso de salarios, prestaciones y derechos laborales de los trabajadores mientras más abajo de la cadena se encuentren. La llamada precariedad laboral (empleos sin contrato o con contratos de corto plazo que no generen antigüedad y derechos, largas jornadas sin pago de horas extras, bajos salarios) no es sino la otra cara, particularmente en el mundo dependiente, del reino de las grandes industrias de punta en las cadenas globales.

Nunca como a partir de las últimas décadas del siglo XX el capital logró un despliegue planetario de tal envergadura, alimentado por el derrumbe del antiguo campo socialista y su rápida inserción en los circuitos del capital y de las cadenas globales, así como por la agresiva incorporación de China al mercado mundial, y una subsunción real del trabajo y de la naturaleza de tal magnitud como la alcanzada en las últimas décadas.

Las bases para una nueva legitimidad

Esta nueva división internacional del trabajo marcó el fin del patrón industrial y sentó la bases de un nuevo patrón de reproducción del capital[7] en las economías de la región, tras un

---

5. Gereffy, *op. cit.*

6. Desde 1999 hasta 2006 la transferencia neta de recursos ha sido desfavorable para América Latina, alcanzando los 75.536 millones de dólares. CEPAL, *Estudio económico de América Latina y el Caribe, 2005-2006*, Santiago de Chile, 2006, p. 345.

7. Sobre la noción «patrón de reproducción del capital» y sus formas en América Latina, véase de Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*, M.A. Porrúa-UAZ, México, 2004. Los capítulos de este libro se encuentran en diversas páginas en Internet.

periodo de tránsito más o menos corto según los casos: el exportador de especialización productiva, en donde el capital busca su realización particularmente en mercados externos,[8] con lo cual se abandona el proyecto de industrialización diversificada que caracterizaba el patrón anterior, con el fin de alentar ahora la especialización, sea agrícola, minera, agro-industrial o industrial.[9] La fracción burguesa más dinámica, fuertemente monopólica y asociada al capital extranjero, reestructurada y fortalecida además por la masiva venta de activos públicos a precios irrisorios, será la que hegemonizará el nuevo proyecto.

La reestructuración productiva que reclamaba la nueva reproducción implicaba acelerar los procesos de centralización de capitales a fin de elevar las condiciones de competencia en los mercados externos y en el mercado local, ante los procesos de apertura que la gran transformación global reclamaba, por lo que la subordinación y disciplina del resto de los sectores burgueses a este sector monopólico será necesaria y alcanzada en no pocos casos tras agudos enfrentamientos.

Aquellos procesos de privatización formaron parte a su vez de un agresivo proceso de despojo de activos sociales a la población trabajadora. Ello fue posible por un radical cambio en las correlaciones de fuerza en la sociedad y por el predominio que en aquel proceso asumió, ahora en el Estado, el gran capital local y transnacional.

La ruptura de las amplias alianzas hacia el mundo de los asalariados tenía condiciones objetivas para desarrollarse, dado

---

8. Entre 1973 y 1998 América Latina ganó pequeñas pero significativas posiciones en el comercio mundial, al pasar del 3,9 al 5,0 % en el total de las exportaciones mundiales. Ello mientras Estados Unidos y Canadá descendieron del 19,1 al 18,6 % y Europa Occidental del 50,3 al 47,4 % de ese total. CEPAL, *Globalización y desarrollo*, Santiago, 2002, p. 32. Indiquemos otro signo de la vocación exportadora del nuevo patrón: el valor de las exportaciones totales de América Latina y el Caribe casi se triplicó en el plazo de una década, al pasar de 280.685 millones de dólares en 1995 a 779.419 millones de dólares en 2006. CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2007*, Santiago de Chile, 2007, p. 262.

9. De allí el error de llamar al nuevo patrón «secundario exportador». Véase de José Valenzuela Feijóo *¿Qué es un patrón de acumulación?*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1990.Sólo algunas economías, particularmente México y Brasil, hacen de la producción industrial un eje clave del actual patrón. Véase de Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar, op. cit.*, cap. 4: «El nuevo patrón exportador latinoamericano».

el papel secundario de estos sectores en el mercado reclamado por la nueva producción, lo que hacía posible elevar la tasa de explotación recurriendo al simple traspaso de parte del fondo de consumo de los trabajadores al fondo de la acumulación por la vía de una violenta caída de los salarios reales,[10] lo que agudizó la tendencia de la reproducción dependiente a instalarlos por debajo del valor de la fuerza de trabajo. Así se alentó una aguda concentración de los ingresos,[11] lo que permitió la creación de un mercado interno estrecho socialmente pero con un elevado poder de consumo, que se constituyó en el otro mercado (junto al exterior) de la nueva reproducción.

En esa tónica se encadenan a su vez las medidas que devastan los derechos alcanzados en materia de seguridad social, laboral, prestaciones, etc. Bajo tal modalidad de reproducción la precarización laboral, el incremento de la pobreza y la miseria y la elevación de la desigualdad social pasaron a ser resultados normales.[12]

De súbditos a ciudadanos

El neoliberalismo se constituirá en la política económica que permitirá romper las trabas —y que abrirá los caminos— al nuevo patrón de reproducción. La austeridad y el equilibrio fiscal, la desregulación, el mercado como el espacio de asignación de recursos, serán algunas de las nuevas claves del discurso económico. En estas condiciones el dominio y la legitimidad de los secto-

---

10. En México el salario mínimo perdió cerca del 70 % entre la década de 1980 y mediados de la década de 1990. CEPAL, *Indicadores sociales básicos de la subregión norte de América Latina y el Caribe*, México, 1997, p. 8. En Chile, una de las economías más dinámicas de la región, el salario medio en 2002 aún no alcanzaba los niveles de 1972. En *Economía y trabajo en Chile*. Programa de Economía del Trabajo, Santiago de Chile, 2003, p. 276.

11. En 2002, por ejemplo, el decil más rico en la región se apoderaba en promedio del 36,1 % de la riqueza social en tanto el 40 % más pobre percibía una cifra promedio del 13,6 %. En CEPAL, *Panorama social de América Latina 2002-2003*, Santiago de Chile, 2003, pp. 72-75.

12. América Latina es la región que presenta las cifras más extremas en materia de desigualdad social como resultado del doble proceso del incremento de apropiación *absoluta* de riqueza en los deciles altos y de descenso, también absoluto, de los ingresos de los deciles bajos.

res dominantes no podían seguir sosteniéndose en el proteccionismo y el paternalismo estatal, ni en el derroche fiscal, según el nuevo evangelio del capital. El fin del Estado obeso y de las políticas populistas fueron algunos de los señalamientos que indicaban el fin de una etapa no sólo económica sino también política.

Del Estado paternalista y protector se debía pasar al Estado eficiente, y del súbdito al ciudadano. La legitimidad se alcanzaría ahora no por la prebendas estatales otorgadas a sujetos acostumbrados a pedir y esperar, sino por adultos políticos que conocen y deciden en consultas electorales transparentes, y que reciben desde el mercado los beneficios equivalentes a su esfuerzo y capacidad. La impronta de un liberalismo rapaz, arropado en un mensaje que destacaba las virtudes distributivas del mercado y la fuerza del ciudadano-elector, hacía su entrada como fórmula que regiría ahora la relación mando-obediencia. Fue en medio de esta agresiva política económica y social que emergió en el discurso político el discurso de la transición a la democracia.

Si el paraguas protector del antiguo Estado había logrado aminorar los efectos de la explotación para ciertos sectores de la población, en las nuevas condiciones el capital monopólico redujo el paraguas, dejando en la intemperie al grueso de la población, conformando ahora un Estado protector, paternalista e interventor a la medida de sus necesidades.[13]

La aporía entre el proyecto económico y el discurso político

No deja de llamar la atención la aporía presente en el proceso visto en su conjunto: mientras en el campo económico-social se ponían en marcha agudos procesos de expoliación, despojo, pauperización y exclusión, en el terreno político se convocaba a la inclusión bajo el imaginario de una sociedad en donde los

13. El salvamento de la banca mexicana en la segunda mitad de los noventa, conocido como Fobaproa, cargando sobre el conjunto de la población y generaciones futuras los costos de dicho proceso, forma parte de la historia del Estado protector que el capital logró conformar en la región en estas décadas, cuando renegaba justamente del proteccionismo estatal, lo que muestra que el Estado siguió interviniendo, sólo que cambió el sentido social y político de dicha intervención.

individuos-ciudadanos tomaban las riendas de las decisiones sobre la vida pública.

Vista la vida social como unidad, no es posible que a mediano y largo plazo la economía y la política caminen en direcciones tan contrapuestas. O la economía no excluía como las estadísticas mostraban, con lo cual era viable una democratización incluyente, o bien la democratización no era tan incluyente como su discurso tendía a señalar, con lo cual embonaba con las exclusiones presentes en el campo económico. Esto último fue lo que en los hechos tomó forma en la región en los primeros años de transición a la democracia: la fuerza del voto sirvió simplemente para definir el relevo de las élites o de la clase reinante que administran el aparato estatal, nunca para definir la agenda ni el curso de los asuntos públicos, como el patrón de reproducción o la política económica a aplicar, el tipo de comunidad estatal a construir o el espacio de decisiones posibles en la llamada democratización.

Esto fue lo que expresaron en lo fundamental los gobiernos de Fernando Collor de Melo y Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle en Chile, Raúl Alfonsín y Carlos Menem en Argentina, Alberto Fujimori en Perú, de Carlos Salinas de Gortari hasta Vicente Fox en México, para mencionar algunos nombres.

Sin embargo, a poco andar aparecerán otras opciones, inesperadas, cuando nuevas organizaciones sociales y políticas, sacando partido de las fisuras interburguesas abiertas por la nueva economía , y alimentadas por el malestar y los agravios hacia el campo popular gestados por el patrón excluyente y depredador y la política económica neoliberal, se incorporan a la lucha electoral, triunfan y hacen suyas las promesas incumplidas de la transición democrática y comienzan a decidir no sólo sobre el personal que ocupará los puestos claves del aparato estatal, sino sobre el curso de los asuntos públicos, provocando problemas a la reproducción del capital y a su dominación, haciendo palpable la posibilidad de otras formas de democratización y de organización de la comunidad.

Los nuevos gobiernos populares

La elección y conformación de gobiernos que de una manera general pueden ser calificados como populares, sea por las fuerzas sociales y políticas en que se apoyan, sea por las políticas que impulsan, constituyeron una verdadera sorpresa para los sectores dominantes, pero también para las fuerzas populares, si se consideran las condiciones previas que prevalecían en la región.

La guerra contrainsurgente y los nuevos espacios para la dominación

El nuevo patrón de legitimidad sustentado en la figura del ciudadano convocado a consultas electorales fiables reposaba en las cuentas de los sectores dominantes con un asidero sólido para ponerse en marcha y funcionar: el enorme espacio político que la guerra contrainsurgente —llevada a cabo fundamentalmente entre mediados de los años sesenta y los años ochenta en la región— otorgó a los sectores dominantes.

Dicha guerra provocó efectos devastadores en el campo popular, considerando las organizaciones políticas y sindicales destruidas o desarticuladas; el número de dirigentes, militantes y simpatizantes asesinados, torturados, desaparecidos, detenidos o expulsados de sus países; la violencia y el terror ejercidos sobre el grueso de la población; el cierre de espacios políticos y el establecimiento de dictaduras militares en muchos casos; la proscripción de medios de comunicación; el cierre de escuelas y carreras de ciencias sociales; la liquidación de editoriales progresistas, la quema de libros, el control de las publicación y la prohibición de mantener títulos o autores en bibliotecas públicas y privadas.

La guerra contrainsurgente no sólo significó alterar radicalmente la correlación de fuerzas a favor del capital en términos políticos. Constituyó también el basamento que haría posible las grandes transformaciones económicas que el gran capital local e internacional puso en marcha. Sólo bajo el espacio y la fuerza alcanzados en aquella guerra, más abierta en algunos casos, más soterrada en otros, pero presente en todos los espacios regiona-

les, el capital pudo sentar las bases políticas de disciplina y paz social para la nueva reproducción. *Nunca la política fue tanta economía concentrada*.

A la vasta desarticulación llevada a cabo en Estados nacionales y también en la coordinación de operaciones de contrainsurgencia subregionales,[14] se agrega el impulso de las políticas neoliberales que, en lo que aquí nos importan, cumplían con el objetivo político de proseguir las tareas de atomización y desarticulación de redes sociales de contención iniciadas por la guerra de contrainsurgencia. Dichas políticas fueron así la continuación de la guerra por otros medios. *Nunca la economía fue tanta política concentrada*.

Una rápida rearticulación popular

Al ponderar la devastación provocada por la guerra contrainsurgente y sus derivaciones neoliberales, nada hacía esperar que a corto y medio plazo la apertura de ciertos espacios políticos provocaría irrupciones como las acontecidas en la región, con la emergencia de gobiernos como los de Hugo Chávez en Venezuela, elegido inicialmente en 2000, siendo reelegido en 2006, y de Evo Morales en Bolivia en 2006.

Estos gobiernos constituyen la punta del iceberg en materia de organización y disposición de lucha alcanzadas por diversos sectores sociales, tanto en las sociedades en donde se produjeron esos triunfos, como en el resto de la región, en donde cabe mencionar la larga actuación de los obreros metalúrgicos en Brasil, que sumó a nuevos sectores urbanos y populares y dio vida al Partido de los Trabajadores, y también en este país, de los campesinos y obreros agrícolas organizados en el Movimiento de los Sin Tierra; el alzamiento indígena en Chiapas, en momentos en que se ponía en marcha el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, proyecto que marcaba el ingreso de México al Primer Mundo en la visión oficial; las movilizaciones indígenas en Bolivia y Ecuador que propiciaron

14. Como el Plan Cóndor, nombre de la coordinación de los servicios de inteligencia que pusieron en marcha las dictaduras del cono sur en la lucha contrainsurgente, no sólo para el intercambio de información, sino también para llevar a cabo operativos conjuntos en contra de opositores.

el derrumbe de diversos gobiernos; la sublevación popular que puso fin al gobierno de Fernando de la Rúa en Argentina; las masivas movilizaciones populares en las elecciones de 2006 en México y la organización y movilización de la Asamblea Popular de los Pueblos en Oaxaca; la resistencia de los pueblos indígenas en Perú y Chile más recientemente a diversos proyectos de despojo de sus tierras.

¿Por qué la guerra contrainsurgente, a pesar de su extensión y profundidad, no logró resultados de más largo aliento? ¿Por qué la transformación de estructuras y relaciones y la ruptura de tejidos sociales no otorgaron bases más estables a la dominación?[15]

No hay parangones en la historia moderna de operaciones político-militares de tal envergadura[16] y que sin embargo presenten en un tiempo tan breve —en menos de tres décadas— un nivel tal de rearticulación y reanimación de fuerzas populares, asumiendo éstas incluso la iniciativa política y abriendo procesos con potencialidades de cuestionar el dominio del capital.[17]

---

15. Chile es quizá la sociedad regional en donde la contrarrevolución logró sus más perecederos efectos, producto de una profunda transformación de todo el entramado social e ideológico. Pero aun allí ya vemos rearticulaciones y reanimaciones sociales importantes en la primera década del siglo XXI, sea en las movilizaciones estudiantiles, de los pueblos mapuches e incluso de organizaciones sindicales.

16. Entre 1960 y 1996, el número de ejecuciones y desapariciones forzadas en Guatemala se eleva a alrededor de 200.000 personas. En Perú, se calcula en 69.000 los muertos y desaparecidos entre 1980 y 2000, según la Comisión de la Verdad y la Reconciliación; en Argentina los desparecidos en el periodo militar de los setenta se eleva a 30.000, y a 2.423 los muertos, en tanto en Chile los muertos bajo el periodo dictatorial de Pinochet fueron 2.095 y 1.102 personas las desaparecidas, y en varios miles los detenidos y los expulsados del país. En México, según el informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado, el número de desaparecidos entre 1964 y 1982 (que cubre los gobiernos de Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo) asciende a 784 personas, cifra que poco dice si se considera el terror estatal desatado el 2 de octubre de 1968 en la matanza de estudiantes en Tlatelolco y en diversas zonas del país en esos años; en Colombia los desaparecidos se elevan a 27.000 en unos quince años (1985-2000) y en El Salvador, el conflicto armado en la década de los ochenta dejó 75.000 víctimas de violaciones a los derechos humanos. Véase la página http://www.desaparecidos, agregando el país.

17. Después de la derrota en la Guerra Civil (1936-1939), donde se calculan al menos 500.000 muertos, las fuerzas de izquierda en España no logran salir del reflujo hasta el triunfo del PSOE con Felipe González en las elecciones de 1982, pero en ningún caso en condiciones de cuestionar la dominación.

Son muchos los aspectos que inciden en la situación recién señalada. En una simple enumeración cabe destacar los siguientes:

— Los agravios que provocó la propia guerra contrainsurgente alentaron respuestas que mantuvieron encendida la llama de la rebeldía aun en los peores momentos de represión, con la organización de nuevos sectores sociales que buscan dar con el paradero de hijos o esposos desaparecidos y reclaman el juicio a militares y civiles implicados en los crímenes, y que mantienen una disposición de desafío a la brutalidad dictatorial que impidió que el reflujo fuese mayor. Las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina constituyen el mejor ejemplo de estas organizaciones y de la audacia y osadía de sus acciones.

— La puesta en marcha del patrón de reproducción y la política económica neoliberal han constituido un poderoso aliciente para la efervescencia social, por la agresividad en materia de explotación, pauperización, despojo y desigualdad social que propician. La ortodoxia como estas políticas se aplican en la región, en un cuadro de sociedades que han sufrido importantes transformaciones, como una elevada población urbana, con grados nada despreciables de educación y organización, han operado como detonadores políticos hacia la acción, a pesar de la represión y el miedo.

— Si bien la nueva reproducción ha tendido a debilitar numéricamente al proletariado propiamente industrial, ha alimentado la creación de nuevos segmentos proletarios en el campo de los servicios y del llamado trabajo informal,[18] elevando la magnitud de *paupers* urbanos, los que se han hecho sentir, por ejemplo, en las asonadas callejeras que llevaron a la caída del gobierno de Fernando de la Rúa en Argentina en 2001.

— La política de acumulación por despojo incentivada en las últimas décadas sobre territorios de comunidades campesinas-indígenas, para la apropiación de tierras o de otros recursos naturales revalorizados, ha puesto a estos sectores sociales en el

18. Véase de Ricardo Antunes «Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?», en *Herramienta* n.º 36, Buenos Aires, octubre de 2007.

centro de una de las manifestaciones más agresivas del capital, alentando su organización, resistencia y disposición de lucha, convirtiéndose en sujetos políticos significativos en diversos procesos en la historia reciente en la región.

— Existe un tejido social, político y cultural que proviene de las raíces comunitarias indígenas y campesinas que se mantiene vivo en muchas partes del subcontinente, en donde las tendencias del valor que se valoriza no han terminado de enraizar, y que han operado como diques de contención a la devastación económica y política que el capital ha propiciado con particular fuerza en las últimas décadas.[19]

— Todo ello se hace presente en la memoria colectiva de los expoliados y agraviados, en una región en donde además las rebeliones populares han sido una constante en su historia de larga y mediana duración.

— En el terreno propiamente estatal, la puesta en marcha del nuevo patrón de reproducción ha sido posible sobre la base de profundas rupturas sociales, tanto en el seno de las clases dominantes, como particularmente hacia el campo de las clases dominadas. Esta situación ha limitado los proyectos de establecer un nuevo patrón de legitimidad para el capital sobre la base de una democratización formal y restringida.

— Las derrotas político-militares sufridas por las organizaciones que se planteaban formas de lucha fuera de la institucionalidad en la etapa contrainsurgente, ante la ausencia o precariedad de mecanismos de lucha electoral mínimamente fiables, provocó en algunas de ellas redefiniciones, no sólo por la derrotas sufridas, sino por la puesta en marcha de aperturas que hacían factible contender en la vida institucional y electoral. Este proceso ha propiciado la presencia de nuevos partidos y de nuevos contingentes de clase política en la región con prácticas que se alejan de la descomposición imperante en aquélla.[20]

---

19. Para un análisis de las rupturas de algunos de estos diques en la situación mexicana véase el artículo de Rhina Roux, «El príncipe fragmentado. Liberalización, desregulación y fragmentación estatal», en *Veredas* n.º 20, primer semestre de 2010. Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco, México.

20. Evo Morales y su equipo de gobierno son quienes mejor expresan esta situación. Pero podría agregarse el papel de extupamaros en Uruguay, de dirigentes del Frente Farabundo Martí en El Salvador, de donde proviene justamente el

Aspectos como los antes mencionados, de por sí relevantes para comprender el ascenso social y político de los oprimidos en las últimas décadas, se redefinen y potencian cuando los insertamos en las debilidades estructurales del dominio en la región, expresión de formas de reproducción del capital que regeneran la tendencia a sustentarse en la explotación *redoblada* y que agudizan la tensión presente en la lógica del capital entre la dinámica de la estructura productiva y las necesidades de los trabajadores, lo que se expresa en un agudo desfase en el mundo dependiente.[21]

Este desfase propicia que en los casi dos siglos de historia (formal) independiente de la región sean patrones con vocación exportadora los que han predominado, siendo como mucho tres o cuatro décadas, allí en donde tendió a operar el patrón industrial, en las que encontramos una participación significativa de los asalariados en el mercado local. En el resto tenemos modelos exportadores que siempre han sido acompañados de significativos procesos de marginación y/o reducción del consumo de los trabajadores. Las cifras del radical descenso de los salarios en términos reales en el actual patrón corroboran lo anterior.[22]

Esta forma particular de reproducción del capital no puede sino *agudizar las fracturas sociales y políticas inherentes a cualquier capitalismo* y limita las condiciones para el desarrollo de

---

actual primer mandatario Mauricio Funes, de los dirigentes que alimentaron la formación del PT en Brasil y que participan en el equipo de gobierno de Lula da Silva, al igual que de exinsurgentes en el equipo de Chávez en Venezuela. No son pocos, sin embargo, los exinsurgentes y guerrilleros que se han reconvertido y han hecho suyas rápidamente las prácticas más nefastas de la clase política regional. No es innecesario señalar que este proceso rebasa la simple explicación de casos individuales. Sobre el tema, véase de Jaime Osorio «Descomposición de la clase política latinoamericana: ¿el fin de un periodo?», en *Nueva Sociedad* n.º 203, mayo-junio de 2006, Buenos Aires. Este material se incluye en el libro *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, *op. cit.*

21. Una de las manifestaciones del conflicto que vive el capital frente al trabajador: en tanto productor busca extraer el mayor plusvalor aun a costa de apropiarse de parte de su fondo de consumo, lo que se contradice en cuanto lo enfrenta como consumidor, donde desea que el obrero cuente con un elevado salario a fin de que favorezca la realización.

22. Pueden haber distintas formas de conformación de economías exportadoras por el capital: unas sobre la base de mantener o ensanchar el consumo de la población trabajadora (caso Alemania, por ejemplo), y otras reduciendo dicho consumo (las economías de América Latina), por la operación de los diversos mecanismos de la superexplotación.

modalidades de dominio más o menos estables y potencia la fuerza disruptiva de los dominados.

Esta modalidad de reproducción se inscribe en los procesos en donde el capital transnacional y el local han propiciado una *acelerada inserción de la región en los procesos mundiales de acumulación,* desde las rupturas de los pactos coloniales y acentuada en el último tercio del siglo XIX,[23] fortaleciendo las alianzas entre estos sectores, sin menoscabar la transferencia de valores de las economías dependientes al mundo imperial en encadenamientos redituables sin embargo para ambos.[24] Ello estableció límites a la emergencia de una burguesía con proyectos nacionales en la región.

Aquella acelerada inserción a los circuitos mundiales de acumulación propiciará la *internalización de los conflictos que atraviesan al sistema mundial* capitalista y a su vez una precipitada reorganización de las estructuras productivas locales, con una temprana maduración de los agrupamientos humanos y de los conflictos inherentes a la valorización del capital. La contradicción capital-trabajo se constituye así en la rectora de la vida societal en tiempos en que el encadenamiento del mundo bajo la dirección y sujeción del capital alcanzará un nuevo estadio bajo su fase imperialista, desde finales del siglo XIX. De allí en adelante las contradicciones del sistema tenderán a concentrarse en los eslabones débiles.

La vocación rupturista y la capacidad de los oprimidos de la región para generar de manera recurrente condiciones en que el dominio se ve amenazado no proviene de particularidades genéticas para la violencia ni para desconocer autoridades u otorgar

---

23. «Lo que abrió la puerta al camino de la modernización que [...] estaba cerrado [...] al final de la Colonia y en los primeros años de la Independencia, fue el proceso de formación del mercado mundial en la segunda mitad del siglo XIX y el ciclo de expansión del capital central que incorporó a América Latina [...] al movimiento del capital mundial, que sufrió una aceleración sin precedentes a partir de los años sesenta del siglo XIX». En Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, Ed. Era, México, 1994, p. 16, nota a pie de página.

24. La gran burguesía local (y sus ancestros oligárquicos), en sus diversas etapas, necesita estrechar lazos con el capital extranjero, ya que así eleva su capacidad de apropiación de ganancias extraordinarias, lo que provoca que el peso sustancial de aquellos valores transferidos a los sectores más poderosos del capital terminen siendo asumidos por los sectores atrasados del capital local y particularmente por la explotación redoblada de los trabajadores.

obediencia. Es resultado de la particular configuración reproductiva que la atraviesa, en condiciones de una agresiva y acelerada vinculación con los procesos de acumulación a nivel mundial, en donde la barbarie que acompaña al tornado del capital predomina por sobre los efectos civilizatorios que puede propiciar, alimentando tendencias permanentes a la rebelión y a la constitución se sujetos sociales que ponen en entredicho de manera recurrente las bases del dominio y de la explotación.[25] Con ello se hace presente, también de manera recurrente, la actualidad de la revolución.[26]

El hiato entre Estado y aparato de Estado

La posibilidad de que fuerzas políticas que no representan directamente posiciones del capital puedan acceder al aparato de Estado tiene su raíz en el desfase o hiato que se presenta entre Estado y aparato en el Estado capitalista.[27] Detengámonos en este asunto.

Una particularidad del Estado capitalista se refiere al hecho de que el manejo y la administración del aparato estatal tiende a reposar en manos de clases y sectores sociales distintos a las clases dominantes. Entre las razones de esta particularidad se encuentra que ella constituye un elemento esencial para el ejercicio del dominio en un orden societal que se sustenta en el imaginario de una comunidad conformada por hombres libres e iguales.

Una clase reinante tendencialmente conformada de esta manera, al igual que en general la clase política, bajo principios

25. Los oprimidos de la región, hijos genuinos del capital, desarrollan explosiones sociales y capacidades organizativas cuya fuerza tiende a proyectarse sobre los nudos y las relaciones que articulan y organizan la dominación, ante la fragilidad que la sostiene y la debilidad para ocultarse, o hacerse hegemónica en el sentido gramsciano. De allí que sus irrupciones políticas no tiendan a quedar en asonadas o motines sin mayores repercusiones en el campo del poder.

26. Con esta noción, Georg Lukács sintentizó uno de los principales aportes de Lenin a la teoría de la revolución. Véase, «Lenin. Estudio sobre la coherencia de su pensamiento», en G. Lukács, *Lenin-Marx*, Gorla, Buenos Aires, 2005.

27. Para un desarrollo más amplio de este problema véase capítulo II en este libro.

organizativos de representación, oscurece el carácter de clase del Estado y del dominio y otorga bases más sólidas para la construcción del imaginario de comunidad estatal.

Lo anterior nos muestra que no es una excepción y que —por el contrario— es necesaria para la dinámica estatal capitalista que el aparato estatal quede tendencialmente en manos de clases y agrupamientos ajenos al capital. Tal proceso forma parte de la esencia de la comunidad y del dominio que aquél constituye.[28]

Más allá de las vicisitudes históricas referidas a los fundados temores iniciales presentes en las clases dominantes frente a esta situación, así como al establecimiento del voto universal, lo cierto es que para dichas clases, *hasta cierto punto*, no constituye un problema mayor la procedencia social de la clase reinante ni de la clase política, en tanto el aparato se organiza y estructura en torno a las relaciones de dominio condensadas llamadas Estado. La preocupación se trasladará más bien al terreno de las claves políticas en torno a dicho personal, como los proyectos que encarnan, las fuerzas sociales que los impulsan y especialmente a las coyunturas políticas de convulsión social, en donde el tema de quiénes ocupan el aparato estatal asume, ahora sí, una condición problemática.

Teóricamente no había elementos para mayores preocupaciones desde el campo del dominio una vez que se ponen en marcha de manera regular y con grados relativos de transparencia las consultas electorales como mecanismo para dirimir sobre las autoridades de gobierno en América Latina. Mucho menos cuando las primeras experiencias de «transición a la democracia» trajeron consigo gobiernos como los de Menem, Cardoso, Aylwin y Frei, Sánchez de Losada o Fujimori, entre otros. Ni la teoría ni la situación política hicieron del hiato entre Estado y aparato un asunto conflictivo para estas últimas. Y si lo hicieron, dichas preocupaciones no alcanzaron una dimensión regional ni geopolítica, quedando acotadas a problemas relativamente menores en el seno de Estados nacionales.

---

28. Lo anterior no niega la posibilidad, como excepción, de que personeros pertenecientes al capital puedan llegar a las cúspides del aparato de Estado. Entre los casos más recientes pueden mencionarse a George W. Bush en Estados Unidos, Silvio Berlusconi en Italia y Sebastián Piñera en Chile. La excepción confirma, no niega, la regla o tendencia.

La situación, tal como hemos visto, comienza a complicarse cuando la rápida y acelerada recomposición popular se extiende e irrumpe en el terreno electoral y logra triunfos que llevan a la presidencia a gobiernos encabezados por Hugo Chávez y Evo Morales, que impulsan medidas que afectan a la política económica neoliberal, nacionalizaciones y estatizaciones de rubros estratégicos y de empresas en manos de capital extranjero y local, cambios en las constituciones tendientes a otorgar mayores prerrogativas a sectores populares y limitar las del capital y acciones en orden a mantener y ampliar la esfera de organización y movilización de la población, frenando a su vez las arremetidas de quienes buscan limitar la puesta en marcha de medidas como las antes señaladas.

En este nuevo cuadro, el quiénes se constituyen en clase reinante se convierte en un asunto problemático para el capital de la región, al igual que para el Departamento de Estado y la Casa Blanca, cuya atención se había concentrado particularmente en Irak y Afganistán en el periodo previo.

Ello provocará un giro significativo en un movimiento tendiente a dar el alto al potencial revolucionario presente en los procesos que comandan aquellos gobiernos, a limitar el quehacer de otros e impedir el ascenso de terceros, calificados como «peligrosos». Es en este *proceso contrarrevolucionario* en la región que se deben ubicar el fraude electoral en México en 2006, la destitución de Manuel Zelaya en Honduras a mediados de 2009, así como las dudas y vacilaciones de la llamada comunidad internacional, más allá de las declaraciones para la restitución de este último en su cargo, lo que finalmente no ocurre, y la instalación de bases militares estadounidenses en Colombia, con tímidos reclamos de los gobiernos de la zona, salvo los encabezados por Chávez, Morales y Correa y del ALBA en su última reunión en Cochabamba a mediados de octubre de 2009.

La principal arma de legitimación levantada por el capital, la llamada democratización, se ha convertido en un campo de disputas entre proyectos políticos claramente diferenciados y enfrentados.[29]

---

29. El triunfo de Sebastián Piñera en Chile en diciembre de 2009 no indicó un cambio de tendencia en las contiendas presidenciales en Brasil y Argentina, en donde triunfaron fuerzas progresistas.

Democracia/autoritarismo: el pensamiento dicotómico

Parece pertinente hacer un breve alto a fin de reflexionar críticamente sobre el fondo de los análisis sobre la democracia en el discurso predominante en la academia y en el espacio de la clase política. El pensamiento moderno necesita pensar en términos dicotómicos: sujeto/objeto, determinación/contingencia, democracia/autoritarismo. Bajo el principio de identidad de la lógica formal, si algo es A, no puede ser simultáneamente no-A. Esto es democracia y con ello se afirma que no es autoritarismo. Pero la realidad del Ser es más compleja y A es también de manera simultánea no-A. Contiene su propia negación.

Desde los señalamientos anteriores se debe indicar que el autoritarismo presente en el nuevo escenario democrático latinoamericano es mucho más que un asunto de «enclaves» acotados, incrustados en alguna parte de la vida societal,[30] o de acciones no democráticas, contingentes o puntuales de gobernantes, asumiéndose sin embargo como democrática la vida societal en lo sustancial y democráticos a su vez los gobernantes.[31]

Desde una perspectiva general, por el contrario, se podría afirmar que el autoritarismo recorre la totalidad de la vida en sociedad, con el despotismo del capital reinando en todos sus rincones, sometiendo a elevados porcentajes de la población a la precariedad laboral, estableciendo jornadas interminables, haciendo de la salud, la educación y los fondos de retiro rentables negocios, estableciendo una desigualdad social creciente, imponiendo un férreo control y criminalización de las protestas sociales, haciendo de la acumulación por desposesión de tierras y recursos naturales a pueblos y comunidades un recurso natural y cotidiano, sometiendo en fin la existencia toda a la arbitrariedad y violencia del capital y su afán de lucro.

---

30. Como han reiterado algunos politólogos chilenos cuando se refieren a una especie de «residuos institucionales» que se mantienen desde la época de la dictadura militar. Por ejemplo, véase de Manuel Antonio Carretón, «Aprendizaje y gobernabilidad en la redemocratización chilena», *Nueva Sociedad*, n.º 128, Caracas, noviembre-diciembre de 1993.

31. Idea presente cuando se afirma que «la pregunta ya no es qué hacer para frenar el autoritarismo, sino cómo se hace para mejorar la democracia», como se señaló en la presentación del nuevo informe *Nuestra democracia*, elaborado por el PNUD y la OEA. *El País*, Madrid, 16 de abril de 2011, p. 11.

Desde esta perspectiva es pertinente asumir como un problema la extraña convivencia de una institucionalidad supuestamente democrática y una vida societal sometida al poder del capital. Algo en esta ecuación no concuerda y todo apunta a que aquella institucionalidad es un espeso ropaje de procedimientos formales que oculta el fuerte rasgo autoritario que prevalece en general, incluso en las sociedades de la región caracterizadas como modelos de democracia por organismos internacionales.

Un fundamento que sostiene el andamiaje teórico que no problematiza aquella extraña convivencia es la asunción de la sociedad como una entidad dividida al menos en tres esferas o campos de acción autónomos: el Estado, la sociedad y el mercado. La democracia —se nos dirá— es un asunto del Estado, y por ello no puede resolver problemas como la pobreza, la precariedad laboral, o la vida indigna, asuntos que competen a otra esfera, el mercado, el cual bajo reglas autónomas —*y no-políticas*— distribuye premios y castigos a los «actores» económicos. La sociedad civil y sus organizaciones (ONG de todo tipo, organizaciones de consumidores, de vecinos, de filantropía, clubes, incluidas las nuevas asociaciones en redes por Internet, etc.) serían las figuras predominantes en la esfera de la sociedad, en donde el pluralismo de poderes diversos cuestionaría la idea de la centralidad del poder político y su fundamental jerarquía.

Desde esta perspectiva, que atraviesa la teoría de la transición a la democracia, es perfectamente posible la presencia de Estados democráticos, porque se respetan las reglas de procedimiento establecidas,[32] aunque en el conjunto de la vida social se haga patente el brutal despotismo del capital. Con ello la discusión se traslada no a si existe o no democracia —dando por sentado que sí existe—, sino sobre los criterios para definir «la calidad» de la misma (porque se sospecha que algo no anda del todo bien), entrando los análisis políticos en laberintos y enredos formales respecto a *cuán* (*más/menos*) *democrática* es la democracia.[33]

---

32. Como procesos electorales fiables, competencia de partidos, recuento de votos medianamente fiables, etc. Incluso, en un alto nivel de la institucionalidad democrática, por que fuerzas gobernantes entregan a manos opositoras el gobierno, asunto que eleva la posición de la sociedad en donde ello ocurre en el índice de «calidad» de la democracia.

33. «El reto al que se enfrenta América Latina es pasar de una democracia electoral a una democracia ciudadana», ya que «la calidad de la democracia se

Así es como la teoría política, principalmente la de raigambre anglosajona, se ahorra de problematizar y por ende de explicar la extraña convivencia imperante entre democracia (política) y despotismo del capital. Poner de manifiesto la arbitrariedad de aquella división de la sociedad, y enfatizar la unidad en su análisis en tanto totalidad, constituye un problema teórico, epistémico y político de primer orden en los debates que nos acompañan.[34]

Soluciones en marcha

Si se analizan las sociedades latinoamericanas desde el punto de vista de las soluciones alcanzadas respecto al patrón de legitimidad puesto en marcha en las últimas tres décadas, podemos distinguir *grosso modo* tres formas predominantes: la primera, sociedades en donde el capital logró que el tránsito de un patrón a otro fuese allanado y las consultas electorales, la ciudadanización y el voto se han constituido en la forma fundamental en la reorganización de la relación mando-obediencia. Chile y Costa Rica constituyen los modelos principales de esta solución, sustentados en una cultura electoral de relativa larga duración, la profundidad y extensión del proceso contrarrevolucionario en el primero y el desarme ideológico propiciado, así como la rápida adscripción de la izquierda política a los principios económicos neoliberales y al patrón de reproducción construido bajo el periodo dictatorial y a la desmemoria. Todo ello se combina para contar hoy en el país andino con una derecha demo-liberal y una izquierda que se adscribe a la misma visión, siendo calificada por ello como «moderna», y presentada por los voceros del capital como un verdadero modelo a seguir por el resto de la izquierda regional.

La segunda son sociedades en donde la recomposición y reanimación de diversos sectores populares permitió a nuevas fuerzas políticas alcanzar triunfos en las contiendas por la presiden-

---

mide por su capacidad de transformar derechos en ciudadanía», según Dante Caputo, coeditor del estudio *Nuestra democracia* antes mencionado. *El País*, Madrid, 16 de abril de 2011, p. 11.

34. Para una aproximación al tema de la unidad en el análisis desde la perspectiva de la totalidad, véase el capítulo I de este libro.

cia, impulsando políticas que obstaculizan las tendencias eje de la acumulación. Los procesos para alcanzar el nuevo patrón de legitimidad se han visto trastocados y aparecen signos de interrogación sobre la capacidad del capital de restituir su hegemonía. Venezuela y Bolivia son los ejemplos principales en esta solución que encuentran soportes políticos en significativas tendencias nacionalistas y antiimperiales en el seno de las Fuerzas Armadas (de la cual proviene el propio presidente Chávez) en el primer caso, junto a la articulación popular y de la masiva y persistente organización y movilización de mineros, campesinos y de los pueblos indígenas en general en el segundo.

La tercera solución constituye una fórmula autoritaria que se aparta de las dos anteriores. En ésta los sectores dominantes rompieron en lo fundamental con las bases de sustentación de la relación mando-obediencia que organizaba la comunidad estatal en el remedo de *welfare state* dependiente, pero no lograron establecer el nuevo patrón de legitimidad sustentado en consultas electorales y en el voto ciudadano. México es el modelo principal de esta no-solución, al violentarse las decisiones ciudadanas en 1988 (por el PRI, con el aval del PAN) y en 2006 (por el PAN, con el aval del PRI).

Lo que tenemos es un *empate catastrófico* en donde las clases dominantes no han logrado rearticular un proceso de legitimación y los sectores dominados no han alcanzado la fuerza suficiente para defender las mayorías electorales alcanzadas.

En esta situación que divide el país sin una solución consensuada, la conformación de un nuevo tipo de autoritarismo emerge como respuesta, por la vía de una creciente militarización de la vida pública, la criminalización de la oposición social, el gobierno por la vía de decretos, arropado el ejecutivo en una mayoría parlamentaria conformada por una vieja alianza partidaria que se adscribe a las soluciones autoritarias (como los fraudes electorales, la promulgación al vapor de leyes antipopulares o el desafuero de opositores), y poderosos medios de comunicación que operan cada vez más como aparatos del Estado. En esta suerte de predominio del Estado como dominio y coerción y cada vez menos como mando legítimo y comunidad, se abre paso una acelerada descomposición de la vida pública y social.

Este ejercicio no debe impedir analizar los procesos que subyacen en esta última solución y una explicación de la misma. Si

desde el ángulo del nuevo patrón de legitimidad lo que tenemos en México constituye una no-solución, desde la dinámica de la lucha de clases *la fórmula mexicana de 2006 constituye la segunda solución contrarrevolucionaria exitosa en la región* en el periodo en donde la llamada democratización abrió espacios para una nueva maduración y expresión de tendencias potencialmente revolucionarias.[35]

Tras aquilatar las políticas y la reactivación popular impulsada por los gobiernos de Chávez y Morales, y sus peligrosos resultados en la reproducción del capital y del dominio, los sectores dominantes en México no estuvieron dispuestos a permitir la experiencia de un gobierno central encabezado por un líder «tropical» y populista como Andrés Manuel López Obrador,[36] que además convocaba a la movilización y organización de amplios sectores de las clases dominadas.

Desde esa premisa, que propició inicialmente el desafuero de López Obrador y frente al cual la clase política aglutinada en torno al PRI-PAN debió recular como resultado de las movilizaciones populares desatadas por dicha medida, las clases domi-

35. La primera, en estricto rigor, fue la destitución del presidente Jean-Bertrand Aristide en Haití, en febrero de 2006, cuando fuerzas militares especiales de Estados Unidos, bajo la supervisión de Otto Reich y Roger Noriega, en la fecha subsecretario de Estado, en colusión con los servicios de inteligencia de Francia, desalojan a Aristide del Palacio de Gobierno y lo envían a Bagui, capital de la República Centroafricana, quedando en manos de los servicios secretos franceses. Véase de Thierry Meyssan, *El golpe de Estado en Haití*, en http://www.voltairenet.org/article120678.html. Con posterioridad diversos gobiernos de la zona han colaborado con el envío de tropas para asegurar el control en Haití. Aristide, un exsacerdote adscrito a la Teología de la Liberación, mantuvo posturas antiimperialistas que provocaron el malestar de Washington y París, como reclamar a Francia el pago de 90 millones de francos-oro que fueron apropiados por aquel país entre 1825 y 1885, así como la celebración el 1 de enero de 2004 del bicentenario de la «Primera república negra de América», frente a lo cual el Departamento de Estado presionó a los mandatarios de la región para no asistir. El intento de golpe de Estado al presidente Chávez en 2002, constituye a su vez la primera gran respuesta contrarrevolucionaria fracasada en este periodo.

36. El primer calificativo corresponde a Enrique Krauze, discípulo del Octavio Paz político (no del poeta), quien se ha erigido en importante intelectual orgánico del capital mexicano y español en las últimas décadas. Véase su ensayo «El mesías tropical», en *Letras Libres* n.º 57, junio de 2006. En 2008 Krauze publicó *Entre el poder y el delirio*, Tusquet, México, un verdadero panfleto anti-Chávez.

nantes (en una gran alianza entre capital local y capital extranjero), organizadas en un sólido bloque político-corporativo llevaron a cabo una agresiva campaña electoral, que tuvo en la televisión su punta de lanza, ante lo que definieron como un «peligro para México», culminando sus operaciones en el fraude electoral en las elecciones de 2006, arropadas en las más diversas instituciones estatales y sus representaciones partidarias, ante la imposibilidad de detener de otra forma su arribo a la presidencia del país.

Este verdadero golpe blanco en México fue la respuesta de los sectores dominantes y sus representaciones ante el temor de una reedición en este país de lo que percibían en otras latitudes de la región, particularmente en Venezuela y Bolivia, no sin razones, como el desencadenamiento de procesos con tendencias revolucionarias. Su temor principal no provenía ni del programa de López Obrador ni de las organizaciones políticas que lo apoyaban, sino del movimiento social que su candidatura fue creando y organizando en el proceso electoral, de la presencia de otros movimientos sociales significativos en el país, como el de la APPO en el estado de Oaxaca, y de las tendencias progresistas y de izquierda que ganaban fuerza en la región. La condición fronteriza de México con Estados Unidos no es de ninguna manera un asunto secundario en todo este proceso.

Con el fraude electoral de 2006, las clases dominantes en México y sus representaciones (PAN-PRI) hicieron trizas el incipiente principio de legitimidad que las elecciones del año 2000 les habían otorgado — y que intentó superar los problemas derivados de la «caída del sistema» de cómputo en 1988, cuando Cuauhtémoc Cárdenas, el candidato de la izquierda, iba a la cabeza de las votaciones—, así como la débil recomposición de la comunidad estatal, fracturada desde sus cimientos al menos desde la segunda mitad de la década de los setenta del siglo XX y acentuada particularmente por los gobiernos neoliberales de Miguel de la Madrid en adelante.

El nuevo gobierno mexicano expresa el autoritarismo del capital en un nuevo estadio, pero prosiguiendo una tendencia de más larga duración. La guerra de contrainsurgencia que debió tomar formas estatales de dictaduras militares en las principales sociedades de la región, pudo llevarse a cabo en México bajo la forma de la «dictadura perfecta», al decir de Mario Vargas Llosa,

esto es, de un Estado bajo ropajes civiles con un férreo control de las organizaciones sindicales y de los medios de comunicación, y sin presentar alteraciones demasiado visibles bajo los gobiernos encabezados por el PRI.[37]

El nuevo autoritarismo civil ubica a los aparatos estatales armados en un lugar preponderante no sólo por su despliegue cotidiano por carreteras, retenes y sus labores de patrullaje y vigilancia en calles y avenidas de ciudades y poblados, justificado por el combate a bandas criminales cada vez más poderosas. También por su desmesurado despliegue en operaciones propiamente políticas y de preservación de la paz social.

El nuevo Estado autoritario se sustenta en la particular alianza parlamentaria (que expresa fuertes alianzas sociales) de las dos principales fuerzas políticas del país, el PRI y el PAN, que se han alternado para administrar y representar los intereses del capital,[38] en una dinámica de impulso a las soluciones autoritarias e ilegales[39] (avalando fraudes, apoyándose para sacar adelante decretos antipopulares, propiciando el desafuero de opositores o la criminalización de sus acciones),[40] alentando un tipo

37. Entre los aspectos visibles se ubicaban la proscripción de partidos opositores de izquierda, que se remedia tardíamente, la ausencia de elecciones autónomas al gobierno y creíbles, cooptación corporativa de gremios y sindicatos y un aparato televisivo que operaba como aparato del Estado.

38. Esta particular alianza tomó forma bajo el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, teniendo como contraparte en el PAN al entonces parlamentario Diego Fernández de Ceballos. Los grandes negocios y una política que alcanzó asesinatos de políticos y turbias maniobras caracterizaron en sus inicios los procedimientos amparados en esta alianza.

39. No deja de sorprender la ingenuidad de la izquierda política que sigue buscando a los sectores «democráticos» denro del PRI para conformar alianzas que paren a la derecha política, así como su férrea defensa de las luchas en el marco de las leyes, frente a la tendencia del PRI y del PAN a pasar por encima de ellas las veces que sea necesario. Lo menos que podría esperarse es una seria denuncia pública de las maniobras ilegales de aquellas fuerzas políticas y de su doble cara en la materia. Ello cumpliría con una elemental labor de educación política hacia la población.

40. Algunos ejemplos recientes de la mancuerna autoritaria de estos dos partidos: el gobernador priísta de Oaxaca Ulises Ruiz ha sido nombrado responsable por el máximo Tribunal de Justicia de México de violaciones de los derechos humanos durante la represión a la Asamblea Popular de Pueblos de Oaxaca en 2006 y 2007, represiones que contaron con la vista gorda del presidente panista Vicente Fox, así como con el encarcelamiento de varios de sus líderes. La represión en Atenco, estado de México, por autoridades priístas,

de mando cada vez más neooligárquico con un débil coro electoral y de centralización de las principales decisiones de organización de la vida pública en el búnker hegemónico.[41] A ello se suma la creciente reconfiguración de los medios televisivos y su peso no sólo como espacios para crear opinión sino además con una creciente injerencia en la vida política, con incidencia en el Congreso por la vía de parlamentarios ligados a dichas corporaciones, y en la decisiones de los poderes del Estado.

Conclusiones

El paso a nuevas formas de rearticulación de las relaciones mando/obediencia y de reconfiguración general del Estado en América Latina abrió las puertas para la emergencia de gobiernos que no se plantean simplemente administrar los proyectos e intereses del gran capital local y extranjero. Nuevas formas y principios de organización de la comunidad han comenzado a tomar forma, abriendo un periodo preñado de potencialidades revolucionarias y de agudización de los conflictos sociales, en donde las respuestas contrarrevolucionarias no se han hecho esperar.

En la base de estos procesos se ubican grandes transformaciones económicas que en el mundo dependiente han implicado agudizar la expoliación, la exclusión, el despojo y en general los mecanismos que ponen la vida de los trabajadores en entredicho, exacerbando los agravios y la rebelión. Con ello se puso fin a las protecciones sociales que daban cohesión a un precario sentido de comunidad y dejó pocos espacios para que las nuevas formas de legitimación, ahora de ciudadanos y de consumidores, alcanzaran formas estables de funcionamiento.

---

contó con el aval también del gobierno de Vicente Fox, al igual que las condenas de por vida para sus principales dirigentes. El desafuero de López Obrador en 2004 votado en el Congreso contó con los votos de panistas y priístas. La actual ocupación militar de las instalaciones de la Compañía Luz y Fuerza y el despido de más de 40.000 trabajadores decretada por el presidente panista Felipe Calderón ha contado con el apoyo de los principales legisladores del PRI, en tanto su dirigencia guarda un cuidadoso silencio.

41. Sobre estas nociones véase de Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

Bajo nuevos ropajes y nuevos rostros, la condición de eslabón débil de la región vuelve a hacerse presente. La pulsión que busca modificar el estado de cosas, y que proviene de raíces sociales y políticas extendidas y profundas, alcanza condensaciones en gobiernos populares atravesados por tensiones internas entre consolidar lo alcanzado o proseguir el revolucionar la revolución[42] y romper las relaciones de dominio, en medio de políticas imperiales y del capital global cada vez más a la ofensiva.

42. Si la revolución «en tanto explosión imaginaria de libertad [...] y momento mágico de solidaridad universal [...] pretende dejar huella en la inercia del [...] edificio social», debe impedir atascarse «en la idea de que la libertad y la justicia se pueden lograr simplemente haciendo uso del aparato estatal ya existente y sus mecanismos democráticos», algo como pretender «subvertir la dominación capitalista bajo la misma forma política de la democracia capitalista», ya que esto sería lo mismo que querer una «revolución sin revolución», al decir de Žižek. En Slavoj Žižek, *Repetir Lenin*, Akal, Madrid, 2004, pp. 10-11.

IV

EL BIOPODER DESDE LA LÓGICA DEL CAPITAL

La vocación del poder de apoderarse de la vida y someterla a sus atribuciones soberanas constituye un proceso antiguo. Sin embargo la emergencia de fenómenos inéditos en esa vieja tendencia permite hablar de la constitución de algo nuevo, que se ha expresado en la noción de biopoder. En este trabajo nos interesa establecer las particularidades del biopoder en el contexto en donde el capital, su dinámica y despliegue, rigen el sentido del mundo y su organización. Desde ese horizonte retomaremos los planteamientos de Michel Foucault y Giorgio Agamben, autores en cuyas obras se encuentran algunas de las principales propuestas sobre el tema, y señalaremos los que consideramos sus aportes así como los límites de sus formulaciones.

Capital y biopoder

En una apretada síntesis que tiene la particularidad de precisar las coordenadas del tema, Michel Foucault señala que el poder sobre la vida «se desarrolló desde el siglo XVII en dos formas principales [...]. Uno, centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes [...], su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos [...]. El segundo, formado [...] hacia mediados del siglo XVIII, fue centrado en el cuerpo-especie [...] que sirve de soporte a los procesos biológicos: [...] los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida [...]; todos estos problemas los toman a su cargo una serie de intervenciones y controles reguladores: una biopolítica de la población. Las disciplinas del cuerpo y las re-

gulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida». Es así como emerge un poder «cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente». Con ello, agrega Foucault, «se inicia [...] la era de[l] [...] "biopoder"».[1]

No es que con anterioridad la vida no estuviera presente en la historia del poder. Lo nuevo es «la *entrada de los fenómenos propios de la vida de la especie humana en el orden del saber y del poder*».[2] De esta forma «lo biológico se refleja en lo político», permitiendo que «el dominio que puede ejercer [el poder] sobre [seres vivos] deberá colocarse *en el nivel de la vida misma* [...]».[3]

El periodo considerado por Foucault (siglos XVII y XVIII) corresponde *grosso modo* con los tiempos del capitalismo en el mundo central que contempla aspectos de la acumulación originaria y de la manufactura. Foucault reconoce que «ese bio-poder fue, a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; éste no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos».[4] Más aún, «el ajuste entre la acumulación de los hombres y la del capital, la articulación entre el crecimiento de los grupos humanos y la expansión de las fuerzas productivas [...] fueron posibles gracias al ejercicio del bio-poder en sus formas y procedimientos múltiples».[5]

Los vínculos entre los movimientos económico-políticos del capital y la vida no constituyen puntos de atención para Foucault en el tratamiento del tema, más allá de las breves referencias antes señaladas. Son esos vínculos, sin embargo, los que aquí nos interesa destacar, porque conforman, como veremos, la base primordial desde donde construir la reflexión sobre el biopoder. Postulamos que el campo del biopoder se aloja en la relación capital-trabajo, que es la que articula el sentido del mundo societal en que hoy los hombres se desenvuelven. Esa relación constituye entonces un punto privilegiado de análisis, como Marx ya lo destacó.

---

1. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. I. La voluntad de poder*, Siglo XXI Editores, México, trad. Ulises Guiñazú, 1977, pp. 168-169.
2. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 171 (subrayado JO).
3. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 172 (último subrayado JO).
4. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 170.
5. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 171.

Centremos nuestra atención en ella destacando los aspectos que nos permitan asentar sobre nuevas bases la noción de biopoder.

Corporeidad viva: basamento del biopoder

El trabajo, como *trabajo útil,* es condición de vida del hombre, al permitir la gestación de valores de uso, de bienes que permiten su vida y la reproducción de la sociedad. Esta condición perenne y natural de intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza asume, sin embargo, una impronta particular en el capitalismo, convirtiéndose en una actividad en donde la vida misma de los trabajadores queda expuesta y en entredicho.

El acontecimiento fundante en este giro histórico se ubica en los procesos que propiciaron la violenta y masiva separación de los trabajadores de los medios de producción y de los medios de subsistencia[6] y su conformación en tanto capital, reseñados por Marx en la llamada «acumulación originaria».[7] De allí en adelante será primordialmente la dinámica económica y política gestada a partir de ese proceso la que permitirá que dichos medios se enfrenten a los trabajadores como algo ajeno y que los somete. Para los productores despojados, sólo les será posible acceder a los medios de subsistencia bajo formas mediadas por la *venta* de sus capacidades físicas y espirituales que les permiten trabajar. El trabajo se conforma así como un proceso que pondrá frente a frente, y de manera recurrente, al capitalista y a los trabajadores: uno, como poseedor de los medios de producción y de subsistencia; otros, como poseedores de su fuerza de trabajo.

Ésta es la premisa básica que organiza el trabajo en el mundo regido por el capital. La constitución de la fuerza de trabajo en mercancía encierra, como en toda mercancía, una unidad contradictoria. Quien la vende la enajena por un valor de cambio, como forma de acceder a los medios de subsistencia. Quien la compra la adquiere para «disfrutar» su valor de uso, esto es,

---

6. «El poner al individuo como trabajador, en esta desnudez, es en sí mismo un producto histórico». Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI Editores, México, trads. José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scarón, t. I, 1971, p. 434.

7. Karl Marx, *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, trad. Wenceslao Roces, 1946, 7.ª reimpresión 1973, t. I, cap. XXIV, pp. 607-649.

del trabajo mismo. En esa situación se dibujan las fronteras que enmarcan el territorio que aquí nos importa destacar.

Toda venta de una mercancía supone para el vendedor desprenderse de la misma, al consumarse el proceso, y su entrega al comprador, para que éste disponga de la misma como mejor le convenga. Pero en la venta y compra de la fuerza de trabajo se hace presente un hecho paradojal: las capacidades físicas y creativas que permiten trabajar no son ajenas a la *corporeidad viva del trabajador.*[8] Esto implica que no es posible separar materialmente la fuerza de trabajo de la existencia misma de su propietario. No hay una distinción ontológica entre una y otra. Por tanto, al hacer entrega de la mercancía vendida, la fuerza de trabajo, su propietario no sólo termina entregando aquélla, sino el plus de su propia base material en tanto ser viviente. No hay desprendimiento posible entre su cuerpo vivo y su capacidad de trabajo y entre su existencia como ser vivo y dicha capacidad.[9]

Lo que se pone en juego en esta transacción, por tanto, no es algo ajeno a la vida misma del trabajador. En esta particular relación mercantil no sólo está presente el intercambio de valores y de productos útiles: es la propia existencia de uno de los contratantes la que se pone en entredicho. La «libertad» del trabajador de disponer de su fuerza vital y ponerla a la venta en el mercado, lleva consigo, de manera simultánea, pero oculta, poner a disposición de otro, el capital, su propia existencia. Ésta parece un elemento excluido del proceso de intercambio. Sin embargo es el elemento verdaderamente incluido. Sin vida, sin cuerpo viviente, no hay fuerza de trabajo.

La recuperación del trabajador de la integridad sobre su ser, al reapoderarse de su capacidad de trabajo al final de la jornada, sólo sirve para velar que es su existencia *toda* la que queda en entredicho. Porque ese reapoderamiento sólo constituye un pe-

---

8. «Entendemos por capacidad o fuerza de trabajo el conjunto de las condiciones físicas y espirituales que se dan en la corporeidad, en la personalidad viviente de un hombre y que éste pone en acción al producir valores de uso de cualquier clase». Karl Marx, *El capital, op. cit.*, p. 121.

9. «La fuerza de trabajo sólo existe como actitud del *ser viviente*. Su producción presupone, por tanto, la *existencia* de éste. Y, partiendo del supuesto de la existencia del individuo, la producción de la fuerza de trabajo consiste en la *reproducción o conservación de aquél*», por lo que «el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de los productores». Karl Marx, *El capital, op. cit.*, p. 124 (subrayados JO).

queño paréntesis dentro de un proceso que obliga al productor a tener que volver a presentarse durante toda su vida útil al mercado como vendedor de su fuerza vital.[10] El dinero que percibe por su mercancía, bajo la forma del salario, fluctúa en torno al valor de los bienes que necesita para reponer sus fuerzas físicas y espirituales, no para acumular y romper con su condición de hombre despojado de medios de producción y de subsistencia.[11] A ello se reduce su condición de hombre libre en este terreno. Desde esta perspectiva, el pequeño paréntesis de reapropiación del trabajador de su existencia deja de ser tal, para convertirse en un tiempo de reposición que reclama el propio capital.

Es en estas coordenadas en donde se encuentran los puntos nodales del poder del capital sobre la vida y la base para una teoría del biopoder en el capitalismo. Ellos constituyen, sin embargo, los puntos ciegos de las reflexiones de Foucault y de Agamben, proyectando una sombra que cubre sus discursos, más allá de las virtudes y nuevos horizontes que sus análisis han abierto sobre el tema.

Si en términos de la teoría de la explotación desarrollada por Marx, la fuerza de trabajo se nos presenta como una mercancía de excepción, capaz de crear más valor que el que ella vale, lo que como exclusión la convierte en lo sustancialmente incluido en el «inmenso arsenal de mercancías» establecido por el capital, desde la teoría del biopoder el vínculo capital - corporeidad viva del trabajador destaca los cimientos de un orden social que reposa, como exclusión,[12] en el poder del capital sobre la vida,

---

10. «[...] el obrero, tras un trabajo siempre repetido, sólo tiene, para el intercambio, su trabajo vivo y directo. La propia repetición, *in fact*, es sólo aparente. Lo que intercambia con el capital es toda su capacidad de trabajo que gasta, digamos, en 20 años». Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, Siglo XXI, Argentina, trads. José Aricó, Miguel Murmis y Pedro Scarone, t. I, p. 233.

11. Aquí tomamos como supuesto todavía la condición de un trabajador y no del conjunto de trabajadores. Pero entendemos que «hablar de obrero y no de clase obrera, implica dejar de lado por ahora el problema de los sustitutos del obrero debido al "desgaste". Por ello al señalar "obrero" se le supone *como sujeto perenne presupuesto, al capital*, y no todavía como individuo perecedero de la especie obrero». Karl Marx, *Elementos fundamentales...*, *op. cit.*, p. 264 (último subrayado JO).

12. «La nuda vida tiene, en la política occidental, el singular privilegio de ser aquello sobre cuya exclusión se funda la ciudad de los hombres». Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-Textos, Valencia, trad. y notas Antonio Gimeno Cuspinera, 1998, p. 17.

siendo ésta lo verdaderamente incluido. Si aquella teoría nos lleva al examen del antagonismo-complemento capital-trabajo, ésta nos orienta hacia el antagonismo-complemento capital-vida. En términos del análisis vale diferenciarlas, pero, a su vez, volver a integrarlas, como requisito para la cabal comprensión del proceso. Desde aquí ya podemos vislumbrar la necesaria asunción del capital como unidad económica y política. Toda separación forma parte de los velos que ocultan aquella condición.

La vida como simple trabajo excedente

El antagonismo-complemento que pone de manifiesto que es la vida misma del propietario de la mercancía fuerza de trabajo la que se encuentra expuesta, asume nuevas dimensiones cuando consideramos la lógica que rige *el uso* de esta mercancía, esto es, el trabajo mismo. Para ello debemos abandonar la esfera de la circulación para adentrarnos en la de la producción. Y ya en ese movimiento «parece como si cambiase algo la fisonomía de los personajes de nuestro drama. El antiguo poseedor de dinero abre la marcha convertido en *capitalista*, y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo, transformado en *obrero suyo* [...]». El primero «pisando recio», el segundo «receloso, de mala gana, como quien va a vender *su propia pelleja*...».[13]

Esta viva imagen puede parecer exagerada. Sin embargo sólo es una pálida expresión de la *esencia* del trabajo en el capitalismo, en donde la lógica de la valorización incesante del capital busca producir y apropiarse del mayor tiempo de trabajo excedente.[14] La existencia del trabajador, en tanto encarnación del potencial generador de nuevo valor, se ve así sometida a un mando despótico,[15]

13. Karl Marx, *El capital, op. cit.*, p. 129 (último subrayado JO).

14. Esto difiere de «aquellas sociedades económicas en que no predomina el valor de cambio, sino el valor de uso del producto, (en donde) el trabajo excedente se halla circunscrito a un sector más o menos amplio de necesidades, *sin que del carácter mismo de la producción*, brote un hambre insaciable de trabajo excedente». Karl Marx, *El capital, op. cit.*, p. 181 (subrayado JO).

15. «Pero si, por su *contenido*, la dirección capitalista» constituye «un proceso social [...] para la creación de un producto [...] y [...] un proceso de valorización del capital, por su forma, la dirección capitalista es un dirección *despótica*». Esto es, «*el alto mando* [...] *se convierte en atributo del capital*...». Karl Marx, *op. cit.*, pp. 267-268 (último subrayado JO).

el del capital, a cuya naturaleza le es inherente un hambre insaciable de tiempo de trabajo que rebase el tiempo de trabajo necesario.

Todas las formas de organización del trabajo, bajo esta dinámica, operan para que el trabajador termine siendo simple encarnación de tiempo de trabajo. El tiempo de descanso, que se proyecta como reapropiación de su existencia, aparece para el capital como tiempo improductivo. Sin embargo, termina siendo en realidad tiempo del capital, ya que en él el trabajador reproduce las condiciones para que el capital pueda volver a extraer sus fuerzas físicas y espirituales. Por ello, en definitiva, «[...] el obrero no es, desde que nace hasta que muere, *más que fuerza de trabajo*», señala Marx, y «*todo su tiempo disponible* es, por obra de la naturaleza y por obra del derecho, *tiempo de trabajo* y pertenece, como es lógico, *al capital para su incrementación*».[16]

De condición de vida, en la organización capitalista el trabajo reposa en una tendencia contraria, tanto por la particular relación entre fuerza de trabajo y corporeidad viva del trabajador, así como por el elemento que motoriza el trabajo en esta organización societal, una insaciable hambre de trabajo excedente. Es el trabajo-vida expuesta lo verdaderamente excluido-incluido en el orden capitalista, y que aparece, sin embargo, como pura excepción, frente a una realidad que se proyecta de manera inversa, en tanto trabajo-vida.

La libertad del trabajador como ficción

Una de las condiciones que reclama el proceso de venta de la fuerza de trabajo es que ésta sea ofrecida en el mercado «por su propio poseedor», lo que implica que «sea libre propietario de su capacidad de trabajo, de su persona». Es así como el trabajador se pone enfrente de otro propietario, el del dinero-capital. Tenemos entonces un intercambio entre «personas jurídicamente iguales». A ello se agrega que la venta de su fuerza vital se realice por tiempos delimitados, ya que «si la vende en bloque y para siempre, lo que hace es venderse a sí mismo, convertirse de libre en esclavo, de poseedor de una mercancía en mercancía».[17]

16. Karl Marx, *op. cit.*, p. 207.
17. Karl Marx, *op. cit.*, p. 121.

En definitiva, para que el dinero se convierta en capital, «el poseedor del dinero tiene [...] que encontrarse en el mercado [...] con el obrero libre» entendido en una doble acepción: que pueda disponer libremente tanto de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía, y que no disponga de otras mercancías donde «su trabajo se materialice».[18]

Pero «la órbita de la circulación», que es en donde se realiza la compra-venta de la fuerza de trabajo, opera como fetiche del proceso de reproducción en su conjunto. Por ello puede presentarse como «el verdadero paraíso de los derechos de los hombres». En su interior «sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad [...]».[19] En la realidad la figura del trabajador «libre» debe ser delimitada, para romper con las ilusiones que ella genera.

En tanto «libre» por ser dueño de su mercancía, esa ilusión se sostiene por la posibilidad del «cambio constante de patrón y la *fictio juris* del contrato de trabajo, [los cuales] mantienen en pie la *apariencia* de su libre personalidad».[20] Pero, «*en realidad, el obrero pertenece al capital antes de venderse al capitalista*. Su vasallaje económico se realiza al mismo tiempo que se *disfraza* mediante la renovación periódica de su venta gracias al cambio de sus patrones individuales [...]».[21]

Ello se explica porque su otra condición de libertad, la no posesión de medios de producción y de medios de subsistencia, su despojo total, lo convierten en un no-libre,[22] y esta condición hace que «*se vea obligado*» a vender «*su propia fuerza de trabajo*».[23] Es la «esclavitud encubierta»[24] lo verdaderamente incluido en la existencia del obrero libre. La recuperación de la posesión

---

18. Karl Marx, *op. cit.*, pp. 121-122.

19. Karl Marx, *op. cit.*, p. 128.

20. Karl Marx, *op. cit.*, p. 482 (subrayado JO).

21. Karl Marx, *op. cit.*, p. 486.

22. Esta «desposesión» es, sin embargo, su condición de libertad para organizar un nuevo orden, que vaya más allá de la propiedad privada sobre los medios de producción.

23. Karl Marx, *op. cit.*, p. 122. «La reproducción de la *fuerza de trabajo, obligada, quiéralo o no, a someterse incesantemente al capital como medio de explotación, que no puede desprenderse de él y cuya esclavitud al capital no desaparece más que en apariencia porque cambien los capitalistas individuales a quien se vende*, constituye en realidad uno de los factores de la reproducción del capital». Karl Marx, *op. cit.*, p. 518.

24. Karl Marx, *op. cit.*, p. 646.

de su mercancía fuerza de trabajo, una vez finalizada la jornada de trabajo, no hace más que ocultar e invertir la situación de una vida que no le pertenece, «puesto que [en ese tiempo sólo] reproduce la fuerza productora de riqueza para otros».[25] Por ello, más allá de la *fictio juris*, «desde el punto de vista social, la clase obrera, aun fuera del proceso directo de trabajo, es atributo del capital, ni más ni menos que los instrumentos inanimados».[26]

La «esclavitud» del trabajador moderno no significa desconocer sus especificidades. El esclavo de la organización esclavista pertenece jurídicamente al esclavista y, por tanto, es tan suyo como un arado o como un animal de carga. El moderno esclavo *jurídicamente* no pertenece al capitalista. Es un hombre libre. Pero su separación de los medios de vida y de producción en un régimen que perpetúa dicha separación, le obliga —bajo una forma de violencia en donde se juega su sobrevivencia— a tener que someterse diariamente al mando despótico del capital. «El esclavo romano se hallaba sujeto por cadenas a la voluntad de su señor», en tanto «el obrero asalariado se halla sometido a la férula de su propietario por medio de hilos invisibles».[27]

Frente a derechos iguales en la libertad del capital de comprar fuerza de trabajo y la libertad del trabajador de venderla (todos hombres «libres» en términos jurídicos), termina imponiéndose la fuerza. Es en ese cuadro donde el capital crea los cuerpos dóciles que su reproducción requiere. Esto reclama un largo proceso de violencia manifiesta del capital sobre los trabajadores y sus cuerpos, en aras de «vencer todas [sus] resistencias» y disciplinarse a la nueva condición de trabajadores «libres».[28] Alcanzada esa meta, «se va *formando una clase obrera*

25. Karl Marx, *op. cit.*, p. 482.

26. Karl Marx, *op. cit.*, p. 482.

27. Karl Marx, *op. cit.*, p. 482. En su estudio sobre la esclavitud a finales del siglo XX, Kevin Bales destaca como un elemento central «la falta de propiedad legal» del esclavo, lo que constituye «un privilegio para los propietarios», dado su fácil reemplazo, ante una masiva oferta de brazos (y cuerpos). En esta relación, ya no se trata sólo de «robar el trabajo de alguien, sino su vida entera». En *La nueva esclavitud en la economía global*, Siglo XXI, España, 2000, pp. 6-8. La esclavitud constituye una modalidad de explotación que se adecúa a la explotación propiamente capitalista. De allí su acelerado crecimiento en las últimas décadas, como pone de manifiesto el estudio de Bales.

28. «A los trabajadores "libres" ("de toda posesión" y "de toda forma de existencia objetiva") se le(s) presentaba como única fuente de recursos la venta de

que, a fuerza de educación, de tradición, de costumbre, se somete a las exigencias de este régimen de producción como a las más lógicas *leyes naturales*», proceso que «*sella el poder de mando del capitalista sobre el obrero*».[29]

La apropiación de la vida constituye un aspecto que pone de manifiesto la dimensión política del capital. Sin embargo, esa dimensión encuentra fundamentos en un aspecto mucho más primario, referido a lo que se vincula. Lo particular del capital es que a ese aspecto primario vinculante, añade su capacidad de apropiarse de la vida en un cuadro donde los trabajadores son jurídicamente libres. Adentrémonos en estos asuntos y en los desdoblamientos y manifestaciones que presenta en el capitalismo.

El capital como unidad económico-política

El capital es una unidad que se manifiesta bajo formas desarticuladas y ocultas. Es una condición de su despliegue la fetichización de su naturaleza; que las «forma(s) exterior(es) de manifestarse, [...] oculte(n) y haga(n) invisible la realidad invirtiéndola»,[30] a fin de que la explotación, la dominación y el mando despótico sobre la vida desaparezcan del horizonte en la simple vivencia y percepción. Por ello, es tarea central de la crítica rearticular la unidad de lo disperso para desentrañar lo que permanece velado.

Toda relación de explotación es primariamente una relación política.[31] Sin mando y dominio la explotación como fenómeno

---

su capacidad de trabajo o la mendicidad, el vagabundeo y el robo. Está históricamente comprobado que esa masa (de fuerza de trabajo) intentó al principio esto último, pero que fue empujada fuera, de esa vía, por medio de la horca, la picota, el látigo, hacia el estrecho camino que lleva al mercado de trabajo [...]». Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, *op. cit.*, p. 470.

29. Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, p. 627.

30. Karl Marx, *op. cit.*, p. 452. Marx señala lo anterior en referencia al salario y la transformación que realiza del valor y precio *de la fuerza de trabajo* en valor y precio *del trabajo*, con lo cual «borra toda huella» entre «trabajo necesario y trabajo excedente».

31. Foucault lo manifiesta así: la «constitución (del cuerpo) como fuerza de trabajo sólo es posible si se halla prendido en un sistema de sujeción...». Y agrega: «El cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo

social reproducido de manera permanente no sería posible.[32] Esto es lo que se destaca cuando se afirma que el capital es fundamentalmente una *relación social*: es mando, dominio y poder despótico (que se ejerce sobre hombres «libres», y que incluye la vida de los trabajadores), y es un vínculo de explotación. Es la condición de relación *social* entonces lo que hace a la esencia política-económica del capital, lo que solda y condensa lo político y lo económico como una unidad que integra la apropiación de la vida.

Esa unidad, en su despliegue, el capital la fractura, proyectando y construyendo lo económico y lo político como mundos ajenos, separados y autónomos. Este paso permite «la necesaria presencia como no-económico de lo político para que lo económico se pueda presentar como lo no-político».[33] Éste es un primer recurso de la fetichización, que permite dislocar dominio y explotación.

A ello se agrega un segundo recurso en donde, una vez establecido lo económico y lo político como esferas independientes, trastoca, a su vez, la naturaleza de cada esfera, propiciando una nueva despolitización, tanto de la economía como de la política, por la vía de desarticular y encubrir el aspecto social de las relaciones que las caracterizan, esto es, las relaciones de explotación, por un lado, y las de dominio, por el otro. El mercado y el contrato social se conforman así en las formas fundamentales que reclama el capital para terminar de velar el aspecto relacional, sustentando en ambos tanto al *individuo* como al soberano. En el primero, la economía se proyecta como el resultado de decisiones individuales (y las desigualdades sociales como el resultado de diferencias en materia de esfuerzo, talento, preparación y aprovechamiento de oportunidades). El segundo se concibe como el resultado del pacto entre indivi-

---

productivo y cuerpo sometido». *Vigilar y castigar*, Siglo XXI Editores, México, 1976, trad. Aurelio Garzón del Camino, pp. 32-33. Cabe señalar que no compartimos la visión general de poder que Foucault despliega en este texto y en otros libros, y que criticaremos brevemente en páginas siguientes.

32. La gestación de un producto excedente permite su apropiación por no productores. Ello supone un gesto político de violencia y, para persistir y reproducirse, de dominio y ejercicio de poder *político*.

33. Gerardo Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital*, UAM-Xochimilco, México, 2007, p. 57.

duos, de la cesión de soberanías entre iguales, lo que cristaliza en el Estado de todos.[34]

Hablar de la relación social como el fundamento político del capital implica poner a la luz el aspecto en donde *el capital es de manera simultánea* relación de dominio y de explotación.

Destacar la unidad política y económica del capital no significa desconocer la necesidad, con fines analíticos, de asumir la originalidad de la esfera económica y la originalidad de la esfera política. Es lo que considera Marx cuando en sus obras maduras se dedica a desbrozar la naturaleza *de la economía* que despliega el capital. Pero este análisis se realiza por la vía de una «crítica de la economía política», esto es, *sin romper los vínculos de aquélla con su esencia política*. Por el contrario, *allí se trata de poner de manifiesto esa esencia política desde el campo económico*. La clave es que sea desde la economía, sea desde la política, no se establezcan rupturas entre la unidad política y económica del capital, y no se desarticule la relación social que hacen a su esencia. Así podremos reconstituir lo que la fetichización disloca y fractura.

Lo anterior permite una primera aproximación al horizonte de visibilidad, así como a los límites que plantean la reflexión de Foucault y Agamben en torno al biopoder. No es un problema menor que ambos dejen de lado el nudo más significativo de la moderna sociedad capitalista, la relación capital-trabajo, como base de una teoría del biopoder. Como hemos intentado mostrar, es allí en donde reposa el punto nodal para la comprensión del ejercicio del poder sobre la vida en este ordenamiento societal. Ambos autores asumen una perspectiva que *despolitiza el análisis, a pesar de su aparente radicalidad*, ya que diluyen los referentes sociales vinculados en las nociones de poder y de biopoder. ¿Poder y mando de quiénes? ¿Sobre la vida y la existencia de quiénes? ¿Poder para alcanzar qué? En uno y otro estos interrogantes quedan sumidos en los límites de la política despolitizada a la que hemos hecho alusión, por lo que terminan atrapados en el *vaciamiento* de las relaciones sociales (de explotación y de dominio, que terminan cristalizando en clases sociales) que realiza la fetichización del capital. Foucault habla del poder como

34. «Lo político del capital, se presenta como no-político, y lo que se presenta como político está revestido de relatos míticos (la representación popular, la soberanía "popular", etc.)», Ávalos y Hirsch, *op. cit.*

relación, pero al diluir las clases sociales y sus intereses en la infinidad de puntos en donde el poder se ejerce, las relaciones entre aquéllas pierden el sentido social propio del capital y no tienen mayor significación que las relaciones de poder entre paciente-psiquiatra, penitente-confesor o profesor-alumno, en la microfísica de un poder atomizado, descentrado y desjerarquizado.[35] En Agamben, hablar del poder soberano sin definir su sentido y encarnaciones sociales, es quedarse a nivel de una entelequia que flota en el devenir de los tiempos.

Formas de ejercicio del biopoder por el capital

Hemos visto que el poder del capital sobre la vida reposa en el hecho de que la fuerza de trabajo que «compra» y se apropia forma parte indisoluble de la corporeidad viva del trabajador y se encuentra inscrita en su propia existencia como simple ser viviente. Y que la apropiación de la existencia misma, encubierta como libertad del obrero, es sometimiento al poder despótico del capital que busca, por su propia naturaleza, apropiarse de toda la vida del trabajador, a fin de incrementarse de manera incesante. En definitiva, «el capitalista lo que más anhela es que el obrero *disipe, lo más posible y sin interrupción, sus dosis de fuerza vital*».[36] Aquí reposa la esencia de la apropiación y exposición de la vida en el capitalismo. Veamos algunas de las modalidades como el capital lleva adelante este proceso.

---

35. A ello alude Perry Anderson cuando sostiene con relación a Foucault (asunto que podemos extender a Agamben) que en su discurso «el poder pierde cualquiera determinación histórica; ya *no hay detentadores específicos del poder*, ni metas específicas a las que sirve su ejercicio». Perry Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI Editores, España, 1983, p. 59 (subrayado JO). No es un problema menor la no distinción entre poder y poder *político* en Foucault. Para una profundización crítica de este y otros problemas, véase los ensayos de Dominique Lecourt y Máximo Cacciari en el libro de Horacio Tarcus (comp.), *Disparen sobre Foucault*, Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993. También, de Jaime Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004, en especial el cap. I, pp. 19-52.

36. Karl Marx, *Elementos fundamentales..., op. cit.*, p. 234.

Si en su tarea de desarrollar una teoría de la explotación en el capitalismo para Marx era fundamental asumir como supuesto que «las mercancías [...] se compran y venden siempre por todo su valor», incluyendo la «fuerza de trabajo»,[37] esto es, «tomar como punto de partida el cambio de equivalentes»,[38] ello no significa que desconociera el peso histórico del la tendencia del capital a «hacer descender el salario del obrero por debajo del valor de la fuerza de trabajo»,[39] o que desconociera que a la hora de «disfrutar» el valor de uso de la fuerza de trabajo, el capital termine desfalcando y agotando de manera prematura a los trabajadores. En definitiva, haciendo del trabajo condición de muerte.

Es necesario ver ahora desde un nivel de abstracción menos general —que tiene como trasfondo la violación del valor de la fuerza de trabajo, proceso que Ruy Mauro Marini calificó de superexplotación y que ubicó como el elemento definitorio del capitalismo dependiente—[40] qué ocurre cuando la voracidad de tiempo de trabajo excedente del capital rompe las fronteras civilizatorias con que se reviste, para regresar de manera recurrente (sólo frenado por cálculos de realización y de las luchas sociales) a sus olvidados orígenes históricos, allí cuando el capital irrumpió en la vida humana «chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza». Aquello que parecía una vieja historia de violencia y despotismo ya superada, es en realidad una historia siempre presente, excluida y encubierta en muchos momentos y espacios, pero que constituye lo verdaderamente incluido en su actuación, y con particular intensidad en el capitalismo dependiente.

El valor diario de la fuera de trabajo tiene como referente una determinada noción de años de vida *útil* del trabajador y de

37. Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, p. 251.

38. Karl Marx, *op. cit.*, p. 120.

39. Karl Marx, *op. cit.*, p. 251.

40. Véase su *Dialéctica de la dependencia*, México, Editorial Era, 1973. Lo anterior no implica que la violación de la fuerza de trabajo no ocurra en el mundo central. Su especificidad en el capitalismo dependiente se ubica en su papel estructural, no contingente, y en la preeminencia de la compra-venta de la fuerza de trabajo por debajo del valor y de la prolongación de la jornada de trabajo como formas fundamentales, lo que no excluye la intensidad, aunque en niveles inferiores a lo que acontece en el mundo central.

años de vida sin más. Es este valor total el que define entonces el valor diario:[41] qué bienes, en términos de alimentos, vestuario, vivienda, salud, educación, descanso y otros, deben considerarse a efectos de que un trabajador pueda vender su fuerza de trabajo y vivir a su vez en condiciones *normales* una determinada cantidad de años, y producir también los brazos que lo reemplazarán. Por ello, el valor de aquella mercancía incluye también el valor de reproducción de una familia. El elemento histórico moral le da a la mercancía fuerza de trabajo una impronta particular, en tanto no se trata de reproducir animales sin más, sino seres humanos, acostumbrados a formas particulares de alimentación, y que van formando parte de una sociedad en donde aparecen nuevos bienes, que al abaratarse, pasan a formar parte de los bienes salarios.

En el acto mismo de la compra-venta de la fuerza de trabajo, que hemos visto que implica la apropiación de la corporeidad viva del trabajador, se gesta un mecanismo en donde junto a la apropiación de trabajo excedente se imbrica otra violencia con implicaciones sobre las condiciones de existencia de los trabajadores, Porque cuando tenemos una reducción forzada del salario por debajo del valor de los bienes indispensables para reponer la vida del trabajador, el capital logra que «el *fondo necesario de consumo del obrero*» se transfiera a su órbita y se convierta en parte de su «*fondo de acumulación*».[42]

El capital cuenta con múltiples recursos para imponer salarios por debajo del valor, en donde la creación de una superpoblación relativa es uno de ellos. Apoyado en las leyes del mercado y de la libre concurrencia, sobre las cuales opera su capacidad de generar población excedente, el capital adquiere la fuerza de trabajo en condiciones que ponen de manifiesto a su poseedor y a su familia que no podrán reproducir de manera normal su propia existencia como seres humanos. En este cuadro sólo les espera una vida infrahumana. Y todo ello ocurre recién en la circulación, en el contrato inicial, cuando el trabajador como libre poseedor no pasa aún al taller, como propiedad «jurídica» del capitalista.

---

41. La relación entre estos dos valores de la fuerza de trabajo se encuentra en Karl Marx, *op. cit.*, p. 440.

42. Karl Marx, *op. cit.*, p. 505.

Este gesto «antagonista y homicida» del capital, esta desnudez de su poder despótico, constituye el modo en que se relacionan millones de trabajadores en nuestros días con el proyecto civilizatorio del capital. Más allá de lo que diga el derecho a la vida y los derechos del hombre en el campo jurídico, lo cierto es que éstos quedan como letra muerta en el capitalismo realmente existente, allí en donde la excepción termina convirtiéndose en norma.

Vida desfalcada

¿Qué es una jornada de trabajo? En esta pregunta se encierra mucho más que un asunto de dimensiones jurídicas y de tiempo. Expresa una frontera en donde lo que se pone en juego es la mayor o menor rapidez en que el capital consumirá la vida del trabajador,[43] es decir, establecerá un ejercicio particular del biopoder. «En vez de ser la conservación normal de la fuerza de trabajo la que trace el límite a la jornada, ocurre lo contrario: es el máximo estrujamiento diario posible de aquella el que determina, por muy violento y penoso que resulte, el tiempo de descanso del obrero».[44]

No es la protección de la vida el punto de referencia. Es el incremento del capital el que pulsiona, exponiendo la existencia del trabajador. Por ello el capital «no tiene inconveniente en abreviar la vida de la fuerza de trabajo, al modo que el agricultor codicioso hace dar a la tierra un rendimiento intensivo *desfalcando* su fertilidad».[45]

A pesar de que se aumente el salario por las horas extraordinarias de trabajo, hay un punto en donde dicho incremento no permite la recuperación del trabajador. La simple prolongación de la jornada por largos tiempos de vida del obrero, aun con mejores salarios, «no conduce solamente al *empobrecimiento* de la fuerza humana de trabajo. [...]. *Produce, además, la extenuación y la muerte prematura de la misma fuerza de trabajo*», y tiende a «acortar la *duración de* [la] *vida*» del trabajador.[46]

---

43. Extendiendo o intensificando el trabajo «[...] el capital consume la fuerza de trabajo con tanta rapidez, que un obrero de edad media es ya, en la mayoría de los casos, un hombre más o menos caduco», Karl Marx, *op. cit.*, p. 543.

44. Karl Marx, *op. cit.*, p. 208.

45. Karl Marx, *op. cit.*, p. 208.

46. Karl Marx, *op. cit.*, p. 208.

El establecimiento de topes a este afán desenfrenado de extender el tiempo de trabajo es resultado de «una larga y difícil *guerra civil*, más o menos encubierta, entre la clase capitalista y la clase obrera».[47] Como en toda guerra, la fuerza define las victorias y las derrotas. Sin embargo, no debe perderse de vista que las victorias de la clase obrera *universal* en la materia se desarrollan en el terreno de reducir el tiempo de trabajo excedente, lo que no es poco, pero aún insuficiente para que el trabajo retome su condición de vida.

Con la intensificación del trabajo el capital busca reducir las horas muertas y la porosidad presente en el tiempo de trabajo, a fin de elevar el trabajo excedente, todo lo cual termina expresándose en una mayor cantidad de valores de uso al final de la jornada. Esta forma de elevar la producción, *que se sustenta en un mayor desgaste de la fuerza de trabajo*, es distinto a un incremento apoyado en la elevación de la capacidad productiva, vía nuevas máquinas o nuevas formas de organización del trabajo. Intensidad y productividad son fenómenos ligados, pero diferenciados. La última es la base de un nuevo orden societal, en donde se multiplican la masa de bienes disponibles sobre la base de mantener e incluso reducir el esfuerzo y el desgaste físico y espiritual individual, lo que permite ampliar el tiempo libre.

Pero el capital revierte esto en lo contrario y a mayor productividad, vía adelantos tecnológicos, abre las puertas para imponer «un *desgaste mayor de trabajo durante el mismo tiempo*» y propicia «una *tensión* redoblada *de la fuerza de trabajo*, tupiendo más densamente los poros del tiempo de trabajo [...]».[48] Si la prolongación de la jornada consume la vida del trabajador considerando el tiempo en su magnitud extensa, con la intensificación aquello se alcanza por la medida del tiempo en tanto su «grado de condensación».[49]

Con la prolongación de la jornada, así como con la intensificación del trabajo, el capital logra apropiarse en la actualidad de años futuros de trabajo y de consumir ahora años futuros de vida del trabajador. A pesar de que exista un pago mayor por las horas extras o por la mayor producción, el valor total de la fuerza de trabajo se ve violada. Su vida es así desfalcada y puesta en entredicho.

---

47. Karl Marx, *op. cit.*, p. 238 (subrayado JO).
48. Karl Marx, *op. cit.*, p. 337.
49. Karl Marx, *op. cit.*, p. 337.

La unidad entre tormentos del trabajo y miseria

Al capital no le es suficiente la fuerza vital de un número de cuerpos vivos determinada por la lógica de su simple reproducción «natural». La valorización reclama brazos a su disposición para potenciales expansiones, para reemplazar a los prematuramente agotados y para que los obreros activos rindan más trabajo excedente. Todo ello es posible tras la conformación de una población relativa excedente, propiciada por la elevación de la composición orgánica del capital. La supeditación formal de los trabajadores al capital termina de cerrar su círculo, convirtiéndose en supeditación real.

En locución biopolítica, el proceso anterior termina de «poner remate al *despotismo del capital*»,[50] ya que tanto los trabajadores activos como los semiactivos e inactivos quedan supeditados a su mando y sus vidas quedan instaladas en «la necesidad del sacrificio como *conditio sine qua non* de la socialidad».[51] Todos los trabajadores, se constituyen en atributos del capital, diferenciándose simplemente en la *forma como éste los consumirá y agotará*. A unos, por los tormentos del trabajo, a otros, por los tormentos de la miseria.[52] A todos, por convertir sus vidas en vida desnuda, aquella a la que el capital puede dar muerte de manera impune.

Si en el trabajador activo (semiactivo o inactivo por temporadas) el capital termina atrapando la corporeidad viva en tanto se posesiona efectivamente de la fuerza de trabajo allí contenida, en el pauperismo,[53] la violencia y el despotismo sobre la vida

50. Karl Marx, *op. cit.*, p. 542.

51. Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI Editores, México, 1998, p. 113.

52. La ley general de la acumulación capitalista da buena cuenta de este proceso: «lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase (activa, semiactiva e inactiva JO) que crea su propio producto como capital, *acumulación* de *miseria*, de *tormentos de trabajo*, de *esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral*». Karl Marx, *El capital*, *op. cit.*, p. 547.

53. «Los últimos despojos de la superpoblación relativa son [...] los que se refugian en el pauperismo». Esta capa social se conforma de tres categorías: «Primera: personas *capacitadas para el trabajo*»; segunda: «huérfanos e hijos de pobres»; tercera: «degradados, despojos, incapaces para el trabajo», como «los obreros que sobreviven a la edad normal de su clase» y «las víctimas de la industria»; «los mutilados, los enfermos, las viudas, etc.». Karl Marx, *op. cit.*, p. 545.

se realiza como una doble exclusión: ni el cuerpo vivo ni la fuerza vital de trabajo parecieran encontrarse bajo el reino del capital y su poder despótico. Es más, llegado a cierto punto, el pauperismo se constituye en un lastre para aquel, lo que acentúa su apariencia de ajeneidad con la valorización, a pesar de sus inseparables vínculos e inclusión.[54] La contradicción entre valor y valor de uso, alcanza aquí forma en la corporeidad de la clase obrera como un todo: la valorización del capital sólo es posible a condición de la negación, como valor de uso, de la fuerza de trabajo de uno de sus segmentos.

La lógica que rige la relación capital-trabajo-vida pone de manifiesto que no son ni el derecho a la vida, ni el trabajo como condición de vida los elementos que subyacen en aquella lógica y en su despliegue en el capitalismo. Por el contrario, es la tendencia a agotar la vida de los trabajadores lo verdaderamente incluido en esta organización societal. Con este horizonte regresemos a las propuestas de Foucault y Agamben en torno las particularidades del biopoder.

Los límites del «hacer vivir» y el *Homo sacer*

«Hacer vivir, dejar morir»

En la modernidad «ya no se trata de hacer jugar la muerte en el campo de la soberanía, sino (más bien) de distribuir lo viviente en un dominio de valor y de utilidad»,[55] señala Foucault. Esto no implica olvidar que «la vieja potencia de la muerte, en la cual se simboliza el poder soberano, se halla ahora *cuidadosamente recubierta* por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida».[56]

Foucault no desconoce que el poder soberano de dar muerte sigue en pie en la modernidad capitalista. Pero es la vida ahora

54. «El pauperismo es el asilo de inválidos del ejército obrero en activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva. Su existencia va implícita en la existencia de la superpoblación relativa, su necesidad en su necesidad, y con ella constituye una de las condiciones de vida de la producción capitalista...». Karl Marx, *op. cit.*, pp. 545-546.

55. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, *op. cit.*, p. 174.

56. Michel Foucault, *op. cit.*, p. 169 (subrayado JO).

la que el poder busca gestionar. Por ello insiste en que «el dominio que pueda ejercer sobre (los seres vivos) deberá colocarse (ahora) en el nivel de la vida misma [...]». Más aún, «haber tomado a su cargo a la vida, más que la amenaza de asesinato, dio al poder su acceso al cuerpo».[57]

En definitiva, el poder soberano moderno reposa en producir y gestionar la vida. El giro no es menor: «una de las transformaciones [...] masivas del derecho político del siglo XIX consistió [...] en completar ese viejo derecho de soberanía —hacer morir o dejar vivir— con un nuevo derecho, que *no borraría el primero* pero lo penetraría, lo atravesaría, *lo modificaría* y *sería* un derecho, o mejor, *un poder exactamente inverso*: poder de *hacer vivir* y *dejar morir*».[58]

El apotegma «hacer vivir, dejar morir» del actual poder soberano, como contraposición al derecho soberano anterior de «hacer morir, dejar vivir», presenta diversos problemas que tienden a oscurecer más que aclarar la relación capital-vida en la moderna sociedad capitalista. ¿Cuál es el significado de este «*hacer vivir*»? ¿A qué vida se hace referencia? ¿A una vida en condiciones humanas, digna de ser vivida, o a una en condiciones inhumanas? ¿A una vida de hombres libres o a una sometida «por hilos invisibles» a nuevas condiciones de esclavitud?

Pero el problema más serio es que aquella sentencia deja a oscuras el aspecto clave: si el capital establece gestos de poder referidos a cuidar la vida, a reproducirla, estos gestos se establecen en un campo contradictorio con la dinámica que proviene de su propia naturaleza, que propicia no sólo apoderarse de la vida, sino dejarla expuesta a la condición de una vida reclamada para ser arrebatada. Es por ello que «el hombre moderno es un animal en cuya política *está puesta en entredicho su vida de ser viviente*».[59]

Es Foucault el que señala lo anterior. Y esta formulación, de enorme significación a la luz del análisis que realiza Marx, según hemos visto, termina por no encontrar un espacio de resolución en el discurso del pensador francés, desarmado para afron-

---

57. Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 172-173.

58. Michel Foucault, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2000, México, 2002, trad. Horacio Pons, p. 218 (primeros subrayados JO). Este libro recoge su curso en el Collège de France en el ciclo lectivo 1975-1976.

59. Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, *op. cit.*, p. 173 (subrayado JO).

tar el antagonismo, en el capitalismo, entre el «hacer vivir» y el que la vida, sin embargo, esté en entredicho.[60]

La vida expuesta

Es en la reflexión propuesta por Agamben en donde la condición de vida expuesta, de vida en entredicho, alcanza mejores condiciones de explicación, aunque pronto emergen, a su vez, los límites impuestos por su construcción teórica. El *Homo sacer*, una figura del derecho romano arcaico, constituye para Agamben el ejemplo que resume la situación paradojal del poder soberano occidental y su relación con la vida: un hombre sagrado, que no puede ser objeto de sacrificio, por estar fuera del derecho divino, al cual, sin embargo, *cualquiera puede dar muerte impunemente, sin ser considerado homicida*, porque también se encuentra excluido del derecho de los hombres. Una doble exclusión que lo deja incluido en el derecho de una vida expuesta a la que cualquiera le puede poner fin.

El andamiaje de la reflexión de Agamben se funda en «la afirmación según la cual "la regla vive sólo de la excepción" (por lo que) debe ser tomada [...] literalmente».[61] Más aún, «la estructura de la excepción [...] parece ser [...] consustancial con la política occidental».[62] De allí que ésta constituya el nudo lógico desde el cual construye su reflexión: el particular que da sentido al universal.

---

60. Por ello afirma: «cuando los individuos (en el nivel del contrato social JO) se reúnen [...] para delegar a un soberano un poder absoluto sobre ellos, [...] lo hacen para proteger su vida. Constituyen un soberano para poder vivir. ¿Y puede la vida, en esa medida incluirse, efectivamente, entre los derechos del soberano? ¿Acaso no es ella la que funda esos derechos? [...] ¿La vida no debe estar al margen del contrato, en la medida en que fue el motivo primero, inicial y fundamental de éste?». *Defender la sociedad*, *op. cit.*, pp. 217-218. El alegato anterior —que «corresponde a una discusión de filosofía política» y de «juristas» adscritos a las posturas contractualistas—, retomado por Foucault, no permite sin embargo adscribir a éste en esas corrientes. Pero lo trae a colación para darle mayor peso a su planteamiento del cambio producido en el terreno del poder soberano en torno al «hacer vivir». La argumentación camina en la dirección de negar el que la vida esté realmente en entredicho.

61. Giogio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, *op. cit.*, p. 42.

62. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 16.

Si el Estado de excepción nos permite comprender uno de los ejes del poder soberano del Estado moderno, en tanto exclusión-inclusión,[63] también allí se hace presente un segundo eje, referido a la relación que guarda dicho poder con la vida: el derecho siempre ha contado como fundamento su vínculo con la vida desnuda, pero también como inclusión-excluida, en tanto en el estado de excepción los derechos fundamentales (siendo el principal el derecho a la vida) quedan suspendidos. De esta forma, son «las implicaciones de la nuda vida en la esfera política (lo que) constituyen el núcleo originario —aunque oculto del poder soberano».[64]

Agamben analiza los conflictos presente en la unión-distinción derechos del hombre y derechos ciudadanos, lo que lo lleva a señalar que se ha producido una «irremediable disociación entre nacimiento y nación», como resultado de la creciente introducción en el derecho de Occidente de la distinción entre una vida auténtica (la de los ciudadanos, cualificados por pertenencia a un Estado-nación) y una nuda vida derivada del nacimiento, que termina despojada de todo valor político. En esta línea Agamben sostiene que «el refugiado (se constituye en) un concepto límite (ya) que pone en crisis radical las categorías fundamentales del Estado-nación, desde el nexo nacimiento-nación, al nexo hombre-ciudadano».[65] Por ello, «la creciente desconexión entre el nacimiento, la nuda vida, y el Estado-nación es el hecho nuevo de la política de nuestro tiempo y lo que llamamos campo de concentración es precisamente tal separación».[66]

Pero las nociones de ciudadano y su negación, el no-ciudadano, no constituyen el mejor soporte para establecer las fronteras entre «vida auténtica» y nuda vida, «despojada de todo valor político» en el orden social capitalista. Ellas nos dejan atrapados en la política no-política desplegada por el capital, en donde la ciudadanía oculta que la existencia del trabajador en su sentido

---

63. Agamben, siguiendo a Carl Schmitt, destaca que el soberano «está al mismo tiempo fuera y dentro del ordenamiento jurídico», ya que tiene «el poder de proclamar el Estado de excepción y de suspender [...] la validez del orden jurídico mismo». De esta forma «cae [...] fuera del orden jurídico normalmente vigente (pero) sin dejar por ello de pertenecer a él [...]». *Op. cit.*, p. 30.

64. Giorgio Agamben, *op. cit.*, pp. 15-16.

65. Giorgio Agambem, *op. cit.*, p. 170.

66. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 223.

relacional primario, *sea o no ciudadano*, es la que se encuentra expuesta en el mundo del capital. *Es sobre este peldaño que se establecen variadas formas de vidas desnudas sometidas a su poder despótico.*

Atrapado en la noción despolitizada de ciudadanía, de manera conclusiva Agamben afirma que es «el campo de concentración [...] el paradigma biopolítico de Occidente»,[67] entendido como «la materialización del estado de excepción y [...] la consiguiente creación de un espacio en el que la nuda vida y la norma entran en un umbral de indistinción», abarcando los campos de detención de migrantes, hasta las «*zones d'attente* de los aeropuertos internacionales [...], en los que son retenidos los extranjeros que solicitan el reconocimiento del estatuto de refugiado».[68]

El trabajador como moderno *Homo sacer*

Estas conclusiones ponen de manifiesto los límites señalados en la reflexión de Agamben sobre el biopoder: terminan por reducir a cierto número de hombres, los no-ciudadanos, sean refugiados políticos o migrantes, la expresión social de la vida expuesta en el capitalismo. Como hemos podido demostrar, es el trabajador[69] la expresión del moderno *Homo sacer* en la sociedad regida por la lógica del capital. Su vida desnuda queda en entredicho desde el momento mismo que se ve obligado a poner a disposición del capital no sólo su fuerza de trabajo sino su cuerpo viviente. Es su corporeidad viva la que termina expuesta diariamente, agotada y desfalcada por los diversos mecanismos que el capital emplea en el proceso de trabajo, azuzado por el hambre de valorización y de trabajo excedente. Éste es un añadido a su propio drama, «un drama ajeno que lo sacrifica día a día y lo encamina [...] a la destrucción».[70] La inclusión de ese cuerpo viviente está excluido del acuerdo que establece el inter-

67. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 230.

68. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 222.

69. En tanto trabajador *colectivo*, al decir de Marx, y las variadas existencias que lo conforman. Sobre una lectura para el presente véase de Ricardo Antunes, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre la metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003.

70. Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, *op. cit.*, p. 197.

cambio. Es un plus de vida ajena que el capital se apropia, convirtiéndola en el verdadero soporte del orden económico-político que despliega. El capital conforma así un espacio de poder soberano de excepción, una economía-política en donde la vida expuesta de los trabajadores se constituye en norma.[71] En esta condición de exclusión-incluida, «ninguna vida es más política que la suya».[72]

Conclusiones

Develando al capital y su lógica, su unidad económica y política, y las relaciones sociales que lo constituyen, se estará en mejores condiciones para comprender por qué el orden económico y político que organiza se deposita en la vida desnuda, aquella que puede ser arrebatada de manera impune. *La vida expuesta de los trabajadores es así la clave para comprender cualquier otra forma* (trabajadores activos, semiactivos o inactivos; no migrantes o migrantes; con o sin contrato; ciudadano o refugiado, etc.) *como en el capitalismo la vida es puesta en entredicho*. No es entonces el campo de concentración el paradigma biopolítico en Occidente, como señala Agamben. Por el contrario, ese paradigma establece su *nómos* no sólo en los espacios tradicionales que reclama el capital para valorizarse, sea en las esferas de la producción y de la circulación, sino en todos los espacios societales en donde se produzca y reproduzca la relación capital-trabajo. Todo *pauper* (despojado de medios de producción) se encuentra atrapado en las redes de dicha valorización, la que conjuga vida-muerte en formas variadas y diversas.

---

71. «La tradición de los oprimidos nos enseña que el "estado de excepción" en que ahora vivimos es en verdad la regla». Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, trad. y presentación Bolívar Echeverría, Contrahistorias, México, 2005, p. 22.

72. Giorgio Agamben, *op. cit.*, p. 233.

V

EXCLUSIÓN POR INCLUSIÓN

El pensamiento moderno es incapaz de asumir la tensión y la negatividad inherente al mundo social y sus procesos. Por ello fija límites, establece un adentro y un afuera y juega con categorías dicotómicas: racional-irracional, humano-inhumano, normal-patológico, incluido-excluido. Este procedimiento deriva de asumir cosas y no relaciones y dejar como un «algo ajeno» aquello que deviene de la esencia del orden social existente.

Lo que el capital considera y llama excluidos, marginales, los de afuera, no integrados, no son sino diversos nombres del exceso que le pertenece y que bajo esos y otros nombres presenta como extraño a la lógica de su despliegue. Esta operación se encuentra en la base de las ciencias sociales. Siempre existe un resto que la reflexión de la modernidad capitalista es incapaz de asumir, ante su dificultad de afrontar la fractura que atraviesa el orden social que construye. Ésa es la lógica que predomina en el ya enorme arsenal de estudios en donde la exclusión y/o el excluido se han convertido en objeto de reflexión.

La exclusión en el capitalismo no es sino una cara particular de la inclusión en la valorización y dominio del capital y expresa el exceso de una universalidad que integra expulsando. Por ello, cuando hoy las ciencias sociales y las humanidades piensan la exclusión como un elemento exterior, como un *algo ajeno*, sus soluciones pasan por pensar en cómo incluir lo que de suyo ya está incluido.

Tenemos entonces una *exclusión por inclusión*. Es un estar fuera por estar dentro. Es un exterior sólo porque es al mismo tiempo interior.[1] Esta *exclusión por inclusión* tiene como tras-

1. Lo anterior significa «*pensar al ser como totalidad*», esto es, «*como interioridad pura respecto de la cual no hay exterioridad abstracta, separada. Interioridad en*

fondo en el capitalismo el ejercicio de un poder soberano que pone la vida de los trabajadores en entredicho. Éste es el piso primario de toda exclusión, la que se expresa bajo diversas modalidades, algunas de las cuales analizaremos en este capítulo.

La población obrera excedente

La presencia de una masa de trabajadores condenados al desempleo crónico o eventual, expulsados del trabajo asalariado y por ello sin dinero para acceder a un consumo básico, constituye una de las formas paradigmáticas de los estudios sobre le exclusión. Pasemos a ver las razones de su inclusión como exclusión en la valorización del capital.

El capital tiende a destinar proporciones relativas cada vez mayores de sus reinversiones a máquinas, nuevos equipos y tecnologías, el llamado capital constante, en desmedro del capital variable, aquél destinado a contratar trabajadores, a pesar de que es el trabajo vivo el que genera valor.

Ello es un paso necesario para elevar la productividad con el fin de incrementar el monto de valores de uso producidos en una misma unidad de tiempo, con lo cual su valor unitario tiende a descender al apropiarse de una menor cantidad de trabajo socialmente necesario. Es así como un determinado capital puede apropiarse de ganancias extraordinarias, al producir por debajo del valor de sus competidores, o bien no quedar desplazado por estos en la competencia, al producir en condiciones medias de productividad. De allí la significación y el peso que tiene la elevación de la productividad en el capitalismo[2] y la tendencia a alterar a la baja el peso relativo de capital variable frente al capital constante. Su consecuencia es un desenfrenado proceso de revolución constante de las condiciones de producción, lo que

---

la cual toda exterioridad es referida. No sólo todo exterior es exterior de algo, también *todo exterior no es sino lo mismo exteriorizado*», Carlos Pérez Soto, *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*, Ítaca, México, 2008, p. 163.

2. «Arrancando de los fundamentos generales del sistema capitalista, el proceso de acumulación llega siempre a un punto en que el incremento de la productividad del trabajo social se convierte en la palanca más poderosa de la acumulación». K. Marx, *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 7.ª reimpresión, 1973, p. 525.

junto a la búsqueda de nuevos conocimientos para ser aplicados a la producción, renovación de equipos, organización del trabajo, propicia una particular forma depredadora del medio natural.

La consecuencia directa de esta elevación de la composición orgánica es la generación de una población obrera excedente *relativa,* no absoluta, en tanto es excedente *con relación a* la demanda de mano de obra que realiza el capital.[3] Esta población excedente cumple un significativo papel en la valorización, convirtiéndose «en palanca de la acumulación del capital» y «*en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción*».[4]

Primero porque eleva la oferta de mano de obra para los momentos de expansión de la acumulación, lo que permite al capital contar con brazos disponible en tales situaciones. Pero además porque la presencia de una población excedente permite al capital presionar sobre los trabajadores activos, exacerbando las condiciones de explotación en general. El capital obtiene así «mayor cantidad de trabajo», sin gastar más en capital variable, «mediante una mayor explotación, extensiva e intensiva». De esta forma, «*el mismo volumen* de capital variable hace que la misma fuerza de trabajo despliegue mayor trabajo».[5] La presión sobre los salarios no será menor, favoreciendo la elevación del trabajo excedente y de su producto, la plusvalía.

El encadenamiento entre la población obrera inactiva y la población obrera activa es sintetizado así por Marx:

> El exceso de trabajo de los obreros activos engrosa las filas de su reserva, al paso que la presión reforzada que ésta ejerce sobre aquéllos, por el peso de la concurrencia, obliga a los obreros que trabajan a trabajar todavía más y a someterse a las imposiciones del capital. La existencia de un sector de la clase obrera condenado a ociosidad forzosa por el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, se convierte en fuente de riqueza del capitalista individual, y *acelera al mismo tiempo la formación del ejército industrial de reserva, en una escala proporcionada a los progresos de la acumulación social.*[6]

Dos asuntos importa retener de lo anterior para el análisis que venimos realizando: uno, la relación —en términos de las necesi-

3. El tema lo desarrolla Marx en *op. cit.*, t. 1, cap. XXIII.
4. K. Marx, *op. cit.*, p. 535.
5. K. Marx, *op. cit.*, p. 538.
6. K. Marx, *op. cit.*, pp. 538-539.

dades de valorización— que el capital establece entre población obrera activa y población obrera inactiva, más allá de las formas que esta última asuma, como luego pasaremos a ver. Dos, que para efectos de valorización, el tamaño de la población obrera excedente es un plus para dicha valorización, porque refuerza la explotación y la explotación *redoblada* de la población obrera activa.

Éste es un elemento clave para las economías dependientes, en primer lugar porque las formas de explotación reinantes agotan prematuramente a la población activa, debido a la explotación redoblada imperante,[7] por lo que se reclama mayor número de brazos disponibles para su reemplazo, así como para sostener la presión que haga posible aquel desfalco de vida de los productores.[8] No hay por tanto factores naturales, sino sociales, operando en las enormes dimensiones que asume la población excedente en dichas economías.

Pero la población excedente de la periferia también es necesaria para las operaciones de las economías centrales, en un doble sentido: capitales de estas economías se instalan en el mundo dependiente, aprovechándose de las ventajas de explotación señaladas, ante la abundancia de mano de obra disponible. Y porque en una economía capitalista cada vez más interrelacionada, las bajas salariales en el mundo dependiente tienen efectos a la baja en los salarios del mundo central (por ejemplo, bajo la amenaza de que las empresas se trasladarán hacia la periferia, como ha ocurrido de manera importante en los últimos treinta años, en medio de la llamada globalización y la segmentación de los procesos productivos, como también por las masivas migraciones de trabajadores de las economías dependientes hacia las economías del mundo central).

La población obrera excedente generada por los procesos antes señalados presenta diversas *formas de existencia*, con agrupamientos que alcanzan mayores o menores niveles de incorporación a la producción y a sus sectores, distinguiéndose la población fluctuante, la latente y la intermitente. La población fluctuante es el resultado de los movimientos del capital industrial que atrae y repele población obrera, la cual crece en términos absolutos, pero

7. Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.

8. El capital «no tiene inconveniente en abreviar la vida de la fuerza de trabajo, al modo que el agricultor codicioso hace dar a la tierra un rendimiento intensivo desfalcando su fertilidad». K. Marx, *op. cit.*, p. 208.

una parte de la misma será rechazada como resultado de la menor demanda relativa de trabajadores por la acumulación. Franjas de esta población tenderán a emigrar siguiendo los pasos del capital.

La superpoblación latente es la que se genera tras la introducción de la organización capitalista en la agricultura, la que deja a franjas de población trabajadora como supernumerarios latentes, en condiciones de ser demandados y potencialmente absorbidos por la manufactura y cuyo volumen se alcanza a percibir en momentos que propician el desagüe masivo de trabajadores agrícolas.

La forma intermitente de la superpoblación obrera es aquélla con una base de trabajo muy irregular y su número crece en la medida en que crecen las tendencias generales del capital a expulsar mano de obra, lo que propicia que sobrevivan con salarios por debajo del promedio.

A estas formas se agregan las franjas sociales que se ubican en el pauperismo, que agrupa a trabajadores en condiciones de trabajar, pero que ya no encuentran lugar en la producción; los impedidos de trabajar por haber sufrido accidentes en el trabajo y los que sufren enfermedades crónicas resultado de las condiciones en que se realiza la producción; y aquellos obreros «que sobreviven a la edad normal de su clase». También los huérfanos e hijos de pobres.

Si en el trabajador activo (semiactivo o inactivo por temporadas) el capital termina atrapando la corporeidad viva en tanto se posesiona materialmente de la fuerza de trabajo allí contenida, en el pauperismo la violencia y el despotismo sobre la vida se realiza como una doble exclusión: ni el cuerpo vivo ni la fuerza vital del trabajo parecieran encontrarse bajo el reino del capital y su poder despótico. Más aún, *llegado a cierto punto, el pauperismo se constituye en un lastre para aquél,* lo que acentúa su apariencia de ajenidad con la valorización, a pesar de sus inseparables vínculos e inclusión.

La contradicción entre valor y valor de uso, alcanza forma aquí en la corporeidad de la clase obrera como un todo: *la valorización del capital sólo es posible a condición de la negación, como valor de uso, de la fuerza de trabajo de uno de sus segmentos.*

Marx establece la presencia de una ley general, absoluta, de la acumulación capitalista que «determina una *acumulación de miseria* equivalente a la *acumulación de capital*»,[9] porque «cuanto mayores son la riqueza social, el capital en funciones [...] y mayores tam-

9. K. Marx, *op. cit.*, p. 547.

bién la magnitud absoluta del proletariado y la capacidad productiva del trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva» y «cuanto mayor es este ejército de reserva respecto al ejército obrero en activo, más se extiende la masa de la superpoblación consolidada, cuya miseria se halla en razón inversa a los tormentos de su trabajo». El pauperismo oficial crece a su vez, «cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva».[10]

Es la lógica de la valorización la que se encuentra en la base de la población obrera excedente y ésta opera a su vez como basamento de la valorización. De ello da cuenta Marx cuando en referencia a «los últimos despojos» de esa población excedente, el pauperismo, señala que éste «es el asilo de inválidos del ejército obrero en activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva». Y agrega que «su existencia va implícita en la existencia de la superpoblación relativa, su necesidad en su necesidad, *y con ella constituye una de las condiciones de vida de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza*».[11]

Crítica a la noción de *masa marginal*

En una lectura de estos problemas, con un fuerte peso del funcionalismo en su reflexión, en los años sesenta y setenta del siglo XX emergió en América Latina la teoría de la marginalidad, cuyos basamentos se encuentran presentes en formas variadas en muchos análisis actuales sobre la llamada exclusión social.

Tal como lo señala José Nun, quien quizá realizó las formulaciones más elaboradas de esta teoría, «el concepto de *ejército industrial de reserva* fue utilizado por Marx para designar los efectos *funcionales* de la superpoblación relativa en la fase del capitalismo que él estudió (capitalismo competitivo, JO). Propuse que se denominara, en cambio, *masa marginal* a la parte de la superpoblación relativa que en otras situaciones (por ejemplo, en la fase del capitalismo monopólico, JO), no producía *esos* efectos funcionales», tales como intensificar «la competencia entre los obreros»

10. K. Marx, *op. cit.*, p. 546.

11. K. Marx, *op. cit.*, pp. 545-546 (subrayados JO). En relación con el pauperismo Marx agrega que «el capital se las arregl(a) [...] para sacudirlos de sus hombros y echarlo sobre las espaldas de la clase obrera y de la pequeña clase media». *Op. cit.*, p. 546.

y deprimir los salarios, y mantener «disponible una masa de trabajadores» para cuando la expansión industrial lo requiera.[12]

Y agrega una líneas más adelante la idea central en la discusión: «Como alguna vez apuntó Wilbert Moore, los propios funcionalistas norteamericanos [...] nunca habían llegado tan lejos: afirmaban que muchas cosas eran funcionales para la reproducción del capitalismo, no que *todo* le era funcional. Es lo que hicieron, en cambio, los críticos de la noción de masa marginal, que se empeñaron en demostrar que hasta el último de los campesinos sin tierra o de los vendedores ambulantes de nuestras ciudades eran no únicamente funcionales sino decisivos para la acumulación capitalista».[13]

A favor de Nun habría que señalar, inicialmente, que reconoce al menos que su llamada masa marginal es generada por el «sistema» (¿capitalista?), aunque éste no precise de ella para seguir funcionando,[14] asunto que se ha perdido en la mayoría de las reflexiones actuales sobre el tema de la exclusión en su referencia a la población desempleada.

Cuando Marx analiza el tema lo que le importa destacar es la capacidad del capital de generar una población excedente que no dependa de las tasas de natalidad que presente la población obrera, con lo cual, al romper ese dique, el capital logra un nuevo estadio en el paso de la *supeditación formal* del trabajo a la *supeditación real*. Pero, además, no está buscando establecer cuál es la población adecuada o funcional a la acumulación. Más bien le importa poner en evidencia la forma contradictoria como opera la acumulación de capitales en el terreno de generar riqueza y, desde allí, cómo desata los mecanismos de generación de miseria en la sociedad.[15] Está claro que en esta dinámica habrá un crecimiento de la

12. José Nun, *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, pp. 24-25. Este material reúne el artículo inicial de Nun sobre el tema («Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal») junto a una crítica de Fernando Henrique Cardoso, «Comentario sobre los conceptos de superpoblación relativa y marginalidad», que en el texto aparece simplemente como «La crítica de F.H. Cardoso», pp. 141-183, «La respuesta a la crítica» y una nueva mirada sobre el problema, ambos de Nun, bajo el título «Nueva visita a la teoría de la masa marginal».

13. José Nun, *op. cit.*, pp. 24 y 25 (subrayados en el original).

14. *Op. cit.*, p. 87.

15. Este último punto ya fue señalado por Fernando Henrique Cardoso en su artículo crítico a Nun, («Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad»).

población excedente que rebasará sus necesidades inmediatas de brazos, y que desde esa perspectiva se constituye en un «resto» no asimilable por la demanda.

Pero el papel de la población excedente en la valorización no responde exclusivamente, como sí lo establece Nun, a su posibilidad de integrarse a la producción en algún momento, o en mantener una magnitud adecuada para cierta presión sobre los trabajadores activos. Es su crecimiento el factor fundamental para elevar los tormentos de trabajo de los trabajadores activos.

Para el capital hay márgenes de población excedente que constituyen un lastre, un peso muerto ya que considera que podría «vivir sin ellos y (que) le gustaría hacerlo».[16] Pero si lo anterior es resultado de la forma como los *paupers* ensucian o escandalizan su horizonte, en esquinas y cruceros urbanos, con decenas de limpiaparabrisas, vendedores ambulantes, personas que solicitan limosnas, o por los hacinamientos en zonas urbanas que perturban y reclaman servicios, ello toma otra forma cuando, por el peso de esa misma población excedente, logra pagar salarios miserables a los que se presentan a trabajar, o descarga largas o intensas jornadas sobre las espaldas de estos mismos trabajadores. En el fondo los rechaza, pero al mismo tiempo los necesita para desarrollar la valorización. Constituyen entonces, como hemos visto más arriba, «una de las condiciones de vida de la producción capitalista».

Unos últimos comentarios para cuestionar la lógica del análisis presente en el tema de la masa marginal. Tras la funcionalidad y disfuncionalidad propuesta por Nun se podría señalar que el proletariado sería funcional para el capital cuando éste compra su fuerza de trabajo y lo explota. Pero ese mismo proletariado es el sepulturero del capitalismo, al decir de Marx. Por tanto encarna, de manera simultánea, lo funcional y lo disfuncional. ¿En qué punto hacemos el corte de lo uno y de lo otro?

Iguales problemas se presentan cuando nos trasladamos al campo de las disputas electorales y constatamos que la llamada *masa marginal* es altamente privilegiada por las campañas y los candidatos, en tanto en la esfera política que construye el capital, los marginales son ciudadanos y su voto cuenta y son muchos. En este terreno, entonces, dejarían de ser masa marginal y

16. Nun cita aquí a Ralf Dahrendorf , autor de la noción de *underclass*. Nun, *op. cit.*, p. 31.

prevalecería lo funcional por encima de lo disfuncional, lo que se trastocaría, sin embargo, si consideramos a estos sectores organizados y demandando en las calles vivienda y obras de infraestructura y servicios (agua, luz, seguridad, escuelas, etc.).

Aquí, como en muchos otros terrenos, se hace presente una negatividad que el capital considera como un *resto* que no le pertenece, y establece frente a ellos un hiato de ajenidad, en tanto excluidos.

El subconsumo de la población obrera activa e inactiva

La débil incorporación de amplias franjas sociales al consumo, presentes en los múltiples estudios sobre la pobreza y la miseria, constituye otros de los temas privilegiados por los trabajos sobre la llamada exclusión social. En ellos predominan las visiones que ubican esos fenómenos en una relación ajena a la dinámica del capital. Pero esos procesos no son sino otra forma de la exclusión por inclusión que venimos analizando.

El capital presenta serias dificultades para la incorporación de los trabajadores al consumo. Ello se debe a la separación que se presenta entre la fase de la producción y la fase de la realización dentro de la reproducción. En la primera el capital se enfrenta al trabajador como productor, por lo que allí tienden a desatarse todas las tendencias a la producción de trabajo excedente, con lo que se privilegia esa capacidad del trabajo vivo, comenzando por la presión hacia el salario en la compra-venta de la fuerza de trabajo. Pero en la fase de realización, el capital se enfrenta al problema que el cúmulo de mercancías lanzadas al mercado reclaman compradores, por lo cual ahora privilegia en el trabajador su condición de consumidor y espera que aquél cuente con una masa dineraria importante para que sus mercancías encuentren realización.[17] El problema es que cada capital quisiera privilegiar con sus obreros la condición de productores, y que los demás capitales fortalezcan la condición de consumidores de los trabajadores.

17. «Los obreros como compradores de mercancías, son importantes para el mercado. Pero como vendedores de la mercancía —de la fuerza de trabajo— la sociedad capitalista tiende a reducirlos al *minimum* del precio». K. Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. II, p. 283.

El capital desarrolló así una situación contradictoria frente al trabajador, y es en medio de esa contradicción que busca soluciones que permitan que crezca el trabajo excedente y a su vez la capacidad de consumo de los productores. Este conflicto alcanza menos fuerza en las economías dependientes, ya que en ellas el capital emerge y se reproduce *privilegiando los mercados externos* como campo de realización,[18] y sólo ha generado una producción significativa hacia los mercados locales en momentos acotados, sea en situaciones de crisis y/o guerras en el mundo central, cuando la demanda externa de sus productos ha caído drásticamente. Tales fueron las condiciones en que se desarrolló el proceso de industrialización, y las razones de su corta vida en tanto proyecto general, subsistiendo con posterioridad algunos sectores industriales dentro de la gestación de un nuevo patrón exportador, el de especialización productiva, desde los años ochenta del siglo XX.

Una solución a aquel conflicto, quizá la más importante, el capital la encuentra en la producción de plusvalía relativa, esto es, en la elevación de la productividad, y ligado a ella pero diferenciada, con la intensificación del trabajo. Cuando el incremento de la productividad alcanza las ramas productoras de bienes salarios, el capital logra dentro de la jornada la reducción del tiempo de trabajo necesario (aquel en donde el productor reproduce un valor equivalente al valor de su fuerza de trabajo), y por esta vía la extensión del trabajo excedente, sin modificar la duración de la jornada. Esto hace posible que crezca el consumo obrero debido al abaratamiento real de los bienes salarios, al tiempo que se incremente a su vez la producción de plusvalía. La ecuación mayor explotación y mayor consumo obrero parece encontrar una solución.

Con la intensificación del trabajo, al acelerar ritmos de producción y reducir los tiempos muertos (para la producción de plusvalor) el capital logra a su vez reducir el tiempo de trabajo necesario respecto al crecimiento del tiempo de producción de plusvalor. Sin embargo su diferencia con la productividad es que este paso se alcanza sobre la base de un *mayor desgaste del productor*, lo que significa que en último término el capital se está apropiando hoy de años futuros de trabajo y de trabajo excedente que corresponde a

18. Esto es lo que permite que la acumulación en el mundo dependiente se sustente en la sobreexplotación o explotación redoblada en la tesis de Marini, *op. cit.* Lo anterior no niega que se constituya un mercado interno dinámico, resultado de la demanda de quienes viven de plusvalía y renta y de altos salarios.

jornadas futuras, con lo cual acorta la vida útil del productor, o depreda su fuerza de trabajo al ser prematuramente agotada.

Frente a la solución lograda con la productividad, el problema es que para elevarla se requiere incrementar en términos absolutos y relativos los gastos en capital constante, en desmedro del capital variable, el cual puede crecer en términos absolutos pero disminuir en términos relativos, con lo cual se establecen las coordenadas para la producción de la superpoblación relativa, población que al quedar excluida o bien integrada débilmente a la producción, tiende a quedar excluida del mercado o integrada a su vez débilmente al mismo. Las tendencias a la expansión del mercado se topan así con su correlato que lo estrechan.

En su despliegue histórico, en tanto sistema mundial capitalista, el capital ha logrado atemperar este conflicto por la vía de la transferencia de valor de las economías dependientes a las economías del mundo central, permitiendo ofrecer un potencial de consumo a los trabajadores del centro que va más allá que el que proviene de la simple elevación de la productividad.[19] Pero sólo atempera ese conflicto, no lo soluciona y, en segundo lugar, ello ha propiciado modalidades de reproducción capitalista en el mundo dependiente en donde el consumo de la población trabajadora ha quedado estructuralmente reducido, al sostenerse dicha reproducción en la explotación redoblada o sobreexplotación. Con ello, nuevamente, lo que el capital ensancha en un lado lo termina de reducir en otro, ahora considerando como unidad el sistema mundial capitalista.

La expansión del trabajo excedente por la elevación de la productividad, que permite la apropiación de plusvalía extraordinaria en medio de la competencia, pone al capital frente a los límites de su reproducción, ya que propicia una caída tendencial de la tasa de ganancia y el desencadenamiento de las crisis, al propiciar una disminución relativa de la plusvalía generada respecto al total del capital movilizado para su producción.

Las crisis se expresan de muy diversos modos, según el punto del ciclo de reproducción del capital que observemos. Así ten-

---

19. Que ello sea así de ninguna manera significa que los trabajadores del mundo central explotan a los trabajadores del mundo dependiente o periférico. Es el capital el que se apropia de trabajo ajeno. Y crea condiciones de existencia a los trabajadores del mundo imperial que van más allá de la propia explotación de la cual son objeto.

dremos una *crisis de sobreproducción de capital*, que no es más que un exceso relativo de capitales (exceso con relación a la tasa de ganancia); *crisis de sobreproducción de mercancías*, en tanto se producen muchas más mercancías que las que el mercado (creado por el capital) puede realizar; o *crisis de subconsumo*, si consideramos que son las constricciones que el capital establece para la expansión del mercado y en particular del consumo de los trabajadores el elemento que obstaculiza la realización.[20]

Las crisis ponen de manifiesto la negatividad que atraviesa la esencia del capital. Porque *tenemos un exceso (relativo) de capitales por las misma causas que provocan la presencia de manera simultánea de un exceso de población,* desempleada o subempleada, esto es, capitales que no serán invertidos a pesar de que existe una masa de fuerza de trabajo disponible, la superpoblación relativa. Pero también tenemos una *sobreproducción de mercancías por las mismas tendencias que propician que grandes franjas de población no cuenten con condiciones para resolver sus necesidades básicas.*[21]

Todo esto obedece a que hablamos de una organización en donde el capital sólo invertirá productivamente mientras considere que alcanzará ganancias, y en donde para acceder a determinado bien es necesario contar con dinero para tal fin. En pocas palabras, *hay superproducción de capitales con relación a la tasa de ganancia,* que ha declinado, y *hay superproducción de mercancías frente al mercado que el capital crea, no frente a las necesidades de la sociedad en general.*[22]

Como hemos visto, el capital crea mercado, pero lo hace sobre la base de dejar fuera del mismo, o en posiciones tangencia-

---

20. El tema de las crisis capitalistas y sus diversas manifestaciones lo hemos abordado en Jaime Osorio, *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia,* Miguel Ángel Porrúa-UAZ, México, 2004, cap. II, punto «Patrón de reproducción y crisis», pp. 65-71.

21. Estos problemas los analiza Marx en *El capital, op. cit.*, t. 3, cap. XV, en particular en los puntos 2 y 3.

22. La capacidad de consumo de la sociedad «no se halla determinada ni por la capacidad productiva absoluta ni por la capacidad absoluta de consumo, sino por la capacidad de consumo a base de las *condiciones antagónicas de distribución que reducen el consumo de la gran masa de la sociedad a un mínimo susceptible sólo de variación dentro de límites muy estrechos*». Porque «cuanto más se desarrolla la capacidad productiva, más choca con la *angosta base sobre la que descansan las condiciones del consumo*». K. Marx, *El capital,* t. 3, *op. cit.*, p. 243 (subrayados JO).

les, a una masa significativa de población trabajadora, a la cual excluye del consumo, al lanzarla al desempleo crónico o temporal.

Iguales efectos provoca la contención de los salarios y mucho más si éstos alcanzan a expresarse en remuneraciones que se mueven por debajo del valor de la fuerza de trabajo, la explotación redoblada. A pesar de contar con empleo, esta población tendrá un acceso reducido, cuando no marginal, al mercado. Esta tendencia, predominante en las economías dependientes, en las décadas neoliberales de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, también se extendió al mundo imperialista y central, en la búsqueda de recuperar la desfalleciente tasa de ganancia, por lo que en el sistema capitalista se asiste a la paradójica situación de que la pobreza dejó de ser sinónimo de desempleo. Ahora se puede contar con empleo y sin embargo ubicarse en la franja de la pobreza.

Como puede apreciarse, en la naturaleza misma de la valorización operan mecanismos que expulsan del empleo y del consumo a franjas importantes de la población. La exclusión del trabajo y del consumo de sectores de la población, en este orden social, no obedece a un papel externo de dicha población con los movimientos del capital. Por el contrario, es su inclusión en las redes de la valorización lo que explica dicha situación.

Ello desmiente de suyo la tesis que es la ausencia de capitales o la debilidad de las inversiones la causa de aquellos procesos, particularmente en el mundo subdesarrollado y dependiente.[23] Esa tesis pudo tener algún grado de verdad en el siglo XIX y en algunas décadas iniciales del siglo XX. Pero desde mediados de ese siglo en adelante es la marcha de la acumulación de capitales la responsable de esa exclusión.

La comunidad ilusoria o la exclusión de la comunidad[24]

Así como en el campo económico el capital y su lógica de valorización propicia modalidades de inclusión excluyentes, en el campo político opera en igual dirección, provocando una

23. Tesis que subyace en los llamamientos de gobiernos y organismos internacionales y empresariales locales en América Latina a atraer capitales, y a cualquier precio.

24. El tema lo hemos desarrollado más ampliamente en el segundo capítulo de este libro. Aquí enfatizaremos la condición de «exclusión» que opera en la política.

aritmética de «la cuenta de los que no cuentan», o de «la parte de los que no tienen parte», al decir de Rancière.[25] Veamos algunas de sus modalidades.

El Estado capitalista presenta la particularidad de aparecer como la representación soberana del conjunto de la comunidad. Su cristalización alcanza forma en la autonomía de la política que reclama el capital, y su ruptura con la economía, para hacer efectiva «la necesaria presencia como no-económico de lo político para que lo económico se pueda presentar como no-político».[26]

Desde dicha ruptura el mito contractualista, en sus diferentes versiones, alimenta aquella forma de representación: la del pacto entre iguales que termina dando vida al Estado de todos, árbitro supremo que velará por el bien de los miembros de la sociedad.

Pero dicho imaginario sólo puede sostenerse en tanto se asume la ruptura anterior. Bastará pensar la política articulada a la economía para que la igualdad se desvanezca, mostrando por el contrario la enorme fractura sobre la que se sostiene la vida en común: el reino de la desigualdad y del poder.[27] La política sobre estas condiciones es el espacio de una sutura imposible, que alcanza sin embargo grados diversos de posibilidad, de cohesión y de legitimidad.

La comunidad estatal no es más que una comunidad ilusoria. El Estado es exactamente su reverso obsceno, en tanto condensación de las relaciones de dominio y explotación que fundamentan el orden societal, el universal de una parte social (los dominantes) que desde sus propios intereses y con grados variados de coerción y de consenso, impone al resto (los dominados) su verdad y sus proyectos.

La noción de ciudadanía constituye la cristalización más acabada de la ruptura entre la política y la economía, y de la representación de lo estatal como el espacio condensado de todos.[28] Su

---

25. Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.

26. Gerardo Ávalos, «El despliegue político del capital», en el libro de Gerardo Ávalos y Joachim Hirsch, *La política del capital*, UAM-Xochimilco, México, 2007, cap. II, p. 57.

27. «¿Cómo es que la igualdad consiste en igualdad y desigualdad?», se pregunta Jacques Rancière, para señalar que allí se encuentra «el aprieto propio de la política, por lo cual ésta se convierte en un aprieto para la filosofía, un objeto de la filosofía». *Op. cit.*, p. 8.

28. La ciudadanía, a su vez, cumple en la política (como el individuo libre en el mercado, en la esfera económica) con la tarea de ocultar la ruptura de las

expresión igualitaria (cada cabeza un voto) y de suprema intervención de los individuos en el quehacer político constituyen la expresión de lo negado, la desigualdad y la despolitización como lo verdaderamente incluido, pero como negación.

El inmigrante y su doble exclusión

El trabajador inmigrante pone al desnudo el proceso de exclusión económica y política constitutivo al orden del capital. Sujetos expulsados de sus tierras de origen por falta de trabajo, precario consumo, en una vida que no alcanza condiciones mínimas de supervivencia digna, y que se arriesgan al éxodo para alcanzar nuevas tierras que prometen lo negado. La exclusión por inclusión alcanza niveles sociales extremos, convirtiéndose en una fuerza que dispone a los inmigrantes a afrontar toda clase de peligros naturales y sociales, instalando sus vidas en un masivo sacrificio no religioso, una vida doblemente puesta en entredicho, en donde no es extraño que sucumban apenas en la travesía.

Si logran alcanzar su destino, los inmigrantes son sometidos a vergonzantes condiciones de vida y de explotación redoblada, azuzadas por su condición de verdaderos animales perseguidos, poniendo de manifiesto que sus vidas han quedado ubicadas en el lugar político de los que no cuentan. La universalidad de los derechos humanos, en su caso, queda suspendida y sólo es vigente, al menos en la letra, para quienes alcanzan la condición de ciudadanos. Nos encontramos así ya no con la comunidad de los *humanos con derechos*, sino con la franja de la comunidad de los *ciudadanos con derechos*, de la cual el resto queda excluido.

Lo anterior es una manifestación de la contradicción referida al despliegue del capital: su vocación planetaria, en tanto sistema mundial, pero asentada sobre el suelo de Estados nacionales territorialmente acotados, base indispensable para su reproducción. Esa contradicción, que se encuentra en el centro de los conflictos emanados de la competencia entre capitales «nacionales» en el sistema mundial, se expresa en el plano político en-

---

relaciones sociales que constituyen a los sujetos en la vida social. El individuo emerge de este modo como soberano, que elige y decide en el mercado y en la política sin más restricciones que su buena o mala razón. Las teorías neoclásicas y la *rational choice* encuentran aquí sustento para sus formulaciones.

tre la universalidad de los derechos humanos y su suspensión frente a la determinación de quiénes son ciudadanos. Es la ciudadanía el paso necesario para ungirse de aquéllos.[29] El sin-papeles se convierte así en una figura jurídica ubicada en un limbo: humanos sin los derechos establecidos para tal condición, pero tampoco no-humanos, ya que ello significaría instalarlos en la condición de cualquier otro animal.

Conclusiones

En el actual orden social, la llamada exclusión no es sino una forma de la inclusión de agrupamientos humanos en los procesos que desata el despliegue y la lógica del capital. Abandonar las relaciones que caracterizan a éste nos deja desarmados para dar cuenta de los problemas que afrontan aquellos estudios.

En general, el capital asume la exclusión desde la ajenidad: es resultado de procesos que no le pertenecen. Sus políticas se orientarán a incluir lo que de suyo le pertenece y ya se encuentra incluido. En cualquiera de las manifestaciones que aquí hemos considerado, la exclusión no es sino la cara de una existencia inscrita en la lógica del capital.

En la sociedad construida por el capital es el trabajador el moderno *Homo sacer*, aquel cuya vida quien quiera puede arrebatarla sin ser considerado homicida.[30] Es la propia vida, como exclusión, lo verdaderamente incluido en el reino del capital y lo que se encuentra en juego. Éste constituye un peldaño elemental para comprender la barbarie inscrita en cualquier modalidad de exclusión económica, política, social, en el actual orden societal.

29. A ello se refiere la frase: «los derechos de los ingleses están por encima de los derechos humanos», formulada por Benjamin Disraeli, quien desde su cargo de primer ministro jugó un papel destacado en el expansionismo del imperio británico en el último cuarto del siglo XIX.

30. Corresponde a una figura del derecho romano arcaico que está excluida del derecho divino y también del derecho de los hombres. Véase de Giorgio Agamben, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia, 1998, 1.ª reimpresión, 2003.

VI

ACERCA DE LA POBREZA

> Esta ley [que mantiene siempre la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la intensidad de la acumulación] determina una *acumulación de miseria* equivalente a la *acumulación de capital*.
>
> KARL MARX, *El capital*, t. 1, p. 547

Los límites de la pobreza

La primera dificultad que afrontan los análisis que arrancan desde la categoría pobreza (o desde «los pobres»), al igual que desde la riqueza (o «los ricos»), es que éstas se ubican en un ámbito teórico, particularmente las teorías de la estratificación social, en donde se constata la presencia de grupos humanos que se diferencian entre sí por ingresos, niveles educativos, niveles de consumo u otros,[1] pero que nada nos dicen de las relaciones sociales en las que estos grupos se encuentran adscritos y que los constituyen como sujetos sociales.

Los estratos conformados, que pueden ser tantos como el criterio del investigador lo determine, operan como entidades independientes entre sí en el sentido duro del término. La riqueza de unos nada tiene que ver con la pobreza de otros y viceversa.

No hay relación y cada estrato se explica en sí mismo según cómo forma parte cuantitativamente de algunas variables comunes.

Confrontado con el análisis de clases sociales quedan más claras las limitaciones de este tipo de enfoque, ya que éstas se definen

1. Una lúcida exposición crítica de las teorías de la estratificación se encuentra en N. Laurin-Frenette, *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa*, Siglo XXI Editores, España, 1976.

en las relaciones que establecen, particularmente en términos de explotación y dominio. Y son esas relaciones las que definen además la forma o el modo de apropiación de la riqueza social.

La burguesía constituye un agrupamiento humano que se apropia de la riqueza social bajo la forma de plusvalía. La propia categoría de plusvalía —en tanto trabajo excedente no remunerado que asume la forma de dinero—, remite necesariamente a otro agrupamiento humano, aquel que produjo ese trabajo excedente y del que fue expropiado. La categoría salario, a su vez, da cuenta de agrupamientos humanos libres que venden su capacidad de trabajo, que puestos a trabajar generan un plusvalor del cual son expropiados sin violencia ni sujeción política visible.

Como puede apreciarse, la suerte social de unos agrupamientos tiene consecuencias en la suerte social de otros. Están en relación, no son independientes, por lo que no se explican más que en esa relación y en las consecuencias que de allí se generan.

Otro serio problema de las nociones de pobreza (y riqueza) es que al relegar las relaciones sociales que las provocan, impiden desentrañar los núcleos de organización de la vida social. No tenemos idea de dónde provienen la pobreza y la riqueza[2] porque estas nociones no nos ayudan a explicar cómo se organiza la vida societal.

Las formas como es apropiada la riqueza social, sean plusvalía, salario, renta, apropiación mercantil simple, nos remiten a la organización de la sociedad. La plusvalía supone una relación social en donde ciertos agrupamientos humanos concentran el monopolio de los medios de vida y de subsistencia, y otros, despojados de los mismos, venderán su capacidad de trabajo como forma de supervivencia. Más aún, la noción plusvalía supone una economía mercantil desarrollada en donde se ha generalizado el intercambio.

Pero no es todo. A diferencia del señor feudal, al capitalista no le importa acumular valores de uso, como la parte de la cosecha que los siervos le entregan y que guardará en sus bodegas. Necesita que el plustrabajo se convierta en dinero para que la producción y la reproducción sobre estas bases puedan llevarse a cabo y proseguir. Por el contrario, de quedar embodegado el trabajo excedente bajo la forma de valores de uso (autos, móviles o pantalones) tendríamos una crisis en esta organización societal.

---

2. Salvo que asumamos *a priori* que la riqueza queda en manos de los más talentosos, capacitados o esforzados, y que la pobreza se reparte entre los que carecen de estas cualidades.

Desde el análisis de una categoría, en este caso plusvalía, ya hemos alcanzado una enorme cantidad de información que nos permite comprender la forma como la sociedad se organiza y algunas de sus principales contradicciones, asunto que ni la más fina o sofisticada teoría de la estratificación nos ayudará a acercarnos y mucho menos a comprender.

Dentro de las clases sociales es factible distinguir fracciones y sectores.[3] Las primeras se definen por el lugar que ocupan en la reproducción del capital y/o en el sistema de dominación: por ejemplo, burguesía *financiera*, proletariado *industrial*, pequeña burguesía *no propietaria funcionaria*. Los segundos, por la magnitud de los medios de producción que poseen o por la magnitud de apropiación de la riqueza social. Por ejemplo, *gran* capital comercial, proletariado agrícola con bajos *salarios*, terratenientes *medianos*.

La noción de sectores de clase es la que más se aproxima a las propuestas de la estratificación. Pero *los sectores de clase se establecen en el cuadro de una teoría de clases*, con determinaciones como las arriba señaladas, por lo que no es en estricto sentido simple estratificación lo que los define.

No es un accidente dejar de lado las relaciones sociales en el análisis, ya que despolitiza la reflexión y desarma la inteligibilidad del mundo social. Por ello no es casual el enorme interés de organismos internacionales como el Banco Mundial (uno de los principales auspiciadores de las políticas neoliberales en los años ochenta y noventa pasados), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, amén de la CEPAL y el Banco Interamericano de Desarrollo, por desarrollar estudios sobre la pobreza, los que se multiplican con la misma intensidad con que avanza la función depredadora del capital bajo la impronta neoliberal que muchos de ellos impulsan.

Lo señalado hasta aquí busca poner de manifiesto los límites de la noción de pobreza en general, lo que no implica desconocer los esfuerzos teóricos y metodológicos por romper con su matriz epistémica en diversos autores y corrientes. Es en ese esfuerzo que pretende ubicarse la reflexión que sigue.

---

3. En Jaime Osorio, *Fundamentos del análisis social, la realidad social y su conocimiento*, Fondo de Cultura Económica-UAM, 2001, cap. VI, se encuentra una propuesta de análisis de las clases y de las nociones de fracciones y sectores.

Razones de la pobreza y la desigualdad en el mundo del capital

Es posible que en la historia humana, hasta nuestros días, siempre haya habido pobreza. El asunto clave, sin embargo, es que las razones de su gestación no son las mismas ni obedecen a los mismos procesos en diferentes organizaciones societales. El análisis debe explicar las especificidades que la pobreza presenta en las diversas formas de organización, lo que nos permite historizar los factores que la desencadenan. De lo contrario se la termina asumiendo como un fenómeno *natural*, que no social, inherente a toda forma de vida en sociedad.

Es en la lógica del capital en donde se encuentran las claves para desentrañar la pobreza en una sociedad regida por la dinámica del valor que se valoriza. A modo de recordatorio de temas ampliamente conocidos señalemos algunos aspectos relevantes de esa lógica, en un cuadro en donde el grueso de la población se encuentra desnuda de medios de vida y de producción y, por ello, debe vender su capacidad de trabajo a núcleos sociales reducidos que monopolizan dichos medios.[4]

Una vez que termina la jornada de trabajo organizada sobre individuos que contratan libremente la compra y venta de la fuerza de trabajo, respetando el intercambio de equivalentes, se produce un hecho paradójico: el vendedor sale del espacio de trabajo con un monto de dinero que le permitirá hacerse con medios de vida para reponer las fuerzas desgastadas, en tanto el comprador obtiene no sólo el valor invertido sino un plus inexistente con anterioridad al trabajo mismo.

La producción se encarga de reproducir al trabajador en su desnudez, por lo que deberá volver a presentarse un día tras otro a vender sus capacidades físicas y espirituales para trabajar, y al sujeto que lanza dinero a la circulación con la finalidad de incrementarlo, por el plus apropiado, ahora con mayor poder de mando sobre más trabajo.

Para no morir en la competencia y apropiarse de una plusvalía extraordinaria, los capitales deben incrementar la productividad, elevando de manera recurrente los gastos en capital

4. Temas que se encuentran ampliamente desarrollados en el primer y tercer tomo de *El capital* de Carlos Marx, Fondo de Cultura Económica, México, 7.ª reimpresión, 1973.

constante en desmedro del capital variable, por lo que el incremento del capital global por el plus regularmente adicionado no implica un incremento del empleo en iguales dimensiones, particularmente en un mundo en donde la mayor productividad no lleva a una reducción en la jornada.

En la propia lógica del capital entonces se disparan mecanismos que propician la creación de población excedente respecto a la demanda de trabajadores que va estableciendo el capital. Esto se potencia aún más cuando los adelantos tecnológicos y organizativos para elevar la productividad son empleados para elevar ritmos de trabajo y alcanzar mayores desgastes de los productores en las mismas unidades de tiempo, esto es, intensificando el trabajo, o bien cuando el capital prolonga la jornada de los trabajadores ya contratados.

De esta forma comienza a reproducirse un círculo en donde la mayor explotación de los trabajadores activos acentúa las tendencias a generar una masa creciente de trabajadores semiactivos o inactivos, que se convierten a su vez en un factor de presión que el capital emplea para obtener más trabajo de los activos. Los *tormentos del trabajo* de una parte de la población trabajadora favorecen los *tormentos de pobreza y miseria* de otra parte de la población obrera. La suerte de unos y de otros queda estrechamente vinculada.

Redefiniciones en el capitalismo dependiente

Pero si éstas son las tendencias presentes en cualquier economía capitalista, ellas se redefinen cuando hablamos de economías dependientes, como las latinoamericanas. Podríamos afirmar que en ellas la capacidad del capital mundial y local de crear población excedente y miseria se potencia.

Ello es resultado de su particular inserción en el mercado mundial como economías exportadoras de materias primas y alimentos en un primer momento (siglo XIX),[5] lo que propició la agudización del conflicto general del capital frente a los trabajadores en tanto productores y consumidores. Si el campo de realización de la plusvalía (el mercado en donde se produce la conver-

5. Momento en donde la mayoría de las economías de la zona ya son naciones formalmente independientes.

sión de las mercancías en dinero) se encontraba en el siglo XIX básicamente en Europa y hacia el final en Estados Unidos, el capital local pudo impulsar y mantener formas de explotación que presionaran sobre los *salarios*, ubicándose tendencialmente *por debajo del valor de la fuerza de trabajo*. Al fin, los trabajadores locales contaban poco en dicha realización.

Esto servía a su vez al capital local como mecanismo de compensación frente a la *transferencia de valor* que se producía en el comercio internacional, sea por el deterioro en los términos de intercambio señalado por la CEPAL, o en términos más generales, por el intercambio desigual propiciado por la condición monopólica sobre conocimientos y técnicas para producir bienes industriales que mantenían las economías imperiales, lo que les permitía fijar precios sobre sus productos de exportación por encima del valor real.

Esta tendencia a la sobreexplotación, en los términos señalados por Marini,[6] atraviesa toda la historia regional hasta nuestros día, apenas morigerada por cortos periodos en donde se produjeron elevaciones salariales, particularmente entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX en núcleos de obreros industriales, en pleno auge de las etapas de maduración del patrón de industrialización en las economías de mayor desarrollo relativo, como Brasil, México y Argentina.[7]

Un régimen de acumulación que agudiza la tendencia a poner la vida de los trabajadores en entredicho sólo puede operar sobre la base de contar con una abundante mano de obra y de población excedente.[8] Y el capitalismo dependiente las genera con creces. Si inicialmente fueron necesarias masivas importaciones de mano de obra, particularmente de África, bajo regímenes de esclavitud o semiesclavitud, hoy la propia acumulación se encarga de estas tareas. La industrialización latinoamericana no conoció un periodo de competencia y expansión de empresas. Por el contrario, en la región se asistió a una temprana monopolización y al consiguiente control por unos cuantos capitales de ramas y sectores desde los años cincuenta del siglo pasa-

6. En *Dialéctica de la dependencia*, Serie popular ERA, México, 1973.

7. Pero que implicó en muchas ocasiones una agudización de la explotación de la población campesina y la transferencia de valor de la producción agrícola a la producción industrial.

8. Cada modo de producción genera leyes de población adecuadas a sus necesidades, señala Marx.

do, como resultado de la alianza establecida en esos años entre el capital local industrial y el capital extranjero.

La concentración de actividades impidió una expansión del empleo industrial. En igual dirección operó el brusco ingreso de máquinas y herramientas ahorradoras de trabajo importadas, que en la lógica del capital terminan convirtiéndose en ahorradoras de mano de obra, provenientes de economías con una elevada composición orgánica del capital. La industria encontró en estos elementos un obstáculo serio para convertirse en un sector altamente demandante de trabajadores.

Sin embargo, las ilusiones de empleo alcanzaron a amplios sectores populares del campo, sometidos a brutales condiciones de subsistencia y despojo, sea por la concentración de la propiedad de la tierra, o por la propiedad sobre tierras improductivas, que iniciaron desde mediados del siglo pasado masivas migraciones a las grandes ciudades de la región. De esta forma la pobreza se hizo presente en forma significativa en las grandes urbes de la zona, concentrándose inicialmente en la periferia de las mismas, para irse adentrando en años posteriores.

Las tensiones que llevan a redoblar la explotación se agudizan en las últimas décadas del siglo XX y a inicios del siglo XXI, en tanto el nuevo patrón exportador de especialización productiva y las políticas neoliberales ganaron fuerza al compás del discurso del mundo global y de una nueva reinserción en el mercado mundial, perdiendo significación el mercado local conformado por los salarios y el consumo de los trabajadores. La brusca baja salarial en ese tiempo en la región, y el incremento de la pobreza, encuentran aquí otra vertiente de explicación.

Las décadas de políticas neoliberales no han sino acrecentado las tendencias generadoras de un inmenso polo de la miseria, al compás que crece y se fortalece el restringido pero poderoso polo de la riqueza en la región. Aunque las políticas focalizadas frente a la pobreza extrema alcanzaron algunos resultados, al igual que cierta recuperación del empleo y el consumo, nada de esto ha impedido que la brecha entre los deciles y quintiles más ricos haya ampliado su distancia de los deciles y quintiles más pobres. Las sociedades latinoamericanas han asistido así a la profundización de las fracturas sociales históricas que el capital ha creado en su despliegue en la región. No es casual entonces que América Latina sea hoy la región con los mayores niveles de desigualdad so-

cial, y no exactamente por una simple concentración de ingresos sobre la base de una elevación general de los niveles de vida. La expansión de la acumulación ha generado enormes niveles de riqueza sobre una contracara de elevadas y extendidas carencias.

Las cadenas productivas globales

América Latina no quedó ajena a la tendencia general al descenso de la tasa de ganancia que recorrió el sistema capitalista desde finales de los años sesenta del siglo XX, tendencia que buscó ser aminorada con grandes innovaciones tecnológicas en la microelectrónica, la biotecnología, nuevos materiales y otros terrenos, así como con una reorganización global de la producción sobre la base de cadenas productivas que atraviesan el planeta,[9] con casas matrices que se alojan en el mundo central aunque algunos de sus segmentos alcanzan hasta el trabajo domiciliario en remotos poblados y comunidades del mundo dependiente.[10]

Dichas cadenas productivas globales han alentado a su vez una suerte de cadena de subcontrataciones, en donde a cada descenso de los eslabones los trabajadores pierden derechos y condiciones de vida, propiciando una nueva situación paradójica: ya no es el desempleo el único factor generador de pobreza como ocurría hasta los años setenta del siglo XX. Ahora el empleo también la alimenta como resultado del deterioro salarial, la falta de contratos y la pérdida de derechos sociales y laborales alentados por tales cadenas, lo que en la sociología tradicional ha sido englobado bajo el término «precariedad laboral».[11]

---

9. Véase de Gary Gereffi, «Las cadenas productivas como marco analítico para la globalización», *Problemas del Desarrollo* n.º 125, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, abril-junio de 2001.

10. Para una crítica de la visión desarrollista de las cadenas globales y su incidencia en las economías dependientes, veáse de Jaime Osorio, *Explotación redoblada y actualidad de la revolución,* Itaca-UAM, México, 2009, cap. IX.

11. Las nociones empleadas, como la mencionada, tienen la fuerza de desnudar temas, en este caso el empleo, como algo inestable, poco seguro. La ideología pareciera no ocultar nada y mostrar ciertos procesos en toda su crudeza. Pero termina siendo una nimiedad la crudeza de referirse al empleo como «precario» cuando es la vida misma de los trabajadores la que se encuentra «precarizada» y puesta en entredicho. Sobre estos problemas remito al capítulo IV de este libro.

Si algo se ha democratizado en los tiempos de mundialización capitalista ha sido la pobreza y el sometimiento creciente de poblaciones y territorios al poder y la sujeción del capital. Su despliegue por los más apartados rincones del planeta ha agudizado su tendencia al despojo, la expropiación, a poner la vida en entredicho y a la expansión de la barbarie, que camina de la mano de sus cada vez más limitados efectos sociales civilizatorios.

La pobreza: ¿insuficiencia de capitalismo?

En el análisis que realizamos es necesario distinguir una pobreza que proviene del insuficiente desarrollo económico, de aquella otra que es resultado de dicho desarrollo.

Esta distinción reclama la mayor atención cuando hablamos de pobreza en el capitalismo dependiente porque, por lo general, se da por supuesto —casi como una premisa que no admite discusión— que si algo caracteriza a América Latina es su insuficiente desarrollo,[12] por lo que allí residirían las causas de la pobreza de la región.

El problema es que la reproducción del capital en el mundo dependiente puede generar crecimiento, pero no desarrollo, si por tal entendemos una ecuación que conjugue crecimiento con equidad, al decir de Fajnzylber, razón por la cual dicha ecuación sigue constituyendo un «casillero vacío» en la historia y experiencia regional.[13]

Al no entender las razones internas que propician esta situación, en muchos análisis y en la definición de políticas se proponen reformas y cambios estructurales que provocarán desarrollo, y como éste no termina por presentarse, la conclusión a la que se llega es que faltan nuevas reformas y nuevos cambios

12. Con toda la larga lista de «tareas pendientes» que lo limitan o no lo detonan, como acostumbran a señalar los recetarios neoliberales y neoestructurales en la materia: mayores inversiones, impulso al núcleo endógeno, mayor gasto en innovación tecnológica, en educación, salarios remuneradores, empresarios schumpeterianos, Estados incorruptos, transparencia, y agréguese lo que se quiera. Así, los recetarios terminan eruditamente en el punto exacto en donde debieran comenzar: ¿por qué en América Latina no se dan aquellos procesos que en otras latitudes detonaron el desarrollo?

13. Fernando Fajnzylber, *Industrialización en América Latina: de la «caja negra» al «casillero vacío»*, Cuadernos de CEPAL n.º 60, Santiago de Chile, 1989.

estructurales. Nunca se pone en duda que el diagnóstico está equivocado. Un limón producirá limones y por más abono que se le ponga y podas que se le realicen no producirá manzanas. El capitalismo dependiente no es el capitalismo central o imperial y uno y otro no se explican en sí mismos, sino en su relación.[14] Esta simple, pero compleja realidad, no aparece en los manuales del desarrollo en boga.

Una gran transformación

Desde esa ceguera intelectual y teórica no se ve que *en las últimas dos décadas del siglo XX y la que llevamos del siglo XXI América Latina ha asistido a una gran transformación capitalista*, quizá las más profunda y prolongada en su historia desde los procesos de independencia. Los vínculos con el mercado mundial, los acuerdos comerciales con otras zonas y economías, la apertura y movilidad de capitales, el campo de las comunicaciones, la infraestructura en carreteras, puertos y aeropuertos para lanzar y recibir mercancías, el auge y la movilidad del capital financiero, la estructura productiva local cada vez más vinculada a las grandes cadenas productivas globales, la organización del trabajo «flexible» y la masiva capacitación de la mano de obra, por mencionar algunos grandes tópicos, han sido profundamente remecidos en este tiempo. Y a pesar de tan profundas y extensas transformaciones, o más bien, como resultado de las mismas, la pobreza se ha multiplicado alcanzando niveles nunca antes vistos en la región.

La pobreza actual no es resultado entonces de un capitalismo inmaduro. Por el contrario, es el producto genuino de la madurez de un capitalismo específico, el dependiente.[15] No es la falta de reformas la que la ha propiciado, junto a otros problemas como la creciente brecha entre ricos y pobres. Todo ello ha sido el resultado de dichas transformaciones.

---

14. Tal como los formularon las primeras generaciones de intelectuales latinoamericanos que se ocuparon de estos temas: el desarrollo y el subdesarrollo son las dos caras de una misma moneda, la expansión y despliegue del capitalismo como sistema mundial. Es en ese horizonte donde uno y otro se hacen inteligibles.

15. Sobre el tema, véase de Jaime Osorio *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*, *op. cit.*

La crisis actual

Ni la reestructuración global que dio forma a cadenas productivas con segmentaciones a lo largo y ancho del planeta, ni las nuevas tecnologías aplicadas a la producción y circulación, ni las diversas burbujas en el ámbito de las empresas puntocom en los noventa y la inmobiliaria y de capital especulativo en la primera década del siglo actual pudieron impedir que la caída de la tasa de ganancia terminara por desatar la actual crisis largamente anunciada. Fue la explosión de esa última burbuja la que terminó por detonarla poniendo de manifiesto una masa cuantiosa de capital ficticio que afectó no sólo a los ámbitos financiero-especulativos sino al conjunto de la economía.[16]

Al explosionar la crisis en medio del ordenamiento económico construido en las últimas décadas, léase la división internacional del trabajo en donde América Latina aparecía abasteciendo de materias primas y alimentos, además de asumir segmentos de ensamble y maquila de bienes industriales orientados principalmente para el mercado mundial, la reproducción del capital local, y la política monetarista que acompañó la puesta en marcha de esa reestructuración global, el capital se encuentra en medio de una gran desorientación e incertidumbre, sin tener claro los ejes ni la modalidad sobre los cuales asentar una nueva onda expansiva.

En lo que aquí nos interesa, la actual crisis desata nuevos procesos constitutivos de pobreza: quiebras en todos los sectores de la producción, cierre de empresas, caída de las inversiones, brusca reducción de la demanda, desempleo creciente, elevación de las tasas de explotación, reducción de salarios, procesos que alcanzan también a las economías del mundo central con particular fuerza. A la lucha que se desata en el seno de las clases dominantes sobre quienes recaerá el mayor peso de la crisis, se agrega la lucha del capital general por descargar sobre la población trabajadora los costos de la misma.

Con la justificación que hay que salvar empleos o bien que se debe impedir la quiebra del sector financiero, ya que ello terminaría afectando a todos, los Estados concentran sus medidas de apo-

16. Walden Bello, *Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo*, en www.voltairenet.org/article158236.html, consultado el 26 de marzo de 2009.

yo hacia el mundo del capital, destinando recursos menores para el mundo del trabajo y dejando aún más relegadas las políticas y programas para amortiguar la pobreza. Al contrario, empobrecer aparece como un horizonte necesario en el discurso oficial para sortear el temporal, en clave de que el diluvio será de corta duración.

Nada bueno puede esperarse en la materia si una de las condiciones para solventar las crisis capitalistas pasa por un incremento de la explotación en general, y de la explotación redoblada en particular.[17] Mucho menos cuando se afronta una crisis cuya dimensión sólo tiene como punto de comparación la de los años treinta del siglo XX.

Aun dando por buenos los cálculos que señalan que ya se avizoran signos de que la caída de la economía en general tocará fondo pronto, el empleo y los salarios serán de las últimas variables que lograrán recuperación.

Por qué estudiar la pobreza

No es un problema menor preguntarse por qué determinados temas se convierten en asuntos centrales de preocupación en las ciencias sociales, y mucho más cuando esos temas atraviesan diversas disciplinas, como acontece con el fenómeno de la pobreza.

Economistas, sociólogos, científicos políticos y antropólogos, mayoritariamente, han confluido en reflexionar y, en ciertos casos, definir políticas para hacer frente a la pobreza. ¿Por qué tanta atención y tantos esfuerzos? Es evidente que las cuestiones teóricas y la política contingente convergen en esta situación.

Lo primero que puede destacarse se refiere a la magnitud del problema. Las crisis de los años ochenta, la década «perdida» en la formulación de organismos como el BID y la CEPAL, resultado en gran medida de las políticas de *shock* neoliberales reclamadas por el gran capital y sus voceros del FMI y el Banco Mundial, con sus aliados en los gobiernos locales, y la prosecución de reformas y privatizaciones en años posteriores, desataron tendencias de la acumulación que dispararon los índices de pobreza y miseria en América Latina. El escándalo de las cifras obligó a organismos internacionales (Banco Mundial, PNUD,

17. Carlos Marx, *El capital*, *op. cit.*, t. 3, cap. XIV.

BID, CEPAL, entre los principales) y a los gobiernos de la región a prestar atención y ofrecer propuestas de explicación, así como paquetes de medidas para hacer frente al menos a la pobreza extrema, o «a los más vulnerables».[18]

En medio del peso ganado por las vertientes teóricas monetaristas en lo económico y del *rational choice* en la ciencia política, el tema fue tratado de manera preponderante desde los supuestos epistémicos del individualismo metodológico, con escasas excepciones.

Junto a la mirada que privilegiaba las razones individuales, que en tanto sumatoria conformarían un problema social, el énfasis se concentró en el problema de la medición. El asunto no era banal. Primero porque según donde se colocara la vara, crecía o disminuía la pobreza.[19] Segundo, porque con ese indicador se ponía en juego la validez de los supuestos del chorreo formulados por la ortodoxia neoliberal: al crecer la economía crecerían a su vez las tendencias hacia la derrama de beneficios a mayores sectores sociales, temporalmente marginados de los mismos. No es innecesario señalar que la realidad se encargó de mostrar la falacia de tales supuestos. Si algún resultado se logró en reducir la pobreza y la indigencia fue por los tibios progra-

18. Otro ejemplo de las estrategias discursivas dominantes que las ciencias sociales han asumido sin mayores críticas.

19. Y la vara se mueve con bastante arbitrariedad. Se podía definir por ejemplo una cesta básica ajena a toda consideración histórica (estábamos a finales del siglo XX y no en la época de las cavernas) y para seres humanos (y no para animales de carga). Véase del Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial. La pobreza*, Washington, 1990. En dólares, para el Banco Mundial son pobres aquellos hogares que reciben un ingreso de 370 dólares al año, y extremadamente pobres los hogares que perciben a lo sumo 275 dólares anuales. Con razón señala Julio Boltvinik, las personas que cuentan con estos niveles de ingreso están técnicamente muertas. En «La pobreza: aspectos teóricos, metodológicos y empíricos», *Frontera Norte*, n.º I, vol. 6, México, pp. 46-47. Una línea de la pobreza extrema así definida deja de considerar «que los alimentos no pueden consumirse sin una preparación previa, para lo cual se necesitan cuando menos combustibles y unos cuantos utensilios de cocina; porque los alimentos no se consumen con las manos y directamente de la cacerola, se necesitan cuando menos unos cuantos utensilios para consumirlos; porque el presentarse desnudo en lugares públicos está penado por la ley en todos los países; y porque si no se paga el transporte es imposible llegar al trabajo, para mencionar sólo las contradicciones más obvias», como señala irónicamente Boltvinik. En Araceli Damián, *Cargando el ajuste: los pobres y el mercado de trabajo en México*, El Colegio de México, 2002, p. 97.

mas estatales para encarar el asunto. Y el supuesto chorreo terminó en un incremento de la desigualdad.[20]

Pero, en último término, para el planteamiento neoliberal la pobreza no es un problema económico, ya que considera que la desigualdad social es inherente a la naturaleza de la condición humana y del orden social, incluso con efectos benéficos para la competencia y la lucha que propicia, alimentado así el potencial del desarrollo.[21]

Las formas de medición de la pobreza se multiplicaron —desde el pensamiento neoliberal dominante hasta sectores con mayores o menores críticas al mismo— convirtiéndose en un terreno de agudas disputas, porque era mucho lo que estaba en juego.[22]

Las razones políticas

Desde un terreno político más general no debe olvidarse que la pobreza se extiende en la región en los mismos momentos en que se está produciendo un giro en los mecanismos de legitimidad del Estado latinoamericano. De gobiernos con alguna carga de políticas sociales hacia ciertos sectores de la población (algo

20. Con toda las reticencias sobre la vara que decide qué es y qué no es pobreza, en un estudio se señala que entre 1980 y 2000 «Chile es el país que registró los mejores resultados en términos de reducción sostenida de la pobreza», ya que esta pasó del 45 al 21 %. Sin embargo, se convirtió en «el segundo país más desigual de la región», por detrás de Brasil, en tiempos que sus tasas de crecimiento eran las más altas de la región. En Alejandro Portes, Bryan R. Roberts y Alejandro Grimson (coords,), *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*, UAZ-Miguel Ángel Porrúa, México, 2008, pp. 38-39.

21. Ya instalados en el siglo XXI el Banco Mundial aún afirma que «la mayoría de la gente estaría de acuerdo en que *una sociedad necesita cierto nivel de desigualdad para proporcionar incentivos al trabajo* y la inversión». En *Desigualdad en América Latina: ¿ruptura con la historia?*, Washington, 2004, p. 6 (subrayado JO).

22. Así se habla de Método de la Línea de la Pobreza (LP), Cesta Normativa Alimentaria (CNA), Método de las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), Método Integrado de Medición de la Pobreza (MIP) y Método de Medición Integrada de Pobreza (MMIP), con variantes en muchos casos formales y en otros sustanciales, incluso dentro de cada tipo de medición. Boltvinik y Enrique Hernández Laos, en México, han tratado extensamente estas mediciones, en trabajos que se pueden consultar en la bibliografía.

así como un remedo del *welfare state* a la medida del capitalismo dependiente), se buscará en el voto y en autoridades elegidas en consultas electorales legales —en reemplazo a los gobiernos autoritarios civiles y militares— un nuevo fundamento de legitimidad.

La primera modalidad reclamaba alianzas sociales de las clases dominantes con sectores de la pequeña burguesía funcionaria, sectores obreros y en algunos casos campesinos. Estas alianzas, en el cuadro político que establece el neoliberalismo y las nuevas formas de reproducción del capital, se convierten en gastos onerosos, lo que lleva a la reducción de las prestaciones sociales estatales, despidos de funcionarios y privatización de bienes públicos, bajo un discurso que justifica lo anterior desde la idea de la necesidad de un Estado eficiente, reducido y austero.

Bajo el juego de la nueva forma de legitimidad (legal-racional diría Weber) en donde los pobres también votan, era urgente establecer políticas para al menos en tiempos electorales conseguir su apoyo, por lo que los estudios y programas para morigerar o contener la pobreza —y la pobreza extrema en particular— se multiplicaron al calor de la necesidad de construir «mayorías volátiles» al decir de Torres Rivas, a fin de lograr una masa de votos suficientes para ganar elecciones, pero sin contar con sus depositantes —ahora ciudadanos— para gobernar.[23]

Desde otras perspectivas teóricas y políticas ajenas a la impronta neoliberal en boga en aquellos años, la pobreza constituye un tema relevante en tanto pone en discusión el problema del desarrollo y los modelos de desarrollo. El estructuralismo, el neoestructuralismo y el keynesianismo serán algunos de los principales animadores desde estas corrientes, que encuentran en las formulaciones del economista hindú Amartya Sen una poderosa fuente para sus formulaciones.[24]

En materia política son tiempos en que se discute sobre la ciudadanía, la sociedad civil, la democracia, la calidad de la democracia y particularmente sobre la gobernabilidad, por lo que el fenómeno de la pobreza reclamaba atención en esferas guber-

---

23. Edelberto Torres-Rivas, «La democracia latinoamericana en la fragua», en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, 1993.

24. De este autor puede verse *La calidad de vida*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, y «Sobre conceptos y medidas de la pobreza», *Comercio Exterior*, vol. 42, n.º 4, México, 1992.

namentales y académicas por tener una incidencia directa en los temas mencionados.

Desde el marxismo la pobreza constituye un tema relevante en tanto se le subsume en la teoría de la explotación y en las tendencias de la acumulación a generar un polo de miseria al mismo tiempo que se fortalece el polo de riqueza. Es desde aquí, por ejemplo, que en los años sesenta y setenta se discutió y criticó los estudios sobre la llamada marginalidad y en particular la noción de masa marginal.[25] A lo anterior debe agregarse el relegamiento del marxismo de los programas de estudio e investigación en la academia regional en esos años, así como la dificultad para desde sus propuestas definir políticas públicas para hacerle frente. Todo ello se conjugó para que el tema no reclamara mayor atención desde esta corriente teórica.

Conclusiones

Es difícil desconocer la importancia de los problemas y fenómenos sociales que se encuentran presentes en el tema pobreza. Sin embargo no todas las perspectivas teóricas ofrecen las mismas posibilidades para aproximarse a sus fundamentos.

Desde la mirada aquí privilegiada, inscribir los estudios de la pobreza en la lógica del capital y en las particularidades que despliega esa lógica en el capitalismo dependiente ofrece ventajas frente a su matriz inscrita en las teorías de la estratificación.

Desentrañar los tiempos y condiciones en que la pobreza pasó a ocupar un lugar destacado en la agenda de las ciencias sociales en la región constituye una tarea heurística necesaria a fin de comprender las razones de su significación en el quehacer académico y político y las formas predominantes en la reflexión sobre la misma.

---

25. Una buena síntesis de esos debates se encuentra en el libro de José Nun, *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001. Véase una crítica a la noción de masa marginal en el capítulo V de este libro.

VII

CONFLICTIVA RELACIÓN CON LA TECNOLOGÍA EN EL CAPITALISMO DEPENDIENTE

1. Si es verdad que el capitalismo ingresó en las últimas décadas en una etapa caracterizada por una mayor intensidad del conocimiento científico y tecnológico, tendremos que concluir que la brecha entre el mundo central y el mundo periférico se ha ensanchado en esta etapa, ante la concentración de conocimientos presente en las economías capitalistas imperiales y la persistencia en las economías dependientes en ubicar en un papel secundario los procesos de investigación tecnológica. Más allá de la certeza de ambas hipótesis me importa reflexionar en esta exposición sobre las *razones por las cuales América Latina presenta serios problemas, provenientes de la propia reproducción del capital, para generar economías en donde la búsqueda de conocimientos y de nuevas tecnologías se constituya en motor de crecimiento y de desarrollo*.

2. Lo anterior no significa subvalorar la significación de los nuevos conocimientos y las nuevas tecnologías en términos de sus repercusiones en el crecimiento y en el desarrollo en general.[1] Tampoco significa desconocer que entrados en el siglo XXI las economías latinoamericanas presentan un cuadro distinto a periodos anteriores; es decir, que se utilizan nuevos equipos, que la mano de obra presenta nuevos grados de calificación, que operan nuevas tecnologías en la producción de bienes tangibles e intangibles. Un problema es que todo ello

1. Lo que no implica desconocer las críticas sobre el tipo de desarrollo y sus costos sobre el medio ambiente y sobre los seres humanos que ha propiciado el afán desenfrenado de nuevas tecnologías y conocimientos en el paradigma dominante.

opera por transferencias de conocimientos desde regiones en donde se generan, y no como resultado de factores endógenos que actúen en esa dirección. Pero, más a fondo, que dichas tecnologías refuerzan su peso secundario en la reproducción del capital dependiente, privilegiando otros procesos, lo que limita a aquéllas en su capacidad de convertirse en dinamizadoras de nuevos conocimientos.

3. Es pertinente la reflexión propuesta si consideramos que al menos desde mediados del siglo XIX América Latina se encuentra fuertemente integrada en el mercado mundial bajo la fórmula de economías independientes y formalmente soberanas, por lo que tenemos un arco histórico suficientemente prolongado para hablar de tendencias, y no de procesos contingentes.

4. La emergencia de economías que parecieran romper con esta suerte de inercia frente al desarrollo de conocimientos y nuevas tecnologías, como es el caso de los tigres del sudeste asiático, y más recientemente China, no invalida el interrogante formulado, como señalan algunos analistas. Por de pronto, porque dichas rupturas se producen en regiones del sistema mundial ajenas a la región latinoamericana, que es la que nos preocupa. No intentamos ni pretendemos formular una respuesta sobre la persistencia del subdesarrollo y de la dependencia para todo el sistema mundial capitalista. En segundo lugar, porque en aquellas experiencias han operado factores relevantes, como un Estado fuerte, con proyectos nacionales de desarrollo, que en el caso latinoamericano, en las pocas experiencias en que ello se ha intentado construir, han debido enfrentarse a tendencias poderosas que les obstaculizan su curso y les cierran el paso, cuando no han sido truncados por la vía de rupturas del orden político. En alguna de estas variables pueden ubicarse experiencias como la del primer gobierno de Juan Domingo Perón en Argentina, Lázaro Cárdenas en México, Getulio Vargas en Brasil, la revolución cubana, y el gobierno de Salvador Allende en Chile, a los que podrían agregarse más recientemente los proyectos que encabezan Hugo Chávez en Venezuela y Evo Morales en Bolivia. Esas tendencias que obstruyen provienen tanto del capital local como del capital internacional, lo que pone de manifiesto ciertas especificidades del lugar de América Latina en el funciona-

miento general del capitalismo. Vale la pena recordar que el milagro coreano fue posible, además de por el Estado fuerte, por el cuantioso apoyo económico y político del capital estadounidense y también japonés. La acumulación que ha hecho posible el auge de China, junto al tema estatal señalado, es impensable sin contar con los diques políticos y militares establecidos a las ofensivas externas, en primer lugar, y al papel de las enormes remesas provenientes de la diáspora china por el mundo, así como al soporte que otorga el campesinado chino y los trabajadores urbanos.

5. La mayoría de los estudios sobre ciencia y tecnología en América Latina —con raras excepciones— por lo general se constituyen en un listado de tareas que buscan concienciar al poder político y al poder económico sobre las bondades del conocimiento científico en el futuro de nuestras sociedades. Así se señala a los gobiernos que deben destinar mayor presupuesto para investigación y desarrollo; que este presupuesto no constituye gasto sino inversión; a los empresarios se les indica que deben destinar mayores recursos en igual dirección; que deben elevar salarios para incrementar la demanda interna y dinamizar la economía; establecer comunicaciones más fluidas entre universidades y empresas, porque ello genera dinámicas que pueden potenciar el desarrollo, etc. Más allá de la variedad de recomendaciones lo que me importa destacar es que *esos estudios terminan por lo general en el punto exacto en donde debieran comenzar*, haciendo de sus recomendaciones no un listado de tareas pendientes, sino convirtiéndolas en problemas que permitan preguntarse, por ejemplo: ¿por qué para los gobiernos y para el poder económico de la región la investigación científica y tecnológica importa tan poco y ocupa un lugar secundario en sus prioridades? Las respuestas no pueden caminar suponiendo que nuestros gobernantes no saben de la importancia del tema. Igual ocurre con los empresarios. El asunto, entonces, parece que remite a problemas de mayor profundidad. Quizás a condiciones referidas a la forma como se reproduce el capital en la región. Avancemos en esta línea de reflexión. Es posible que encontremos elementos que nos permitan algunas respuestas a los interrogantes anteriores.

6. Existe en la raíz del orden capitalista una tensión que reclama innovaciones y nuevos conocimientos. El hambre desenfrenada de plusvalor desata tendencias a revolucionar de manera permanente los procesos productivos, sea para alcanzar por la mayor productividad el premio de una plusvalía extraordinaria, sea para no quedar rezagados en la competencia intercapitales y no fenecer. Ésta es la razón profunda de los enormes logros alcanzados en materia de conocimientos y tecnologías bajo el orden construido por el capital. Por ello, en un periodo de cerca de tres siglos, desde la llamada revolución industrial, se han alcanzado avances y conocimientos tecnológicos superiores a todos los realizados en la historia humana previa.

7. Vale la pena recordar que es esta misma pulsión la que se encuentra en el origen de las crisis capitalistas.[2] Para elevar la productividad el capital disminuye la proporción de trabajo vivo (el destinado a capital variable) frente al trabajo muerto (incrementando el gasto en capital constante). Ello lleva a la caída de la tasa de ganancia, en tanto disminuye relativamente la plusvalía producida frente al total del capital que se debe movilizar para producirla, con mayores elevaciones en el capital constante. La elevación de la productividad provoca un aumento de los valores de uso lanzados al mercado, lo que camina en dirección contraria a las constricciones sobre el campo del consumo establecidas por un orden social sustentado en la explotación, lo que limita el consumo. Esto también se expresa en la generación de un exceso de capitales, que no se reinvierten al bajar la tasa de ganancia, en los mismos momentos en que se crean enormes contingentes de obreros desempleados. El camino del conocimiento, de la ciencia y la tecnología en el capitalismo, no hay que olvidarlo, es un camino a las crisis y a agudizar las contradicciones que atraviesan el capital. Productividad y desarrollo, productividad y crisis son partes entonces de una misma y única ecuación en el mundo del valor que busca valorizarse.

8. Al desplegarse históricamente como un sistema mundial el capitalismo no genera un mundo homogéneo. No era homogé-

2. Lo que lleva a Marx a afirmar que el capital es el verdadero enemigo del capital.

neo el mundo desde el cual emergió, pero el propio capital tiende a construir un mundo con nuevas y profundas heterogeneidades. No nos referimos a cualquier heterogeneidad, sino a diferencias sustanciales: surgen centros, corazones del sistema, en donde predominan los aspectos civilizatorios de la modernidad capitalista, y al mismo tiempo periferias, en donde es la barbarie de aquella modernidad la que tiende a predominar. Unos y otros mundos se encuentran estrechamente imbricados: más aún, la existencia de unos es la condición de existencia de los otros. La constitución heterogénea de economías imperiales y de economías dependientes es una relación definida por el valor y la capacidad de las primeras de apropiárselo y de las segundas de transferirlo y de reproducir este proceso. El desarrollo de unos y el subdesarrollo de otros no son procesos que puedan entenderse desligados de las relaciones y los vínculos que operan entre estas economías. Por ejemplo, la revolución industrial en Inglaterra no puede entenderse ajena al despojo que estableció sobre sus colonias, en particular sobre la India, ni el atraso de ésta puede entenderse ajeno al dominio colonial que sufrió hasta bien entrado el siglo XX. Desarrollo y subdesarrollo son entonces las dos caras necesarias de un único y mismo proceso: la expansión del capitalismo como sistema mundial, proceso que termina sometiendo bajo aquella lógica a los más apartados rincones del planeta.

9. El aguijón a elevar la productividad que atraviesa el capitalismo, en aras de alcanzar ganancias extraordinarias, o para no quedar aplastado en la competencia intercapitalista, no opera de igual forma en el conjunto del sistema. Ese aguijón es poco punzante en las regiones dependientes o periféricas. Ello es resultado del peso que alcanza la particular forma de explotación que lleva a cabo el capital en estas zonas, consistente en el traspaso de parte del fondo de consumo de los trabajadores al fondo de acumulación del capital. Este traspaso, que implica sustentar la acumulación en la violación del valor de la fuerza de trabajo, es resultado y causa a su vez de que los trabajadores en el capitalismo dependiente no jueguen un papel significativo en la realización de la plusvalía, o de que su salario no tenga mayor relevancia en la conformación y dinámica del mercado interno. Este proceso no obedece a razones morales, como se-

ría suponer que los capitales en la periferia tienen menos ética que sus congéneres del mundo central. Tampoco obedece a acciones irracionales, entendiendo que lo racional es que los capitalistas sean más innovadores. Visto desde América Latina, obedece a una particular forma de inserción de la región en el mercado mundial, tras los procesos de independencia, como región exportadora de materias primas y alimentos, orientada particularmente hacia el mercado europeo y posteriormente también al estadounidense.

10. Al insertarse en un proceso con mercados externos ya constituidos y en expansión (siglo XVIII y particularmente siglo XIX), es decir, con una demanda establecida y en crecimiento, los capitales en América Latina no tuvieron necesidad de incorporar a los trabajadores al consumo, ni se enfrentaron a los problemas de iniciar en el siglo XIX una producción manufacturera orientada a la producción de bienes salarios. Por el contrario, mantener salarios reducidos era parte fundamental de los capitales locales en su capacidad de competencia en los mercados exteriores y como forma de recuperar parte de las transferencias de valor que las economías dependientes realizaban al mundo central, por ejemplo por el intercambio desigual (cada vez más toneladas de trigo por un tractor), o por el cobro de interés elevados sobre préstamos, lo que alentaba excluir a los trabajadores locales del consumo. De esta forma los capitales de la región estaban más preocupados por el poder de consumo de los trabajadores europeos o estadounidenses que de los trabajadores locales. Por la vía de las importaciones este capital resolvía a su vez la demanda de bienes industriales que los propietarios de minas, haciendas y grandes comercios y plantaciones realizaban. Tales eran en esencia las características del patrón agro-minero exportador que reinó en la región hasta entrado el siglo XX y de la división internacional del trabajo en que dicho patrón se desarrollaba.

11. Asentarse sobre la apropiación del fondo de consumo de los trabajadores para acumular no genera una forma de capitalismo que haga suyas las pulsiones hacia la constante revolución de los procesos productivos. Por el contrario, propicia un capitalismo que morigera y hasta adormece dichas tendencias, y que potencia la explotación redoblada, al mismo tiempo que alienta

una estructura productiva que sólo de forma marginal se topa con las necesidades de consumo de los productores.

12. En el capitalismo del mundo central e imperial los procesos operaron de otra manera. La revolución industrial y en general los procesos que permitieron elevar la productividad lanzaron al mercado una masa creciente de valores de uso industrial cuya oferta superaba de lejos la demanda de las clases dominantes locales y las del mundo colonial y periférico, lo que obligó a los capitales a generar procesos para *incorporar a los trabajadores al consumo*, a fin de resolver los problemas de demanda de aquellos bienes. El camino era hacer que parte sustancial de la producción asumiera la condición de bienes salarios y reducir el precio de esos productos para que los obreros pudieran adquirirlos, para lo cual era fundamental elevar la productividad en esa producción. No está de más señalar que la masiva oferta de materias primas proveniente de América Latina ayudó a abaratar la producción de esos bienes industriales en el mundo central, así como la del valor de la fuerza de trabajo, por la masiva oferta de alimentos. Fue así como el capitalismo industrial logró equilibrar una paradójica ecuación: elevar la explotación (al reducir el tiempo de trabajo necesario, por la elevación de la productividad y la reducción de los precios de los bienes salarios) y, al mismo tiempo, integrar de manera creciente a los trabajadores en el mercado interno. Se genera así una modalidad de reproducción que al incorporar de manera estructural a los trabajadores al consumo de bienes industriales, obliga a que una parte significativa de dicha producción deba asumir la forma de bienes salarios y a que la reproducción esté permanentemente tensada a revolucionar el conocimiento y las tecnologías, no sólo por la presión de la plusvalía extraordinaria, sino para abaratar bienes que se encuentren al alcance de la población asalariada. Esto provoca que la estructura productiva tense su relación con las demandas del mundo del trabajo, pero sin romperla, debiendo mantenerse vinculada a las necesidades que allí operan.

13. Esa tensión es la que en América Latina se rompe. El capital, y particularmente el capital más dinámico, el que opera como eje de la acumulación, termina privilegiando a los trabajadores como productores, mas no como consumidores, lo que se ve favo-

recido inicialmente por el peso de los mercados externos en el patrón agro-minero exportador, lo que pone de manifiesto el papel irrelevante de los asalariados en el mercado de esa producción y la escasa significación del aguijón productivista y de nuevos conocimientos en el conjunto del proceso productivo.

14. Pero esta tendencia que se hace presente en los inicios de la etapa en donde las economías de la región operan como economías formalmente independientes, tiende a prevaler en la historia regional. No es casual el peso y el tiempo que cubren los patrones exportadores en esa historia. Sobre esto hay que llamar la atención, porque no estamos hablando de cualquier tipo de patrones exportadores, sino de unos en donde la capacidad exportadora, y por tanto de competencia en los mercados internacionales, se alcanza justamente sobre la apropiación de parte del fondo de consumo de los trabajadores (o dicho de otra manera, de la expropiación de una parte del valor de su fuerza de trabajo). No es casual lo que ha ocurrido en las últimas tres o cuatro décadas en América Latina, periodo en donde se pone en marcha el nuevo patrón exportador de especialización productiva. En los mismos momentos en que se realizan denodados esfuerzos para incrementar la masa de productos exportados, se asiste a un brutal descenso de los salarios en la región, que en el caso de México alcanza casi el 70 %. El importante descenso salarial en el conjunto de la región en estos años pone de manifiesto que este nuevo patrón exportador no cuenta con el consumo de los trabajadores locales sino que, bajo nuevas formas, está preocupado por el consumo de trabajadores y de otros sectores sociales en el exterior. Más aún, dicho descenso salarial señala con claridad que la capacidad de exportar reposa en la explotación redoblada interna, por más que se puedan encontrar datos de elevación de la productividad, que al no producirse en bienes salarios, no permite su masiva inclusión en el mercado de consumo de los asalariados, o cuando ello ocurre generalmente va asociado a reducciones en el consumo de otros bienes básicos. De este proceso sacan ventajas no sólo los capitales locales sino también los transnacionales, que se ajustan rápidamente en materia salarial a las condiciones imperantes en las economías de la región y no a las que existen en sus economías de origen.

15. El periodo de industrialización en América Latina, breve si se lo compara con el tiempo en donde los patrones exportadores han prevalecido en la región, pareció que lograría torcer las tendencias antes señaladas, al menos en las economías más fuertes de la región. Ese patrón mantuvo aquellas expectativas sólo hasta el momento en que la burguesía industrial latinoamericana, una vez cubiertas las etapas de producción de bienes industriales básicos, debió pasar a la producción de bienes intermedios y de bienes de capital, aproximadamente a finales de los años cuarenta e inicios de los cincuenta. Producir equipos y maquinarias reclamaba un esfuerzo de acumulación, de conocimientos y tecnologías que habrían implicado una verdadera quiebra frente a las tendencias antes descritas. Pero todo quedó en una posibilidad no cumplida. Para esos años la Segunda Guerra Mundial ha terminado y Estados Unidos emerge como la potencia imperial, con una estructura productiva no sólo no tocada por la guerra, sino reforzada por la aplicación de los conocimientos bélicos a su aparato productivo. Esto propicia una acelerada renovación de equipos y maquinarias en la economía estadounidense, lo que provoca que una enorme masa de dichos bienes de capital, obsoletos para dicha economía, sea lanzada al mercado mundial, a bajos precios y con grandes facilidades de pago. Ante esta situación la burguesía industrial latinoamericana termina haciendo suyos aquellos equipos, asociándose al capital extranjero, para lo cual desiste de las grandes inversiones y de los esfuerzos de conocimientos que reclamaba producir equipos y maquinarias industriales. Con ello se pone fin también al proyecto de una industrialización autónoma, como habían imaginado la CEPAL y diversos sectores locales.

16. Junto con cristalizar una nueva alianza del capital local con el capital extranjero, ahora en la industria, que marcó el fin de la ilusión de una burguesía con un proyecto nacional, se puso fin también a la posibilidad de entroncar la estructura productiva con las necesidades de los trabajadores. Los equipos y maquinarias importados producían bienes salarios en el mundo central, pero trasladados a economías sustentadas en la explotación redoblada, dichos bienes no podían sino ser suntuarios: tal fue la condición que asumieron autos, televisores y demás bienes electrónicos y de consumo duradero que comenzaron a multiplicar-

se en esa nueva fase de la industrialización latinoamericana. La creación de un mercado interno para estos bienes reclamó cada vez de manera más acuciante una aguda concentración de los ingresos en las economías dependientes, provocando a medio plazo que la región se convierta en la más desigual de todo el planeta, según diversos organismos internacionales. Ese estrecho pero poderoso mercado interno (no más del 20 % de la población, pero que se apodera del 60 % o más de los ingresos) será el complemento de los mercados exteriores del nuevo patrón exportador que se terminará construyendo.

17. Con los procesos antes descritos también se puso fin a un periodo en donde estuvieron abiertas las puertas para que una fuerza social con amplias alianzas pusiera en marcha un proceso en donde los conocimientos y la innovación tecnológica jugaran un papel destacado en la dinámica de la reproducción del capital. Al optar por la compra de equipos y maquinarias en el extranjero dicha puerta se cerró, perdiendo significación para el capital local gastar en tales rubros, optando por su adquisición en el exterior y asumiendo la condición de capital subordinado. Esta tendencia se profundizará con el tiempo, abandonándose incluso el proyecto de industrialización más tarde y a lo sumo desarrollando algunos segmentos industriales, dentro de cadenas de producción globales, como ocurre en nuestros días.

18. La forma de inserción de América Latina en la nueva división internacional del trabajo pone de manifiesto no sólo la tendencia a depender de otras regiones en materia de ciencia y tecnología, sino que los resortes para aguijonear la productividad y con ello el conocimiento y las nuevas tecnologías se ven mermados. La participación de los capitales de la zona en segmentos de las grandes cadenas globales ha implicado introducir nuevos equipos y conocimientos a fin de operar a un nivel de calidad y cantidad que responda a los requerimientos que dichas cadenas establecen. Pero aquí cabe destacar dos aspectos relevantes: el primero, que el capital que opera en la zona se inscribe particularmente en aquellos segmentos, los propiamente productivos, que es donde menos conocimiento se requieren, y se mantiene alejado de los de diseño de productos y de los equipos para su producción, así como de la gestión, ventas y comercialización,

que son los que reclaman mayores procesos de creación de conocimientos e innovaciones tecnológicas. El segundo, que los programas, equipos y herramientas son adquiridos particularmente en las economías de las sedes de las casas matrices que dirigen tales cadenas globales, lo que no propicia convertir a los nuevos procesos en motores y difusores de conocimiento. Ello es más evidente ante el escaso nivel de integración de los nuevos segmentos productivos con el resto de la planta productiva local. En definitiva, lo que tenemos con estos segmentos es una nueva versión de pequeños o grandes enclaves, ahora industriales, operando en la región. Al producir bajo las órdenes de grandes conglomerados transnacionales no tiene nada de extraño que esas órdenes no enlacen con las necesidades de desarrollo local y que esas grandes compañías absorban el capital humano calificado del mundo dependiente.

19. Pero junto a mayores o menores niveles de infraestructura y de mano de obra calificada, la inserción de los capitales locales en las grandes cadenas globales tiene como soporte fundamental la brutal depreciación de los salarios y de las prestaciones sociales. Junto a las cadenas productivas globales se ha establecido otra cadena global de subcontratación, en donde mientras más abajo de la cadena se ubiquen los trabajadores, mayor es la precariedad laboral, la pérdida de prestaciones, la seguridad, etc. La globalización, que en algún momento fue el nuevo sueño del desarrollo, ha significado para el grueso de la población asalariada, ya no sólo en el mundo dependiente, sino para importantes franjas del propio mundo del trabajo central, exactamente lo contrario: el incremento de la barbarie en medio de un supuesto proyecto civilizatorio.

20. Se señala que no es lo mismo producir refrigeradores, como ocurría en los años sesenta del siglo XX en América Latina, que producir partes de aviones, como se realiza en el siglo XXI. Tenemos entonces, se dirá, un «ascenso industrial». Efectivamente se producen bienes más complejos, tecnológicamente más avanzados y que reclaman mano de obra más calificada. Pero definir esto como «ascenso industrial» no deja de ser una simplicidad que sólo puede sostenerse olvidándose de la procedencia de las tecnologías y los conocimientos y de la mayoría de equipos y

materiales empleados. La mayor sofisticación de dichos conocimientos y tecnologías establece una brecha más amplia entre las economías productoras de dichos conocimientos frente a las economías que sólo los aplican. Visto desde esta perspectiva, más que un ascenso lo que tenemos es un descenso, no sólo industrial, sino de autonomía, y de desarrollo, pero del subdesarrollo.

21. Desde esta mirada es difícil imaginar que los gobiernos de la zona o que los empresarios desarrollarán una conducta diametralmente distinta frente al conocimiento científico y tecnológico que la que históricamente han presentado en función de las condiciones concretas en que este capitalismo se desenvuelve. La subordinación en que se inscriben actualmente los capitales locales en las cadenas globales hace más improbable esta idea. De allí que los llamamientos a integrar a las universidades en los proyectos productivos del capital terminarán empobreciendo a las universidades, las cuales de manera mediada se verán sujetas a los dictados del capital transnacional que comanda tales cadenas. Preparar mano de obra calificada para manejar tecnologías más complejas continuará siendo quizá la demanda más sentida por dicho capital a los centros universitarios. Desde el lado de los gobiernos, sólo un cambio radical de los intereses sociales que hoy representan podría implicar una modificación de sus posturas. Desde esta perspectiva no tendría por qué sorprender el desinterés del poder político y del económico por generar nuevos conocimientos y nuevas tecnologías. La postura contraria sería la realmente sorprendente.

BIBLIOGRAFÍA

AGAMBEN, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-Textos, traducción y notas de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, 1998.

—, *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*. Pre-textos, Valencia, 2003.

ANDERSON, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*. Siglo XXI Editores, Madrid, 1983.

ANTUNES, Ricardo, «Al final, ¿quién es la clase trabajadora hoy?», en *Herramienta* n.º 36, Buenos Aires, octubre de 2007.

—, *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*. Ediciones Herramienta, Buenos Aires, 2003.

ÁVALOS, Gerardo, *Leviatán y Behemoth. Figuras de la idea del Estado*. UAM-Xochimilco, México, 1996.

— y Joachim HIRSCH, *La política del capital*. UAM-Xochimilco, México, 2007.

BALES, Kevin, *La nueva esclavitud en la economía global*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2000.

BANCO MUNDIAL, *Informe sobre el desarrollo mundial. La pobreza*. Washington, 1990.

—, *Desigualdad en América Latina: ¿ruptura con la historia?* Washington, 2004.

BELLO, Walden, *Todo lo que usted quiere saber sobre el origen de esta crisis pero teme no entenderlo*, en www.voltairenet.org/article158236.html, consultado el 26 de marzo de 2009.

BENÉITEZ, Benita, «La ciudadanía de la democracia ateniense», en *Foro Interno* n.º 5, Madrid, 2005.

BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Contrahistorias, traducción y presentación de Bolívar Echeverría, México, 2005.

BERTALANFFY, Ludwig von, *Teoría general de los sistemas*. Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*. Fondo de Cultura Económica, México, 1987 (1952).

BOLTVINIK, Julio, «La pobreza: aspectos teóricos, metodológicos y empíricos», en *Frontera Norte*, n.º I, vol. 6, México.
CEPAL, *Indicadores sociales básicos de la subregión norte de América Latina y el Caribe*. México, 1997.
—, *Globalización y desarrollo*. Santiago de Chile, 2002.
—, *Panorama social de América Latina 2002-2003*. Santiago de Chile, 2003.
—, *Estudio económico de América Latina y el Caribe, 2005-2006*. Santiago de Chile, 2006.
—, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe, 2007*. Santiago de Chile, 2007.
DAMIÁN, Araceli, *Cargando el ajuste: los pobres y el mercado de trabajo en México*. El Colegio de México, 2002.
DUVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
ECHEVERRÍA, Bolívar, *Valor de uso y utopía*. Siglo XXI, México, 1998.
FAJNZYLBER, Fernando, *Industrialización en América Latina: de la «caja negra» al «casillero vacío»*. Cuadernos de CEPAL n.º 60, Santiago de Chile, 1989.
FOUCAULT, Michel, *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, 1976.
—, *Historia de la sexualidad, I. La voluntad de poder*. Siglo XXI, traducción de Ulises Guiñazú, México, 1977, 15.ª edición 1987.
—, *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica, traducción de Horacio Pons, México, 2002.
—, *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.
GEREFFI, Gary, «Las cadenas productivas como marco analítico para la globalización», en *Problemas del Desarrollo* n.º 125, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, abril-junio de 2001.
GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*. Ed. Era, México, 1994.
HAYEK, Friedrich von, «El ideal democrático y la contención del poder», en *Estudios Públicos* n.º 1, Santiago de Chile, 1980.
—, «La teoría de los fenómenos complejos», en *Estudios Públicos* n.º 2, Santiago de Chile, 1981.
HERNÁNDEZ LAOS, Enrique, «Retos para la medición de la pobreza en México», en *Comercio Exterior*, vol. 51, n.º 10, México.
HOLLOWAY, John, «Debates marxistas sobre el Estado en Alemania Occidental y en la Gran Bretaña», en *Críticas de la Economía Política*, n.º 16/17, Ediciones El Caballito, México, julio-diciembre de 1980.
—, *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Herramienta-UAP, Buenos Aires, 2002.
KOSÍK, Karel, *Dialéctica de lo concreto*. Grijalbo, México, 1967.
KRAUZE, Enrique, «El mesías tropical», en *Letras Libres* n.º 57, México, junio de 2006.
—, *Entre el poder y el delirio*. Tusquet, México, 2008.

LAURIN-FRENETTE, N., *Las teorías funcionalistas de las clases sociales. Sociología e ideología burguesa.* Siglo XXI Editores, Madrid, 1976.
LUHMANN, Niklas, *Sistemas sociales: lineamientos para una teoría general*. Anthropos-UIA-CEJA, Barcelona, 1998.
LUKÁCS, Georg, *Lenin-Marx*. Gorla, Buenos Aires, 2005.
LYOTARD, Jean-François, *La condición posmoderna*. Cátedra, Madrid, 1994.
MARINI, Ruy Mauro, *Dialéctica de la dependencia*. Ed. Era, México, 1973.
—, *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile.* Ed. Era, México, 1976.
MARTÍNEZ PEINADO, Javier, « Periferia y fábrica mundial», en *Aportes*, n.º 15, Facultad de Economía de la BUAP, México, 2000.
MARX, Karl, *Grundrisse*, tomo I. Siglo XXI Editores, México, 1971.
—, *El capital*, tomo I. Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
—, *El capital*, tomo I, vol. I. Siglo XXI Editores, México, 1979.
— y Federico ENGELS, *Manifiesto comunista*. En Marx-Engels, *Obras escogidas en tres tomos*, tomo I. Editorial Progreso, Moscú, 1980.
MEYSSAN, Thierry, *El golpe de Estado en Haití*, en http://www.voltairenet.org/article120678.html
MILIBAND, Ralph, *El Estado en la sociedad capitalista.* Siglo XXI Editores, México, 1970.
—, N. POULANTZAS y E. LACLAU, *Debates sobre el Estado capitalista*. Ediciones Imago Mundi, Buenos Aires, 1991.
MOSCA, Gaetano, *La clase política*. Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
MORIN, Edgar, *El método,* tomo 1, *La naturaleza de la naturaleza*. Ediciones Cátedra, Madrid, 1997.
—, *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona, 1998.
NUN, José, *Marginalidad y exclusión social*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
OSORIO, Jaime, *Fundamentos del análisis social. La realidad y su conocimiento*. Fondo de Cultura Económica-UAM, México, 2001.
—, *Crítica de la economía vulgar. Reproducción del capital y dependencia*. Miguel Ángel Porrúa-UAZ, México, 2004.
—, *El Estado en el centro de la mundialización. La sociedad civil y el asunto del poder*. Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
—, *Explotación redoblada y actualidad de la revolución*. Ítaca-UAM, México, 2009.
PASHUKANIS, E.B., *La teoría general del derecho y el marxismo*. Grijalbo, México, 1976.
PANEBIANCO, Angelo, *Modelos de partido*. Alianza Universidad, Madrid, 1990.
PÉREZ, Carlota, *Revoluciones tecnológicas y capital financiero*. Siglo XXI Editores, México, 2004.
PÉREZ SOTO, Carlos, *Proposiciones para un marxismo hegeliano*. Arcis/Lom, Santiago de Chile, 2008.

—, *Desde Hegel. Para una crítica radical de las ciencias sociales*. Ítaca, México, 2008.

POPPER, Karl, *La miseria del historicismo*. Alianza Editorial, Madrid, 1973.

PORTES, Alejandro, Bryan R. ROBERTS y Alejandro GRIMSON (coords.), *Ciudades latinoamericanas. Un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. UAZ-Miguel Ángel Porrúa, México, 2008.

POULANTZAS, Nicos, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. Siglo XXI Editores, México, 13.ª edición, 1976.

PROGRAMA DE ECONOMÍA DEL TRABAJO, *Economía y trabajo en Chile*. Santiago de Chile, 2003.

RANCIÈRE, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1996.

RORTY, Richard, *Verdad y progreso*. Paidós, Barcelona, 2000.

ROUX, Rhina, «El príncipe fragmentado. Liberalización, desregulación y fragmentación estatal», en *Veredas* n.º 20, Departamento de Relaciones Sociales UAM-Xochimilco, primer semestre de 2010.

SÁNCHEZ DAZA, Germán, *Ciencia y tecnología en América Latina. El ALCA como proyecto hegemónico*. CLACSO-BUAP, México, 2009.

SARTORI, Giovanni, *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza Editorial, Madrid, 1980.

SEN, Amartya, «Sobre conceptos y medidas de la pobreza», en *Comercio Exterior*, vol. 42, n.º 4, México, 1992.

—, *La calidad de vida*. Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

TARCUS, Horacio (comp.), *Disparen sobre Foucault*. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1993.

THERBORN, Göran, *¿Cómo domina la clase dominante?* Siglo XXI Editores, Madrid, 1979.

TORRES-RIVAS, Edelberto, «La democracia latinoamericana en la fragua», en *Modernización económica, democracia política y democracia social*. Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, 1993.

VALENZUELA FEIJÓO, José, *¿Qué es un patrón de acumulación?* Facultad de Economía, UNAM, México, 1990.

WEBER, Max, *Ensayos sobre metodología sociológica*. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1973.

—, *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 10.ª reimpresión, 1996.

ŽIŽEK, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI Editores, México, 1992, 2.ª edición 2002.

—, *Repetir Lenin*. Akal, Madrid, 2004.

—, *A propósito de Lenin. Política y subjetividad en el capitalismo tardío*. Atuel, Buenos Aires, 2004.

ÍNDICE

Presentación 5

I. El capital como totalidad 9
El malestar con la totalidad 10
Posmodernos y positivistas 10
Los límites del conocer en el mundo del capital 12
La a-historicidad de la teoría de sistemas 14
El todo y las partes 15
La totalidad como actividad unificante 16
La lógica del capital 18
Apropiación de la producción 19
Despojo y acumulación 22
El poder sobre la vida 23
El trabajo en un mundo hambriento de trabajo excedente 24
Tormentos de trabajo y tormentos de miseria 26
La totalidad concreta 27
Conclusiones 28

II. Los dilemas del dominio en un mundo de hombres libres 29
El capital y la ruptura entre economía y política 31
La negación y recreación de hombres libres 32
Los fundamentos del Estado 35
El despliegue del Estado 36
Estado y poder 37
El capital como muchos capitales 40
Sobre la *forma* Estado 42
Aparato de Estado 43
El hiato entre Estado y aparato 44
Clase reinante y clases dominantes 44
Aparato de Estado y clases dominantes 47
Bienvenidos al desierto de lo real 49
Frente de poder 51

Enclaves populares en el aparato de Estado 52
Conclusiones 55

III. Democracia/autoritarismo: nuevas relaciones mando/obediencia en América Latina 57
Cambios en la reproducción del capital y en el patrón de legitimidad 58
El agotamiento del Estado protector 59
Las bases para una nueva legitimidad 61
De súbditos a ciudadanos 63
La aporía entre el proyecto económico y el discurso político ... 64
Los nuevos gobiernos populares 66
La guerra contrainsurgente y los nuevos espacios para la dominación 66
Una rápida rearticulación popular 67
Eslabón débil y actualidad de la revolución 69
El hiato entre Estado y aparato de Estado 73
Democracia/autoritarismo: el pensamiento dicotómico 76
Soluciones en marcha 78
Conclusiones 83

IV. El biopoder desde la lógica del capital 85
Capital y biopoder 85
Corporeidad viva: basamento del biopoder 87
La vida como simple trabajo excedente 90
La libertad del trabajador como ficción 91
El capital como unidad económico-política 94
Formas de ejercicio del biopoder por el capital 97
Vida infrahumana 98
Vida desfalcada 100
La unidad entre tormentos del trabajo y miseria 102
Los límites del «hacer vivir» y el *Homo sacer* 103
«Hacer vivir, dejar morir» 103
La vida expuesta 105
El trabajador como moderno *Homo sacer* 107
Conclusiones 108

V. Exclusión por inclusión 109
La población obrera excedente 110
Crítica a la noción de *masa marginal* 114
El subconsumo de la población obrera activa e inactiva 117
La comunidad ilusoria o la exclusión de la comunidad 121
El inmigrante y su doble exclusión 123
Conclusiones 124

VI. Acerca de la pobreza 125
Los límites de la pobreza 125
Razones de la pobreza y la desigualdad en el mundo del capital ... 128
Redefiniciones en el capitalismo dependiente 129
Las cadenas productivas globales 132
La pobreza: ¿insuficiencia de capitalismo? 133
Una gran transformación 134
La crisis actual 135
Por qué estudiar la pobreza 136
Las razones políticas 138
Conclusiones 140

VII. Conflictiva relación con la tecnología en el capitalismo dependiente 141

Bibliografía 153